

LA COMPARECENCIA DE LOS **VALORES**

Una provocación a la justicia
desde la ética material axiológica

José Ángel Méndez Rivera



UNIVERSIDAD DE COLIMA

LA COMPARECENCIA DE LOS VALORES

Una provocación a la justicia
desde la ética material axiológica

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Mtro. José Eduardo Hernández Nava, Rector

Mtro. Christian Jorge Torres Ortiz Zermelo, Secretario General

Mtra. Vianey Amezcua Barajas, Coordinadora General de Comunicación Social

Mtra. Gloria Guillermina Araiza Torres, Directora General de Publicaciones

LA COMPARECENCIA DE LOS VALORES

Una provocación a la justicia
desde la ética material axiológica

José Ángel Méndez Rivera



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2017

Primera edición, 2012

Avenida Universidad 333

Colima, Colima, México

Dirección General de Publicaciones

Teléfonos: (312) 316 10 81 y 316 10 00, extensión 35004

Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx

www.ucol.mx

ISBN: 978-607-8549-07-8

Derechos reservados conforme a la ley

Editado en México

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005

Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: LI-08-17

Recibido: Agosto de 2017

Publicado: Diciembre de 2017

*A Nora,
compañera de desvelos e inquietudes intelectuales,
quien ha sabido cumplir no sólo el papel de amorosa esposa,
sino también el de leal colaboradora
en la presente obra desde su primera edición.*

*A mis padres,
Moisés y María de Jesús,
árboles frondosos de dulces frutos en mi vida personal.*

*A mi hija Norita Monserrat,
tierna inspiración de mis años maduros
y una fuerte razón para intentar un mundo mejor
sustentado en valores.*

El campo filosófico de la axiología es páramo desolado, en el que los filósofos hacen pocas incursiones. Tal vez, por eso, tiene más mérito una obra que clarifica la importancia de la cultura entendida como creación y práctica de valores. Habrá quien discuta la clasificación y jerarquía de los valores que en su obra propone Méndez Rivera; pero, de lo que no cabe duda, es de su valioso esfuerzo intelectual y moral para ofrecernos una opción que proporcione sentido a nuestra vida, y, que para algunos puede ser la tabla de salvación que los rescate de la anticultura que es vergüenza, destrucción y muerte.

Ricardo Ante Villalobos
Profesor de Filosofía
Universidad de Colima
Colima, Otoño de 1992

Dedico esta modesta perspectiva del mundo de los valores a los hombres y mujeres que aman la justicia como valor, misma que se propone en esta pequeña obra como parte del paradigma de la ética material scheleriana, porque finalmente, el problema fundamental de toda axiología es la realización de la justicia con base en la cohesión armónica de los demás valores, los que se proponen también como una perspectiva pedagógica en la realización profesional y personal de los estudiantes universitarios, pues la misión de las universidades no estaría completa si sólo formara profesionistas sin crecimiento integral, cuya estructura es una sólida distinción en función a principios esenciales que tienen los valores y que transitan en las subsiguientes páginas, con la pretensión de ser una gran provocación a la ética del querer, que luego con la praxis habitual puede llegar a convertirse en la ética del deber, pensando en que los jóvenes tienen derecho a conocer propuestas axiológicas que les ayuden a enfocar su vida personal hacia el futuro que desean construir para sí mismos, tal como lo exige el ejercicio de una verdadera pedagogía crítica.

José Ángel Méndez Rivera

Índice

Prólogo.....	11
Introducción	21
Encuentro con los valores	25
Principios esenciales de los valores	51
Los valores personales	61
La jerarquía en la escala de valores	117
Referencias bibliográficas.....	129

Prólogo

Tengo el gusto de conocer al doctor José Ángel Méndez Rivera desde hace algunos años, cuando comencé a colaborar con él en el Centro de Estudios Judiciales del Supremo Tribunal de Justicia. Desde los primeros días me percaté de dos constantes en su personalidad: su compromiso con la tarea académica y su pasión por la política, elementos que sabía complementar haciendo del fenómeno político un objeto de estudio científico.

Bajo esos dos principios trabajamos por el proyecto de un espacio académico que no tenía precedentes al interior del Poder Judicial. En el marco de la modernización institucional que se inició bajo el impulso del presidente Felipe Chávez Carrillo, y bajo la dirección del doctor Méndez —en el Centro de Estudios Judiciales— se comenzó a hablar por primera vez en la historia del Poder Judicial colimense sobre temas tan importantes como la justicia constitucional local, los precedentes jurídicos obligatorios, el fondo auxiliar para la administración de justicia y los medios alternativos para la solución de conflictos.

También bajo su dirección se reestructuró el obsoleto boletín que entonces se editaba, convirtiéndose en una revista donde se han publicado trabajos de notables juristas colimenses, así como de otros estados de la República. Esta revista ha sido un medio por el cual el Poder Judicial ha mantenido informada a la sociedad sobre su quehacer institucional.

Después, los intrincados caminos de la existencia nos han hecho coincidir en la tarea docente, tanto en la Facultad de Derecho como en la de Ciencias Políticas y Sociales, espacios en los

que nuestras asignaturas han coincidido siempre en objetivos y temáticas.

Hoy en día nos unen los lazos de amistad que los años han fortalecido y el gusto por ese espacio del saber con que todo académico que se precie de serlo se topará más tarde o más temprano: la filosofía.

Precisamente por el tono filosófico del libro que se presenta es que me encuentro hoy aquí, compartiendo con ustedes mis impresiones sobre la obra del doctor Méndez Rivera.

Llama la atención en primer lugar el tema del texto: los valores. Y ya en las primeras páginas aparece en voz de uno de los personajes de la historia el motivo que tiene el autor para ocuparse del asunto: el estudio de los valores, es decir, la axiología, “es la hija más útil de la filosofía” y a partir de ella se puede encontrar “una respuesta firme y convincente” a la cuestión de la existencia.

A esta afirmación contundente por su verdad le corresponde sin embargo una triste realidad: hoy en día los valores son respuestas sin preguntas. Las masas, hoy más que nunca, no se plantean preguntas, viven vidas heterodirigidas y la homologación cultural que ha traído consigo la globalización (cosa terrible: las culturas locales se mueren en aras de los impulsos totalizadores del dinero) les hace apreciar las cosas como obvias y necesarias, lo que pospone indefinidamente el planteamiento de preguntas sobre el sentido de la existencia.

¿Pero es que acaso plantearse la pregunta sobre el sentido de la existencia es un prerequisite para vivir una vida auténtica? Quizá resulte útil citar aquí a Sócrates cuando ante el tribunal que le habría de condenar a muerte ratificaba su posición: él había llevado una vida de análisis que a esa hora del día lo colocaba en el umbral de la muerte, y sin embargo, viviría de esa manera aunque hubiera de morir mil veces, pues una vida sin análisis no merece la pena de ser vivida.

Pero para no hacer un viaje tan remoto bastan los ejemplos de vida de los propios personajes de la historia que nos presenta el doctor Méndez Rivera. Sumidos unos en la frivolidad y algunos otros en los vicios, sólo cuando se da la oportunidad del análisis, con el pretexto de una clase de filosofía, son capaces de reflexionar sobre sí mismos; es decir, como lo dice la palabra reflexión, sólo entonces son capaces de hacer una flexión, un doblez que los deja cara a cara consigo mismos y los obliga a mirarse y preguntarse si es correcto lo que han hecho con sus vidas.

Nuestro autor tiene la cuestión muy clara: la confusión que existe en torno a los valores “no es atribuible a los valores en sí, pues ellos permanecen inmutables y ordenados en la naturaleza de la existencia, sino al desconocimiento que algunos seres humanos tenemos de ellos”. Es de agradecerse esta apelación a la objetividad en tiempos en que prima el relativismo más acérrimo. Hoy, la búsqueda de la verdad es abandonada por fatigosa y a cambio tenemos la cultura dúctil del “todo se vale”. Hoy los medios de comunicación, auténticos gurúes de nuestra época, creen cumplir su cometido mostrando las dos caras de la polémica para al final sentenciar su lapidario: “pero la mejor opinión y la única que cuenta es la suya”.

Fernando Savater ya nos advirtió: es cierto que todas las personas son respetables, pero no sucede lo mismo con las opiniones. Hay buenas y malas opiniones, hay opiniones equivocadas y opiniones acertadas, pero también hay opiniones execrables. Y la mayoría de ellas se dan en torno al tema de los valores.

Es que si un relativismo extremo siempre es de cuidado, nunca lo es tanto como cuando de valores se trata. Porque si hablamos de conocimiento, la afirmación de que todo es relativo sin duda tiene trascendencia y la ha tenido en la historia de las ideas y de la ciencia. Pero decir que todo es relativo cuando la tarea consiste en definir cuáles valores debemos realizar para darle contenido humano a nuestras existencias no es sólo cobarde

y comodino, sino inmoral. Y es que, siguiendo un poco el estilo inquisidor (porque inquiere, no porque condena) del texto del doctor Méndez Rivera, pregunto a ustedes: ¿qué, acaso no es inmoral la forma como los medios de comunicación, esos “líderes de opinión”, alienan las mentes de nuestros niños, jóvenes y adultos bajo la premisa de que cada quien es libre de atender o no sus contenidos? ¿No es inmoral que nuestra sociedad fomente el egoísmo bajo la premisa de que debemos ayudar al prójimo sólo si nuestra muy relativa voluntad lo apetece? ¿No resulta inmoral que en aras de la libertad tengamos que admitir en la discusión pública discursos inhumanos que no deberían existir?

¿O no será que el relativismo está dándole un crédito exacerbado a la libertad? Hay que detenernos en este punto, pues vale la pena hacerlo. Nuestra cultura ha colocado la libertad del individuo en un destacado lugar del “Olimpo contemporáneo”. Y esto es más que comprensible en materia política, pues la historia de la humanidad es un muestrario de abusos de poder de las estructuras sobre los individuos. Pero el terreno ganado no debe hacernos perder piso y desubicarnos frente a las exigencias de la realidad. Y en ella vemos que la libertad no es un fin en sí misma. Incluso la libertad política, meta de los pueblos oprimidos y saqueados, tampoco es un fin en sí misma, sino el medio que requieren los hombres para vivir en una sociedad que les permita elegir y conseguir sus objetivos, y construir así una vida digna y humana.

La libertad de elección no lo es todo. El ejercicio de la libertad debería servir para la auténtica liberación del ser humano, que es su independencia moral, precisamente a través de la realización de los valores. Éstos son el sitio donde debe anclar la libertad del hombre, a fin de no perderse en el vacío de una eterna cadena de actos libres sin fin y sin sentido, como lo quería Jean Paul Sartre al afirmar que el hombre está condenado a ser libre.

Hasta aquí, algún sesudo interlocutor podría estar de acuerdo y decir: bien, ejerzamos la libertad para la realización de los valores, pero, ¿no es precisamente frente a los valores donde se encuentran las mayores posibilidades para el relativismo? ¿No es cierto que tan valor es la belleza física como la solidaridad o el esfuerzo intelectual? Y algunas personas se esmeran en ser bellos físicamente, en tanto que otros trabajan por ser solidarios y otros son sabios. ¿La realización de cualquier valor es igualmente meritoria y contribuye de la misma forma a dotar de sentido la existencia de los seres humanos?

Todas éstas serían buenas preguntas en la medida en que nos permitirían destacar otra de las virtudes del libro del maestro Méndez Rivera. Porque frente a la fácil salida que sería exaltar una vez más al relativismo y dar a cada uno la tarea de realizar los valores que mejor le acomoden, opta por el camino más difícil pero también más fructífero de ofrecernos una escala, una jerarquización de los valores.

Agrupados bajo el nombre de valores del espíritu, presenta en la parte superior de la escala a los valores intelectuales, los religiosos y los morales, que necesariamente son superiores a los valores que atienden a la parte material del hombre, como son los valores físicos, los económicos y los sociales. Esto se sigue de una visión del ser humano a la manera de la tradición aristotélico-tomista, como ente conformado en esencia por cuerpo y alma, siendo ésta última la parte más perfecta y que por lo tanto ha de someter y regir a la porción material, al cuerpo.

De modo que no, no todos los valores perfeccionan del mismo modo al hombre, cuya naturaleza es intermedia entre Dios y las bestias. En su libro *Del hombre*, el filósofo hispano-mexicano José Gaos define esta situación del ser humano como el desnivel onto-axiológico. En lo ontológico, es decir, en el nivel de su realidad, el hombre vive un mal real, pues es imperfecto. Pero en lo axiológico concibe un bien ideal, el valor, y trata

de realizarlo. Y cito a Gaos: “El hombre no es ni como los seres infrahumanos ni como el Dios que concibe. Es un existente singularísimamente intermedio, intermediario, entre los unos y el Otro. Es el único existente no contento con su suerte real: porque concibe un ideal de realidad superior a la suya. Es el único existente que concibe lo superior a él. Aquí radica la soberbia y lo demoníaco del hombre. Es el único existente que se trasciende y que concibe el término hacia el cual trascenderse”.

Pensemos en estos entes con los que el hombre comparte características: Dios es el ser absolutamente sabio (valores intelectuales), amoroso (valores religiosos) y bondadoso (valores morales); las bestias en cambio son seres meramente materiales, incapaces de amar y de hacer el bien, ocupados en la supervivencia de ellos y de los de su especie, en la medida en que esto les garantiza cierta seguridad y soporte para el logro de propósitos meramente instintivos. ¿Cómo no apoyar entonces el dicho del doctor Méndez Rivera cuando afirma que los valores del espíritu son cimientos de la edificación que es nuestra vida, en tanto que los otros valores son apenas útil fachada? Porque lo que ha de dar solidez a nuestra existencia, porque lo que ha de hacernos trascendernos a nosotros mismos y acercarnos a Dios, como dice Gaos, es precisamente la realización del valor que nos permita saber, amar y ser buenos, como lo hace y lo es el Dios que concebimos.

El doctor Méndez Rivera hace alusión a las virtudes mediante las cuales se realiza el valor moral: ésas que por su carácter fundamental han sido llamadas virtudes cardinales: la templanza, la prudencia, la fortaleza y la justicia. A propósito de ellas es imposible dejar de evocar esa parte hermosa y esperanzadora de la teoría tomista referente a la segunda naturaleza. Es que el creador o quien quiera que haya puesto al hombre en esto que es la existencia nos ha dotado de una primera naturaleza, ésa que es a la vez animal y espiritual. Gracias a la parte espiritual somos li-

bres y podemos entonces optar por ser virtuosos, es decir, hombres y mujeres de temple, prudentes, fuertes ante la adversidad y justos. Y si al virtuosismo lo convertimos en hábito sucede entonces la transfiguración: hemos adquirido una segunda naturaleza, mucho más meritoria que la primera, pues ésta no nos la han dado, sino que la hemos construido con nuestro ladrillo diario de virtud, con nuestra cotidiana dosis de valor. El hombre virtuoso está más cerca de Dios que de la bestia. No es más un ente bestial.

Ha llamado mi atención una parte del texto en que el doctor Méndez Rivera nos explica: “Bajo ciertas circunstancias de la vida sucede que los valores del hombre como animal se presentan como superiores a los valores del hombre como espíritu, pero es seguro que nos encontramos ante una superioridad aparente y pasajera, ya que tarde o temprano y por la misma naturaleza de la existencia dichos valores usurpadores volverán al lugar que les corresponde en la parte baja de la escala de valores”.

Resulta entonces que una sociedad pragmatista y utilitaria como la nuestra, enfocada en sus energías hacia los sistemas de producción, hacia el confort y la apariencia de lo físico, en una palabra, una sociedad en la que se han estacionado los valores usurpadores para regirla y dominarla, es ella misma también, en alguna medida, usurpadora. Y en efecto, es ésta una sociedad que aun siendo real (ontológicamente hablando), es falsa desde el punto de vista axiológico, en la medida en que sus cimientos son espurios y ocupan el lugar de otros a los que por naturaleza y jerarquía les correspondería ser el fundamento de nuestra vida comunitaria. Y es que nuestra sociedad, lejos de ser útil para el logro del bien individual y común de sus integrantes, obstaculiza su desarrollo y los adormece bajo los efectos del placer y la diversión inmediatos.

A este respecto, resulta inquietante el diagnóstico que el filósofo mexicano Jorge Portilla nos legó en torno a nuestra for-

ma de ser como sociedad ante los valores. Según este pensador, nuestra comunidad está dividida entre los hombres del relajo y los afectados de espíritu de seriedad, es decir, los apretados. El hombre del relajo es el que boicotea las situaciones en que ha de realizarse un valor, es decir, no está comprometido con la empresa de realizar el valor. “Un relajiento es, literalmente, un hombre sin porvenir. Se niega a tomar nada en serio, a comprometerse en algo, es decir, se niega a garantizar cualquier conducta propia en el futuro. No responde nada, no se arriesga a nada, es, simplemente, un testigo bien-humorado de la banalidad de la vida.”

Por su parte, el apretado es el que se tiene a sí mismo por valioso. “Para él ser y valor se identifican plenamente en ese punto privilegiado del mundo que es su persona. El apretado lleva el valor como lleva sus piernas o su hígado: como un silencioso y macizo motivo de goce que acaricia en la intimidad.”

Así, ni uno ni otro está en posibilidades de realizar el valor, uno por negación y el otro por la errada creencia de que ya lo posee plenamente. Y concluye Portilla: “Relajientos y apretados constituyen dos polos de disolución de esta difícil tarea en que estamos todos embarcados: la constitución de una comunidad mexicana, de una auténtica comunidad y no de una sociedad escindida”. Y es que para los individuos el valor es una guía como para los grupos es el referente de una perpetua autoconstitución.

En este sentido, el libro del doctor Méndez Rivera es un importante y plausible esfuerzo por despertar a la juventud hacia la importancia de la realización de los valores más elevados. Relajientos o apretados, lo cierto es que nuestros jóvenes caminan a la deriva por las rutas intrincadas del vacío existencial. También dentro de ellos se encuentra el germen del futuro de nuestra sociedad y, como lo dice el doctor Méndez Rivera: “Si existencialmente cada ser humano desde el amanecer de su adolescencia aprendiera a volar con las alas ordenadas de los distintos géneros de valor, seguramente podría alcanzar en la plenitud de

sus facultades y posibilidades las alturas que le permitieran descubrir y seguir el verdadero horizonte de su destino; horizonte que también contribuiría a descubrir el destino de cada familia, de cada nación y de toda la humanidad”.

Vaya entonces una exhortación a los jóvenes estudiantes para que lean y aprovechen este libro, para que se planteen preguntas y atiendan sus inquietudes existenciales. Atender el llamado de la conciencia es siempre garantía de grandes hallazgos, y en la vida humana ningún hallazgo es tan grande como el de la vida virtuosa, guiada por los valores.

Adriana Elizabeth Mancilla Margalli
Universidad de Colima

Introducción

Se suele decir que la justicia como convicción de ética moral o como argumento de ética jurídica, en el sentido de dar a cada quien lo suyo; ya de forma distributiva, conmutativa, o ya general, se realiza según la corriente ética de que se trate; aceptando que es la justicia, la esencia de las diversas corrientes éticas a partir de que Aristóteles (*Ética a Nicómaco*), fundamentó éticamente la justicia, como la virtud esencial que permite la mayor libertad humana posible en comunidad, como utopía ética del deber de ser felices, contribuyendo recíprocamente a que otros también lo sean.

Así, en la ética aristotélica la justicia se construye a partir de las virtudes naturales o humanas; en la ética escolástica se construye a partir de las virtudes humano-teológicas; en la ética kantiana a partir de la dignidad humana; en la ética discursiva o de la utilidad colectiva a partir del consenso democrático; en la ética de la liberación la justicia se representa en el proceso liberador del oprimido; en la ética de la libertad plena existencial (Savater), a partir de la plena responsabilidad individual; en la ética planetaria o ambiental se construye la justicia desde la dignidad de todo ser vivo; en la ética material axiológica se construye la justicia desde los valores, ética de que se ocupa esta novela corta que pongo a la consideración como una forma pedagógica de acercar al lector de una manera distinta a los temas éticos.

Sabido es que la ética material de los valores de Max Scheller es una respuesta a la filosofía kantiana del deber ser formal, que desde el vitalismo fenomenológico (espiritualista, historicista e irracional), supera el racionalismo formalista de kant, pero a la vez reafirma el principio apriorístico del filósofo de Königs-

berg, al explicar la naturaleza de los valores usando como ilustración los colores, al ser posible captarlos en abstracto independientemente del objeto o bien en que se depositen, así el valor es totalmente independiente al objeto en sí. En consecuencia, los valores responden a una fenomenología de la percepción existencial en sentido racional emocional.

Así, la fenomenología de los valores o fenomenología de la vida emocional es codependiente con la lógica, puesto que al lado de la razón intelectual está la intuición emocional de los valores como esencias, las que se identifican en principios, que permiten la jerarquía de valores, pues representan dichos principios la conexión entre las esencias y su respectivo género de valor, de allí que las esencias sean dadas antes de la experiencia. Por ejemplo, la salud como principio en los valores físicos, se percibe como esencialmente valiosa aun antes de experimentar los demás valores físicos.

En el texto de esta novela que tiene un enfoque pedagógico de ensayo, se despliegan los seis géneros de valor con sus respectivos principios esenciales que se proponen con algunas variaciones a partir del propio Scheler y de otros filósofos que han abordado la ética axiológica como Rickert, Le Senne, Ortega y Gasset, Lavelle, y Spranger; como se aprecia en las tablas anexas que aparecen en las últimas páginas.

Ciertamente la justicia como reflexión ética, no es sólo una cuestión moral sino también jurídica; lo que deviene en primer lugar en una ética moral cuando la persona transita de una moral impuesta en los primeros años de su vida, a una moral ética libremente asumida cuando la ha reflexionado filosóficamente desde las diversas corrientes.

En segundo lugar la ética deviene también en ética jurídica, cuando sirve de argumento desde cualquiera de sus corrientes filosóficas, sea para justificar las normas jurídicas que se le-

gislan o para justificar las decisiones jurisdiccionales que se presumen justas.

En el caso, esta obra se propone seguir la corriente axiológica de la ética de Scheller, privilegiando la ética moral como reflexión en el sentido de que la posesión plena de valores nos vuelve más justos porque tenemos más que compartir recíprocamente con los demás, en el afán cotidiano de proporcionarnos felicidad mutua. Pero también en la ética jurídica, desde los principios esenciales de los seis géneros de valor que se proponen, se pueden argumentar derechos humanos de tercera generación tales como: en los valores físicos, el derecho a la salud plena (más allá de la simple atención médica); en los valores económicos, el derecho a una economía productiva de bienes y servicios equitativamente distribuidos (más allá de empleos improductivos o inequitativamente remunerados); en los valores sociales, el derecho a la democracia sustantiva plenamente legitimada (más allá de la simple democracia adjetiva electoral); en los valores intelectuales, el derecho a la cultura como presupuesto de una inteligencia libre y crítica (más allá de una simple educación parcializada y controladora); en los valores religiosos, el derecho a la pluralidad de convicciones libremente expresadas y vividas (sin que las leyes se ocupen de los asuntos de conciencia religiosa); en los valores morales, el derecho a la justicia como dignidad humana rectora de todos los valores y de todos los derechos (más allá de simples formalismos legales, constitucionales o convencionales).

Ésta es pues, una propuesta de ética axiológica con la pretensión modesta de ser una opinión fundamentada filosóficamente, en esta época en que tanto se opina de valores sin fundamentarlos en un horizonte axiológico y sin distinguirlos en el contexto de las corrientes éticas.

Ello explica por qué se habla tanto de derechos y muy poco de deberes, sin comprender que para que sean eficaces los

derechos se deben asumir libremente los deberes como convicción ética antes que como simple obligación moral, incompreensión filosófica que se vuelve más grave cuando lo anterior sucede en el personal docente del sistema educativo o en personas con acceso al sistema masivo de medios de comunicación, y si bien es cierto que todas las personas son respetables, como lo cita de Fernando Savater, la maestra Adriana Mancilla en su prólogo; lo cierto es que no sucede lo mismo con las opiniones.

Hay buenas y malas opiniones, hay opiniones equivocadas y opiniones acertadas, pero también hay opiniones execrables. Y la mayoría de ellas se dan en torno al tema de los valores.

José Ángel Méndez Rivera
Universidad de Colima,
Otoño de 2017

Encuentro con los valores

Las campanadas del viejo reloj, incrustado en el frontispicio del Colegio de Bachilleres de la Universidad Popular de Colima, anunciaron el final de labores en las aulas, de las que empezaron a salir los estudiantes entre bromas y comentarios respecto a los temas tratados. Sin embargo, en el aula de filosofía, al parecer el profesor y sus alumnos no se percataron de la hora de salida pues seguían en sus sitios, mientras Héctor continuaba con su apasionado debate. Por cierto, no está por demás señalar que el grupo constaba de dieciséis alumnos cuyas edades oscilaban mucho; en el caso de cinco de ellos, su edad frisaba entre los veinte y los veintinueve años; había diez cuyas edades variaban entre los treinta y los treinta y nueve años, y sólo uno se ostentaba orgullosamente como cuarentón, pues se trataba del bachillerato abierto, donde no había exigencias de límite de edad para cursar la educación media superior, pero sí la exigencia de un alto perfil de autodidactismo en los alumnos, que les permitiera casi ya sólo formalizar los conocimientos o las experiencias que todos ellos ya tenían. En el caso de Héctor, había iniciado sus estudios de bachiller tardíamente, ya que antes se dedicó a recorrer el mundo, buscando encontrar en la diversidad de los pensamientos y de las conductas una respuesta firme y convincente al valor de la existencia; inquietud que le había nacido desde sus primeros años de adolescente como una protesta callada en contra del autoritarismo familiar y escolar en el que lo habían educado, por ello ahora, ante su profesor y sus compañeros, la reflejaba al afirmar:

—No es posible que vengamos a este curso de filosofía a escuchar solamente anécdotas de la personalidad de los filósofos griegos o a oír teorías diversas sobre un punto determinado, sin que se nos enseñe a pensar verdaderamente sobre el valor fundamental de las cosas de la vida, ¿qué pasaría si, por ejemplo en matemáticas, el profesor sólo se limitara a contarnos la vida de los grandes matemáticos y a exponer teorías diversas, a saber, sobre si aritméticamente el cero es el todo o es la nada, y sin enseñarnos a operar lógicamente sobre el sentido práctico de esta ciencia?, seguramente que protestaríamos al no descubrir una utilidad concreta; ¿y qué pasa con la filosofía?, creo que ya es tiempo de que también le encontremos su utilidad específica, o acaso, ¿la axiología no es la hija más útil de la filosofía? ¡A cuántos de nosotros se nos ha presentado en nuestras vidas la disyuntiva de escoger entre dos o más opciones!, y muchas veces, cuando ya no hay remedio porque ha pasado mucho tiempo, nos damos cuenta que escogimos la peor opción porque cuando decidimos, no tuvimos criterio axiológico, o dicho de otra manera, nos faltó capacidad de valorar para seleccionar correctamente. Por ello, yo pido a usted profesor, que en lugar de llenarnos la cabeza de doctrinas filosóficas diversas que a veces sólo nos confunden, precisamente porque no tenemos un criterio axiológico formado, mejor oriente el curso hacia la filosofía de los valores.

Una vez que Héctor calló, el profesor, un hombre de personalidad fuerte y muy distinguido que pasaba de los cincuenta años de edad, sin duda ya iniciando la década de los sesenta, se colocó los anteojos que había dejado sobre su escritorio y carraspeó para aclarar su garganta. De pie y mirando a Héctor le replicó:

—Compañero, ese tema corresponde a la carrera de filosofía; recuerde que en los cursos de preparatoria sólo se ven temas generales, y la axiología como usted la propone es un tema específico y más profundo.

Ante la réplica del profesor, pidió la palabra una joven alumna quien, no del todo serena, afirmó:

—Profesor, yo apoyo al compañero Héctor, pues es verdad que continuamente oímos hablar de una escala de valores, o bien de que hay crisis de valor o que ya no hay valores, pero nunca escuchamos con precisión a qué valores se refieren. No sabemos si son los valores que pregonan los medios de comunicación, llámense prensa, cine, radio o televisión; o los que pregona el gobierno o los diversos credos religiosos; o los que tratan de inculcarnos nuestros padres; porque dichos valores difieren según quien los exponga y, entonces, reflexiono: ¿de verdad, objetivamente, existen los valores?, ¿qué respuesta tiene la filosofía a esta pregunta?

El profesor asumió una actitud dubitativa en su cátedra, ya que no le gustaba la idea de que le hicieran variar su programa del curso escolar. Sin embargo, evocando el constructivismo pedagógico de Piaget (Gorman, 1975), dirigiéndose a Héctor le dijo:

—Compañero Héctor, en virtud de haber engendrado esta idea, que de ninguna manera creo sea la primogénita de sus fecundas inquietudes, lo voy a invitar a que en la próxima clase nos defina en forma sintética lo que sepa usted de los valores.

—Pero profesor —replicó Héctor—, yo solamente intu-
yo por lecturas dispersas de la ética material, que existen seis géneros de valor y que son de carácter físico, económico, intelectual, social, moral y religioso, pero no los entiendo con claridad.

—Pues bien —volvió a decir el profesor— compañero Héctor, usted nos describirá esos seis géneros de valor conforme a su manera de entenderlos y de acuerdo a la importancia que cada género tiene, y además qué lugar ocupan en la escala de valoración. ¡Buenas noches!

Empezaron a salir los alumnos en silencio. Lejano ya del aula, Héctor, cuyo hogar se encontraba al otro lado del parque

contiguo al Colegio de Bachilleres, dirigió sus pasos con fervorosa intriga en sus pensamientos. Cruzó absorto por los húmedos paseos de adoquín mientras breves ráfagas de viento juguetaban remolinos otoñales de hojarasca entre sus pasos. Miró la Luna llena, agrietada por el ramaje informe de las copas arbóreas y que a la distancia iluminaba las siluetas de los volcanes, nevados en esa noche. Pensó en dónde se ubicaría el valor de la Luna dentro de los seis géneros de valor; y los poemas y las canciones que hacían referencia a los amores de plenilunio, y el de los árboles, los automóviles, la locomotora del tren que en ese momento anunciaba su llegada a la vieja estación colimense y los pasajeros que bajaban de los vagones, con sus propios sentimientos y anhelos. ¿En qué lugar de los valores se encontrarían?

Con la inquietud de estos pensamientos se encontró de pronto traspasando el umbral de su casa. Su madre dormía. Encendió el televisor de la sala más por inercia que por deseo, e intentó ver la imagen de las noticias en el momento en que el dirigente de un partido político discurría acerca del valor histórico de la democracia, desde la *acrópolis* ateniense hasta la *urbis* contemporánea. El orador prometía la comparecencia de seis miembros prominentes de su partido a fin de seleccionar el que sería candidato a la máxima magistratura de la nación. Héctor, ya echado en la meridiana en el mullido sillón de espaldas reclinable, escuchaba atento con el acoso aún de sus anteriores pensamientos. Volvió a plantearse cuál sería el valor de la política y pensó fantasiosamente que, así como en la televisión irían compareciendo cada uno de los seis precandidatos para darse a conocer a la opinión pública, qué fascinante sería que a su mente también comparecieran los seis géneros de valor y se presentaran por sí mismos en su significado preciso y en su relación con los demás valores.

Así fue como entre raciocinios y fantasías sobre los seis géneros de valor, y viendo en la pantalla las elocuentes imágenes

acerca de la comparecencia de los seis políticos, Héctor se quedó profundamente dormido. Su subconsciente, alimentado por el deseo intenso de encontrar la respuesta axiológica y habiendo relacionado los seis géneros de valor con la percepción televisiva de los seis precandidatos, le indujo un sueño que no por surrealista deja de parecernos lógico. En este sueño, Héctor se encontraba en el salón de clases con sus compañeros en espera de que llegara el profesor de filosofía a impartir su cátedra, y de pronto en forma inesperada aparecieron en el aula seis personajes que le sugirieron las características de los dioses griegos y que se presentaron ante ellos como axiólogos encarnando cada uno su respectivo valor. Así, desfilaron uno a uno, el valor religioso, el valor social, el valor físico, el valor intelectual, el valor económico y el valor moral, cada uno de los cuales expondría ante el grupo sus capacidades de guiar la vida de todos en lo general, y de cada uno en particular, con la finalidad de obtener, mediante voto razonado de los presentes, la primera magistratura en la escala de valores.

Más impetuoso que los demás el valor económico se abrió paso y se plantó en medio ante la expectación general de los presentes. Con tono de ambición nunca satisfecha y no poca soberbia, elevó su voz estentórea como caudal de monedas permanentemente subiendo y bajando cual acciones bursátiles en el suplicio de Sísifo (Camus, 2009):

“Yo me defino axiológicamente, como el género de valor referido específicamente al dinero, entendido éste no sólo como valores bancarios y en general títulos de crédito, sino también los bienes de capital y demás bienes y servicios que concurren económicamente a satisfacer las necesidades de *consumo* del hombre, a través de los fenómenos de la *producción* y de la *distribución*.

”Considero ser el que representa todo poder, el que da prestigio, el que encumbra y halaga y el que también es capaz de

humillar y hacer caer a los que tienen poder social; por dinero un redentor fue vendido, por dinero la mujer se prostituye, en torno al dinero, querámoslo o no, todo gira, nos duela o nos halague lo anterior es una realidad. De ahí la importancia para que sea yo quien gobierne vuestras vidas; yo os daré riquezas, lujos y una vida llena de placeres, donde vuestros deseos por mi solo poder serán inmediatamente satisfechos, o acaso ¿se resistirá la mujer más bella ante el hombre que posee el dinero? Los caprichos más caros estarán a vuestro alcance; si queréis poder, lo compraréis, la justicia para vosotros tendrá su precio y será siempre elástica, dispondréis de honras y vidas ya que yo estoy sobre los demás valores. ¿Acaso el mejor patrimonio que podéis heredar a vuestros hijos no es la riqueza económica para que no tengan carencias y sufrimientos?

”Respecto a los valores del orden moral, yo afirmo que compro cualquier conciencia, no existen principios morales que se me resistan. A los valores de orden físico yo les digo que soy superior, pues al que tiene dinero, aunque no sea ni bello ni fuerte físicamente, lo torno más interesante que las fórmulas de los alquimistas para la multiplicación súbita del oro, y más atractivo aún que el denso magnetismo sobre los metales ya que, necesariamente, lo nimbo con las guirnaldas de triunfador o de consentido del destino; de nada sirve ser Adonis si económicamente se es un pobre diablo. Para amar a un Adonis está la Venus naciendo de la espuma (Conti, 2006), es decir, de la nada, y la nada sólo engendra a la nada.

”Al valor social le replico que la sociedad siempre querrá ser la Mesalina del que tiene dinero, es más, la política como valor social se sujeta a los proyectos de orden económico.

”Al valor intelectual, yo le digo que el dinero compra desde las ideas más oscuras y mediocres hasta los pensamientos más geniales y brillantes; hago que otros piensen para el que me posee. Yo soy el centro de gravedad del mundo. Los grandes con-

sorcios multinacionales se mueven en función mía, la importancia de las naciones se mide por el ingreso *per cápita*, los países más poderosos son los que tienen mayor potencial económico, yo incluso he dado origen a grandes corrientes doctrinales del pensamiento como el capitalismo y el socialismo.

”Respecto al valor religioso, yo digo a vosotros que no os ofrezco falacias de riqueza espiritual ni promesas de salvación incierta que solamente crean dudas y frustración; yo soy práctico, os ofrezco la prerrogativa de la riqueza aquí y ahora, no como una promesa, sino como una realidad de *ipso facto*, únicamente os pido que os entreguéis en vuestra vida a conseguirme sin reservas, sin cortapisas, restricciones ni resquicios, de tal forma que yo sea vuestro valor supremo y, de ser posible, único en vuestras vidas.”

Dicho esto, el incisivo valor se precipitó hasta un lugar no convenido a fin de escuchar despectivamente la disertación de los demás valores, y en esa atmósfera confusa y densa de los sueños, apareció con radiante faz y ungido escorzo, irrumpiendo como un trueno hasta el centro, el valor físico. Con acento grave, del recio torso brotaron las siguientes palabras:

“Yo me defino axiológicamente como el género de valor aplicado específicamente a los atributos de orden corporal, como la belleza, la salud, y la energía física, y en general todo lo que se relaciona con los placeres del cuerpo, como la comida, el descanso, el sexo, la bebida y otras sustancias enervantes. Si me permitís gobernar vuestras vidas, yo os daré presencia física, os enseñaré a valorar los dones que vuestro cuerpo tiene, y a lucirlos porque al fin es lo que cuenta en una persona; rara vez los lisiados o los físicamente desagradables tienen acceso al éxito, más aún en estos tiempos de *glamour* y de cámaras de televisión, la belleza física, sea masculina o femenina, natural o artificial, es la que se impone, y yo como valor físico no sólo la belleza corporal pregonó, sino también la fortaleza física que desde la edad de las

cavernas hace superiores a los hombres. No podrá negarse que cuando de encontrar pareja se trata, en lo primero que una persona se fija es en los atributos físicos del candidato o candidata. Nadie está exento de vanidades en esta materia, puesto que todos deseamos poseer alguna cualidad física que sea admirada o admirable. No en vano se inclinaba Narciso (Brandee, s.f.) sobre el límpido espejo del río para extasiarse a sí mismo, sin sospechar siquiera que las vanidosísimas aguas más se extasiaban contemplando su propia hermosura reflejada en el iris de aquellos ojos que las miraban.

”Los placeres que yo ofrezco son irrenunciables, ¿o hay alguien que pueda prescindir del deleite de los succulentos manjares de la comida o del éxtasis espiritual de la bebida?, y qué decís de las delicias que brinda el éxtasis del sexo y, desde luego, si sois fuertes y bellos, seréis sexualmente más apetecibles e inagotables. A través de mí, vuestros sentidos se vuelven una sinfonía de placer sin fin; es más, tan importante soy que en algunas naciones los cuerpos inertes se conservan en cámaras de congelación con la firme convicción de que la ciencia pueda, a futuro, resucitar dichos cuerpos, ya que yo, valor físico, soy vuestra razón de ser, sin mí sois nada, conmigo lo sois todo.

”Al valor dinero yo lo domino. ¡Cuántas personas!, tanto hombres como mujeres, y en especial éstas últimas con su belleza de orden físico, dictan en las vidas de quienes poseen el dinero. La belleza eterna de la reina de Saba pudo más que la fabulosa riqueza de Salomón (Haggard, 2010).

”Frente al valor social yo soy más importante, ya que no tiene trascendencia el ser reconocido socialmente, respecto al impacto que producen la belleza y la energía físicas, ¿o acaso los que son bellos cambiarían su belleza por la fama y la fealdad de Sócrates por ejemplo?, o los que tienen verdaderas capacidades de pasión y energía sexual, ¿las cambiarían por la fama y la pasión aparente, que falsamente proyectan algunos galanes y actri-

ces de cine? No fue el linaje real del fuerte Tarquino lo que impulsó a Lucrecia (Shakespeare, 2003) a cerrarle las puertas de su morada en altas horas de la noche y en ausencia del esposo Colatino, pues seguro estoy que la resistencia de ella ante la posesión era un simple ardid que buscaba aumentar más la pasión del varonil príncipe, por cuanto de físicamente apetecible tenía para ella.

”Del valor moral yo me río, porque cómo es posible que en la vida que se vive una vez, pretenda la moral sujetar los placeres del cuerpo a disciplinas que mortifican y a veces hasta dañan, pues lo que la naturaleza dio al hombre en el terreno físico es para que lo desarrolle y lo disfrute a plenitud.

”Respecto al valor religioso, yo afirmo que la realidad única y de valor absoluto es la de orden físico y que es falacia alimentar esperanzas de una supuesta vida eterna del espíritu, ya que lo único tangible y seguro es vuestro cuerpo y si me permitís guiar vuestras vidas, yo os sacaré de la esclavitud de esperanzas religiosas que a ninguna parte conducen y os haré como dioses de los momentos dedicados al placer físico.

”Frente al valor intelectual, digo que éste es una aspiración vana, pues nunca nadie podrá alcanzarlo; teorías van, teorías vienen y lo mismo se apoyan que se contradicen, y lo único que hacen es confundir y angustiar al ser humano. La verdad intelectual es tan relativa y fatigosa en su búsqueda, que el valor de su hallazgo no compensa el costo del esfuerzo invertido. La única verdad que se impone es la de orden físico: yo soy algo tangible, estoy a la vista para dar el placer y la felicidad absoluta e inmediata; es más, el valor intelectual estorba para disfrutarme ya que siembra a veces incertidumbres si vosotros tratáis de conocerme a través de él. A mí debéis conocerme por los sentidos y entonces el placer será pleno. Por ejemplo en la música, ¡qué pesado es pretender captar los sonidos musicales con sensibilidad intelectual!, en cambio, qué placer para los sentidos en el orden

físico escuchar la música estridente, en la que, lo que menos importa son los fenómenos estéticos de armonía y melodía, música que nos hace vibrar en un éxtasis tremendamente psicofísico, y que nos aleja del fastidioso "disfrute" intelectual de la música."

El personaje calló, y antes de que alguien pudiera darse cuenta de nada, ya se encontraba en el pódium una notable figura cuya personalidad destacaba por el elegante atuendo que lo investía. Era el valor social que armoniosamente combinaba los delicados movimientos gestuales con el tono elocuente de la voz:

"Yo me defino axiológicamente como el género de valor relativo específicamente al significado o imagen que cada persona tiene frente a los miembros de su propia familia, de su grupo o de la sociedad en general, y que puede adquirir a través del amor social, la autoridad, el poder, la fama, y en general las relaciones sociales. Soy el más importante, ya que soy inmanente al hombre, pues éste es por naturaleza el *zoon politikón* (Savater, 1992), es decir el ser sociable desde que nace, ya que desde entonces necesita aceptación social, reconocimiento y sentido de pertenencia a un grupo. Por ello, como valor soy la mejor opción en vuestras vidas, yo os daré prestigio y halagos, debéis recordar que es más importante parecer que ser, ya lo han demostrado grandes pensadores de lo social, como Maquiavelo en el arte principesco de la política (Higgs, 2005), ¡ah, la política!, el arte de conseguir aprobación social para tener el poder; ¡el delicioso poder!, es el néctar que yo doy a los líderes, sean religiosos, o sean de gobierno; la fama, ¡y quién no quiere la fama!, yo la doy a artistas de diversa índole, deportistas, profesionistas y a muchos otros que proyectan socialmente su actividad, porque a mí como valor social me necesitan todos, hasta en la población más pequeña se reconoce al maestro, al sacerdote, o al médico, y en el medio familiar por ejemplo entre hermanos, siempre halaga ser reconocido como el mejor. Por mí se han creado cargos y se han otorgado premios en aras de los cuales se lucha; si vo-

sotros me permitís dirigir vuestras vidas, yo os elevaré hasta la cúspide del reconocimiento social desde donde podréis recibir el respeto, el elogio, el aplauso y, más importante aún, el cariño, el amor. ¡Y qué decís vosotros del amor como valor social!, es el máximo halago; lo mismo podéis inspirarlo en las demás personas en lo general, que en especial en una persona del sexo opuesto o del mismo sexo, según vuestra preferencia de género. Sería el amor pleno porque en él seréis cortejados, y endiosados, decidme pues por esto, si no soy el valor capaz de guiar vuestras vidas, ya que yo puedo hacer que os admiren y os quieran, no una pareja sino varias, más en estos tiempos que está en crisis la relación monógama.

”Frente al valor económico, yo soy más valioso y doy un ejemplo de ello, que tomo de vuestra historia: Hernán Cortés (Gayangos, 2008) en sus cartas de relación manifestó que bien pudo haberse quedado en Cuba bajo la sombra de Velázquez y disfrutar de las considerables riquezas que éste le había conferido, pero prefirió ser rico en fama más que en dinero, y por ello aceptó la expedición hacia tierras de lo que sería después Nueva España, siempre en búsqueda de la misma gloria que obtuvieron Julio César y Alejandro de Macedonia en sus campañas de conquista. Porque, a fin de cuentas, es más importante ser digno de crédito incluso en el orden económico que tener el dinero y ser rechazado socialmente, ya que se ha observado también, por ejemplo, que en vuestros sitios de esparcimiento tienen preferencia los que poseen el poder político (valor social), respecto de los que sólo tienen el dinero.

”En lo que respecta al valor religioso, éste se encuentra sujeto a mí, ya que en la mayoría de los casos vosotros os habituáis a prácticas religiosas como una forma de satisfacer vuestra necesidad de pertenencia a un núcleo familiar o grupo social determinado; la estancia de muchos clérigos en vuestras instituciones religiosas se debe más a la búsqueda de autoridad so-

cial o a aspiraciones de poder político que a una auténtica vocación religiosa, y vuestra historia presenta muchos casos que ilustran lo anterior, por ejemplo: en la época en que la familia Borgia (Cloulas, 2008) ejerció el poder eclesiástico de Romaña en aquel corrupto entonces.

”Frente al valor moral, yo dicto lo que es moral y lo que es inmoral, yo hago que la moral sea relativa, lo que ayer fue inmoral, hoy lo puedo hacer moral, todo es cuestión de enfoque social, pues si antes la esclavitud fue moral, hoy no lo es. Poseo costumbres y normas diversas que son cambiantes conforme a los grupos sociales y a las etapas históricas que vos como pueblos conformáis, así por ejemplo: para algunos grupos esquimales resulta una ofensa tan grave el que alguien rechace a la esposa ofrecida como símbolo de hospitalidad, como lo puede ser entre vosotros que alguien solicite en empréstito a la esposa de otro. En el terreno del amor, la moral pregona que améis en forma total y sin esperar nada a cambio; yo, valor social, digo que lo importante es que vosotros seáis amados sin reservas y sin que os pidan nada a cambio.

”Respecto al valor físico, digo que yo, valor social, soy superior, ya que impongo a vosotros modas de tal forma que en determinadas épocas y lugares gustan las personas delgadas y en otras las personas robustas; todo es cuestión de moda social y de momento histórico en un grupo social determinado, pues las rollizas madonas de Rubens, paradigmas de espléndidas carnes en toda una generación pictórica, nada tienen que ver con las estilizadas figuras de Chagall en sus alegóricos óleos (Medero, *s/f*).

”Al valor intelectual yo le replico e insisto que es mejor parecer que ser. Existen entre vosotros algunos auténticos autodidactas del conocimiento, de los que la sociedad ignora su existencia; sin embargo, yo como valor social a través de instituciones de educación superior otorgo títulos diversos a muchos de vosotros que muy acertadamente se acogen a mí, pasando a se-

gundo plano lo intelectual, por eso considero mis fieles seguidores a quienes pugnan por exámenes escolares fáciles, promedios, pases automáticos al nivel inmediato superior y planes de estudio accesibles y rápidos; no puedo entender a algunos de vosotros que pasáis horas perdiendo el tiempo en bibliotecas, tratando de escudriñar ideas profundas que en lo general a la sociedad no le interesan; por ejemplo, en televisión, es mejor parecer simpáticamente conocedor que ser verdaderamente sabio, ya que esto último cansaría al teleauditorio y la televisión perdería el valor social que primordialmente tiene; como corolario de lo dicho, observad que la política, que es fiel seguidora de mi valor, rara vez ocupa espacios televisivos para analizar intelectualmente principios ideológicos, pues lo que da resultado es el lenguaje social que refleje lo que al electorado en general le gusta oír; como excepción acepto que algunos intelectuales adquieren prestigio o autoridad frente al pueblo, pero dicho valor también reside en mí, pues es un fenómeno de reconocimiento social.”

Visiblemente auto-halagado, el personaje terminó su discurso y se alejó aplaudiéndose solo, para dejar la palabra al valor intelectual que con una profunda mirada inquisitiva parecía ver el otro lado de las cosas. De aquellos que miran a su interlocutor, no para escuchar lo que le dicen, sino para deducir lo que no le dicen. Todo aura y brillo sapiencial, impuso la autoridad de su voz:

“Yo me defino axiológicamente como el género de valor relativo específicamente a la inteligencia y al conocimiento que el ser humano desarrolla respecto a cada uno o a todos los fenómenos de la existencia, llámese conocimiento empírico, precientífico, científico o filosófico. Soy el valor por esencia y el que puede guiar vuestra vida por un camino seguro hasta llegar a la plenitud de la verdad. Soy el más completo, el que puede llevaros a alcanzar el estado supremo e ideal, resultado de conocerse a sí mismo; soy un poliedro de conocimientos diversos. A través

de las ciencias sociales, os ayudo a entender el qué, el cómo, y el para qué del ser humano, sin importar las diferencias de género que enuncia el valor social, pues en la metodología del conocimiento que trasciende sólo caben las distinciones rigurosamente epistémicas, o acaso, ¿podéis diferenciar una lógica matemática masculina de una lógica matemática femenina? (Hierro, s.f.); a través de las ciencias biológicas, descubro a vuestros ojos las perspectivas y expectativas que tenéis como seres vivos, y las ciencias físicas son como una lente que aumenta vuestro conocimiento respecto al mundo material que os rodea. Y qué decir de la filosofía que trata de daros una respuesta integral de la existencia toda; yo hago que gocéis, por ejemplo, los fenómenos relativos a las artes en general, en virtud de la percepción mental que de ellos tenéis; yo os elevo a estadios superiores, os hago poderosos; yo he transformado la historia. Mis ideas, lo mismo han creado sistemas políticos que han llevado al género humano allende los mares, o lo han encumbrado al espacio exterior hasta hacerlo posarse o posar sus instrumentos en otros cuerpos celestes. Yo he creado desde la moda hasta la señal del satélite que proyecta la imagen que modela bellamente, porque donde el ser humano piensa o crea, ahí estoy, pues lo mismo invito a la reflexión, a la risa, o al llanto, ¡cuántas vidas he transformado al simple contacto conmigo, cuando por ejemplo me han descubierto en un libro! Respecto a los demás valores en vuestras vidas, yo soy la mejor opción, pues incluso por mí y a través de la percepción y de la asociación de ideas, disfrutáis del placer mental que da la contemplación estética, de tantos fenómenos tales como: una campiña otoñal cuajada de amapolas y margaritas silvestres, un claro de luna en el silencio del bosque y al pie de las montañas con el albo resplandor de la Vía Láctea flotando entre las estrellas, o bien, el manto de luces iridiscentes con que se cubre púdicamente una ciudad acariciada por el oleaje marino y poseída por la noche cálida del trópico, o las rizadas nubes arrastradas por el

céfiro a través del desierto y heridas de púrpura en los crepúsculos gélidos de la tarde; espectáculos estos maravillosos en sí.

”¿Por qué el valor físico está sujeto a mí?, porque yo he descubierto para vuestros cuerpos a través de la ciencia, más salud y mejor nutrición, que ha redituado en que tengáis más belleza y se hayan elevado vuestros promedios de vida; incluso he descubierto la forma de corregir defectos físicos, ya congénitos o ya por la edad; he logrado que vuestro cuerpo en muchas ocasiones escape a muerte segura, y hasta lo he fortalecido para que sigáis disfrutando de los placeres físicos de la vida, pues para estos fines he creado la ciencia médica y, más aún, de mí han nacido la física y la química, las que para auxilio de vuestros placeres físicos descubrieron sustancias enervantes como el alcohol y otras drogas, así como el material erótico que excita vuestros sentidos sexuales.

”¿Por qué al valor económico yo lo domino si éste se refleja en la riqueza?, porque para que ésta exista, se necesita primero que ella sea producida y para ello vos requerís del intelecto, por eso yo he creado las teorías económicas que dan pautas para conseguir una exitosa producción de la riqueza y yo también he creado la tecnología que ha sido instrumento toral en la mencionada producción; los emporios bancarios y comerciales han sido resultado de mis ideas que ya iniciaban y apuntalaban los mercaderes de la antigua Fenicia y Venecia, que otros continuaron hasta la aparición de las grandes obras de la literatura económica, como *La riqueza de las naciones* o *El capital*, según el modelo de producción que se escoja, ya de corte keynesiano o ya de corte neoliberal (Sierra, 2007).

”¿Por qué el valor religioso está sujeto a mi investigación y necesita de mis ideas?, pues porque yo he dado origen entre los griegos de la antigüedad a la teoría del ser y del no ser, pasando por la teología escolástica medieval (Orrego, 1998) que se ocupa de explicar metodológicamente la existencia del ser en el contex-

to de los valores religiosos, hasta la modernidad en que la teología de la liberación (Dussel, 1972) enuncia al Ser religioso como de naturaleza eminentemente social.

”¿Por qué el valor moral necesita también ser comprendido a través de mí para que adquiera sentido?, porque yo le he dado carta de identidad a través de los siguientes principios filosóficos: conciencia, libre albedrío y virtudes éticas del deber ser. Lo he expuesto en diversas doctrinas y le he señalado la diferencia entre virtudes éticas como contenidos filosóficos universales y virtudes morales como formas culturales juzgadas según cada pueblo o nación; he analizado la confrontación dialéctica que en lo moral tiene el libre albedrío con el determinismo, ya en el idealismo platónico o ya en el materialismo histórico.

”¿Por qué el valor social requiere también de mí para ser perfectamente comprendido?, porque para ello he creado la sociología, así como las demás ciencias sociales, y en mi carácter de valor intelectual, yo voy abriendo brechas a través de la antropología cultural para desentrañar hábitos sociales; explico el movimiento de masas, y cómo la masa social es impactada por los medios de comunicación. Yo he estructurado el lenguaje que ha sido instrumento vital de cohesión social, he desarrollado el derecho que crea un perfil determinado de orden jurídico; en fin, los líderes políticos a través de la historia, que también explico como disciplina intelectual, no habrían podido hacer nada sin auxilio de los instrumentos intelectuales de la ciencia política, pensar modelos de poder formal en el Estado, ya de corte monárquico, aristocrático, democrático o republicano (Paoli, 2009).”

Dicho esto, el convincente valor se apartó un tanto para permitir la disertación del siguiente, el cual mostraba un semblante en el que resplandecía el carisma de la gracia divina y que resaltaba sobre la oscuridad de su caperuza como fulge un cirio encendido en el claroscuro de un silencio conventual. Era el va-

lor religioso, quien con la actitud del que ora, pronunció las siguientes palabras:

“Yo me defino axiológicamente como el género de valor relativo específicamente a la búsqueda y relación personal que a través de la fe, de la esperanza y de la caridad,¹ el ser humano establece respecto a la causa ontológica o ser supremo que le dio la existencia. Soy el valor más importante para vuestras vidas, soy el que ha marcado pautas en la historia, por mí se han desatado guerras y en mi nombre se ha pregonado la paz, yo provoqué la colonización en América, en donde desarrollé en los colonizadores un espíritu de lucha capaz de haber forjado muchas naciones; yo he unificado culturas y dado identidad a grupos nacionales y aun cuando en algunos países en público se me resta valor, en privado estoy inmerso en las conciencias de quienes me niegan, más por moda social o hasta por intereses de índole política; en algunos casos de excepción, unos cuantos me niegan en forma absoluta, más por crisis de orden psíquico que por conclusiones de verdadera vocación intelectual.

”Frente al valor físico, yo pregonó la trascendencia del ser humano a través del espíritu, porque fundamentalmente el hombre es espíritu, pues en esta circunstancia reside su identidad psíquica y no en su cuerpo, pues éste es accidental, tan lo es, que si perdierais vosotros gran parte del cuerpo y siguierais viviendo en él, no perderíais parte de vuestra identidad personal, pues psíquicamente se conservaría la unidad y por ende la identidad, luego esto hace pensar que el ser humano trasciende más allá del cuerpo, pues es también un deseo innato en él, consciente o inconsciente, y si el Ser Supremo creó al género humano con ese deseo de trascender, seguramente es con la consecuencia de que así suceda, ya que el ser que es principio de orden en las cosas, no puede ser y no ser.

¹ Revisar el tema de las virtudes teologales (Pieper, 2003).

"Frente al valor económico, yo afirmo que el Ser Supremo es la causa primera y primordial generadora de la riqueza económica, ya que el hombre no crea, solamente transforma con la inteligencia que le fue dada y que la felicidad del hombre en el aspecto económico reside en ajustarse al marco de posibilidades que se le han dado y dentro de ese marco esperar lo mejor, ya que de otra forma solamente se viven angustias y frustraciones.

"Respecto al valor intelectual, yo afirmo mi trascendencia cuando señalo que frente a tantas teorías y elucubraciones teológicas, basta creer en el ser que asentó firme la redondez de la Tierra y que con sólo una mirada la hace estremecer. Que creó el Sol para regla de los tiempos y por quien éste observa puntualmente su ocaso. Por Él y en honor de Él, levantaron los ríos su voz y se alzaron las olas del mar. De tal manera que sus obras os hacen exclamar al son de cítaras y salterios: "¡Cuán grande y sabio eres, oh Yahvé, la tierra está llena de la bondad de tus dones! ¿Qué es el humano en la dimensión del universo para que te ocupes de él?"

"Al valor moral yo le doy sentido, ya que si bien el juez de los valores morales es la propia conciencia, el hombre necesita del aliciente trascendente que consiste en saber que hay un ser justo que valora su conducta moral y que en función de esa conducta, tarde o temprano e incluso desde esta vida, puede sobrevenir el premio o el castigo, o bien el perdón y la reconciliación a quienes sin condiciones al menos emprenden un auténtico esfuerzo de conducta moral. En fin, yo, valor religioso, hablo no sólo del amor entre las personas, sino también del amor a todo lo que vive y existe, como ya lo señalaba uno de mis pregoneros, el hermano de Asís.

"Al valor social, yo lo proveo de líderes espirituales más auténticos y con más arraigo que los líderes que representan al poder temporal del Estado. Yo lleno cabalmente las aspiraciones que todo pueblo tiene de líderes trascendentales, ejemplo de ello

y en el plano estrictamente social están: Jesús de Nazaret, Mahoma, Buda o Moisés; insisto al valor social, ya quisieran muchos líderes políticos formales tener el poder de convocatoria que en mi nombre tienen los líderes religiosos. Ante mí las masas vibran y se subliman, en mí encuentran sus anhelos y esperanzas más íntimas millones de personas en el mundo; de mí se toman corrientes de pensamiento en lo social, lo mismo para educar que para estructurar ideologías. Yo suelo ser para los pueblos el bálsamo que cura las heridas de los desengaños surgidos de esperanzas depositadas en promesas vanas de placeres engañosos y temporales, a la vez que en muchos casos suelo ser una garantía plena para uno de los valores sociales más importantes, como lo es el amor conyugal que toda mujer y hombre desean que les sea jurado por su pareja, mediante la fidelidad del valor religioso.”

Una vez que el devoto valor terminó su discurso, se dispuso también el valor moral que en actitud grave y apacible como de quien sintetiza el mundo del deber en un acto profundo de conciencia, disertó con seguro acento predestinatario y apostólico:

“Yo me defino axiológicamente como el género de valor específicamente relativo a la intención consciente y libremente ejecutada en una conducta humana como deber ser, que se materializa en contenidos éticos de prudencia, templanza, justicia y fortaleza,² formalizados según la conciencia cultural individual. Me considero el más importante y el más polémico, el que llega a las fibras más íntimas de las personas y a causa de ello lo mismo soy defendido que atacado, y lo curioso es que soy el menos entendido de todos los valores, esto es porque irónicamente soy poco estudiado y mucho discutido, me vuelvo confuso en estos tiempos, lo mismo se dice que hago triunfadores o que hago seres humanos llenos de complejos y frustraciones, que a base de

² Revisar el tema de las virtudes morales (Pieper, 2003).

prohibiciones corto de tajo uno de los valores más importantes en el ser humano: la libertad; que por cierto es el punto de partida para que yo exista, ya que mi razón fundamental de ser precisamente es ayudar al hombre a administrar esa libertad para que alcance el fin supremo a que aspira, es decir, la felicidad, y hablo de la felicidad íntima, la que nadie puede quitar, la que nace de la satisfacción enorme por los logros obtenidos a través del esfuerzo moral sin denigrar el esquema de felicidad que ofrecen otros valores, pues en mi calidad de valor moral, lo menos que puedo ofrecer es respeto a la esfera de acción de otros géneros de valor, sin renunciar por ello a la veracidad moral en la apreciación que yo haga de ellos, pero a la vez, sin intromisiones en los juicios de verdad intelectual que incumben a su correspondiente género de valor. Yo ofrezco cuatro virtudes fundamentales en las que se sustenta la estructura moral: el hábito de la prudencia, el hábito de la fortaleza, el hábito de la templanza y el hábito de la justicia. Virtudes cuyo ejercicio asegura una correcta administración de la libertad humana, virtudes tales que tienen un valor por sí mismas, independientemente de la utilidad concreta que para lograr diversos fines tienen, amén de que el dominio que de ellas se tenga y su ejercicio reiterado, generan estados que producen placer no sólo mental sino hasta de orden físico; más aún, ya realizadas dichas virtudes plasman en la conciencia la paz interior producto del deber cumplido. Quien vive al amparo de estas virtudes es seguro que puede alcanzar tarde o temprano la felicidad, entendida ésta como la capacidad adquirida para disfrutar plenamente el mundo que nos rodea, por eso yo sostengo que a mayor calidad moral se tiene mayor capacidad para ser feliz.

”Para que me conozcáis mejor, os daré un perfil de cada uno de los cuatro géneros de virtudes a que me he referido. La prudencia fundamentalmente es la capacidad de circunspección, es decir de tener el hábito de la observación y análisis de lo que nos rodea, ya sea que se recurra a valores intelectuales o no se

recurra a ellos, según las posibilidades personales. Pero lo esencial para la moral es que se tenga el hábito señalado, en todo caso existe el consejo de la propia experiencia o del que sabe más por el conocimiento adquirido o por la experiencia vivida, dicho consejo se debe buscar en especial, para tomar decisiones importantes; siendo necesario para llevar a cabo la ejecución de cualquier decisión, primero la previsión, es decir estar preparado para resolver problemas que pudieran presentarse y luego tener el hábito de actuar con precaución para evitar precisamente el mayor número de problemas. Insisto que lo anterior reside esencialmente en el hábito, que es lo que cuenta para mí como valor moral, independientemente de que las decisiones de acuerdo a su naturaleza requieran de previa preparación adquirida por la experiencia técnica, o la formación académica, ya que en todo caso lo anterior corresponde al valor intelectual, el que no siempre garantiza valor moral, ya que puede haber una persona que por formación académica o experiencia técnica en determinadas áreas tome decisiones con excelente previsión, más teórica que práctica, pero en los demás aspectos de su vida carece del hábito de la previsión, lo que nos lleva a concluir que entonces dicha persona no posee la previsión como hábito o actitud moral, sino como valor intelectual resultado del conocimiento que tiene de un área.

”La fortaleza es la actitud convertida en hábito de emprender siempre con espíritu de magnanimidad o grandeza, lo más importante en la vida, y que lo que se emprenda se haga con la mayor magnificencia posible, sin que os desaniméis ante la espera o ante lo imprevisto, pues quien sabe tener paciencia, los frutos ve llegar, asimismo, sin frustrarse por las derrotas o los obstáculos; si es necesario volver a empezar o a insistir, ¡debéis hacerlo!, pues quien tiene perseverancia, alcanza las metas. En síntesis, el que desarrolla valentía ante las adversidades y lucha,

amén de la satisfacción de haber luchado, tiene a su favor las posibilidades del triunfo.

”La templanza es la voluntad firme y habitual de transformar las pasiones o placeres perjudiciales por incontrolados en virtudes. En el caso del placer de la vanidad y de los ímpetus que son su consecuencia (tales como la ambición desmedida, la ira producto de la frustración y la envidia que sobrevalora lo propio), ¡debéis sublimaros y debéis aceptaros en trascendente humildad!, reconociendo que sois tan circunstanciales y tan mortales como cualquier ser humano. Será como hacer nacer una enorme flor perfumada entre los cactus espinosos de la soberbia. En el caso del gusto incontrolado y sin sentido por los placeres de la comida y la bebida, debéis hacer que vuestro espíritu se eleve al plano superior del auténtico placer que da la sobriedad y el gusto refinado, en el comer y en el beber y que está muy distante de los fenómenos grotescos y perjudiciales de la glotonería y la ebriedad, y más aún, debéis distanciaros en general de los engañosos placeres enervantes. En el caso de la capacidad de placer en el sexo, debéis acrecentarlo con la energía y la creatividad que da la espera de los espíritus maduros y debéis dotarlo con la plenitud y la delicadeza que da el amor correspondido; de esta manera, mostraréis de lo que sois capaces cuando os habéis entrenado en la virtud de la castidad. En general toda tendencia que llegue a convertirse en pasión incontrolada o vicio en una conducta, atenta contra la templanza y, por ende, contra vuestro bienestar; probado está, que el que controla sus pasiones o renuncia a ellas según el tipo de pasión, desarrolla por compensación, más energía y capacidad en el terreno moral y en todos los demás géneros de valor.

”La justicia moral es la convicción o hábito constante de querer dar a cada quien lo suyo, a diferencia de la justicia como valor social que consiste en cumplir con las leyes para satisfacer los requerimientos de los demás. Aun cuando muchas veces pue-

dan coincidir los dos tipos de justicia, no siempre va a ser así, ya que por ejemplo, se puede cumplir con un mandato de la ley por la presión externa pero sin estar moralmente convencido de ello. El principio de dar a cada quien lo suyo se materializa a través de la equidad, es decir, en cada caso y respecto a cada persona al tener sentido moral de la proporción; el dar a cada quien lo suyo, se edifica con la sinceridad y la veracidad, se fortalece en la generosidad, tanto en saber aceptar a los demás tal cual son, como en ser solidarios ante sus problemas; el dar a cada quien lo suyo se engalana con la lealtad y gratitud que debéis a vuestra familia, a vuestros amigos, a vuestro grupo, a la patria y sus instituciones. Encuentra su culminación el principio de dar a cada quien lo suyo, en el amor a la humanidad entera y a cada uno de sus miembros, sea amor de hermano o hermana en la especie humana, de padre-madre, de hijo-hija, o de hombre-mujer (Fromm, 2007); impulso creador y trascendente que todo lo ofrece y todo lo da a cambio sólo de la felicidad del otro y de los otros. En fin, la justicia moral, sentimiento que enaltece, sublima y se alza ante vosotros como cascada, por su torrente inagotable en el extenso desierto de una historia humana llena de violencia fraticida y de explotaciones diversas; y como montaña, por sus bosques perfumados de los que emanan los exquisitos aromas de la paz y la concordia entre vosotros (Nussbaum, 1997).

”Al valor social, yo como valor moral, muchísimo tengo que reprocharle, ya que es tal vez uno de los géneros de valor que más me ha prostituido, sobre todo en la especie de la justicia, pues a través de diversos espacios históricos y geográficos y utilizando como instrumento las leyes, ha hecho aparecer actos de gobierno y actos individuales como actos de justicia, cuando lo cierto es que dichos actos han estado muy distantes de la justicia inmanente al hombre, ejemplos de ello están la esclavitud, la discriminación racial y religiosa, los grandes monopolios de la riqueza y muchos otros casos que sería prolijo enumerar. Sin em-

bargo, no pueden pasar inadvertidos los ataques a la vida cuando bajo el principio axiológico de dar a cada quien lo suyo, resulta ser la vida misma lo esencialmente propio del ser humano, misma que es un bien inmanente pues ontológicamente ningún hombre la puede dar, y por ello, ningún hombre la puede quitar; aun cuando en ciertas naciones, bajo el enfoque de los valores sociales y a través de la ley se priva de la vida a quien delinque gravemente, sin valorar que si tan grande es el mal en un delincuente que es producto de la sociedad, más grande debe ser el remedio para tan grave mal en una sociedad que produce tanta maldad en sus miembros. El ser humano nace como una pantalla en blanco, donde la sociedad va reflejando sus valores y sus desvalores, y así como en la pantalla, lo mismo se imprime que se borra; así, la sociedad que ha impreso valores negativos en algunos de sus miembros debe borrarlos a través de la auténtica rehabilitación penitenciaria, ¡gran remedio y reto colosal para los valores sociales que continuamente en su afán, más de parecer que de auténticamente ser, pregonan el respeto a la vida, a la libertad y en general a los valores de la justicia!, y digo también la libertad, porque sólo se justifica moralmente la privación de ella, en aras de la verdadera rehabilitación (Del Olmo, s. f.).

”Al valor económico, el cual manifiesta que fácilmente me compra, pues según él, cualquier conciencia moral tiene precio, yo le digo lo contrario, pues la moral compra o adquiere la riqueza económica a través de la fortaleza que desarrolla el espíritu de empresa y de perseverancia en el trabajo generador de los bienes y servicios. A través de la justicia, yo distribuyo equitativamente estos bienes, pues ¿a quién, que sea afecto al valor moral de la prudencia y por ende a la previsión de evitar problemas sociales mediatos o inmediatos, se le ocurriría pensar que puede vivir en paz y seguridad indefinidas, poseyendo el valor económico que justamente a otros corresponde?; y más aún, le reprocho al valor económico el subestimar a algunos de los factores

humanos que en justicia concurren también en la generación de la riqueza, pues tal parece que para el valor económico sólo vale quien tiene dinero o bienes de capital, y no toma en cuenta que también generan riqueza quienes ayudan a cuidarla, como por ejemplo, una ama de casa que administra con prudencia.

”Al valor físico, le replico: no es verdad que yo como valor moral, imponga disciplinas mortificantes e inútiles al cuerpo mediante infinidad de prohibiciones, lo cierto es que a través de las virtudes de la templanza como la sobriedad y la castidad, ayudo a administrar los valores de orden corporal como la sexualidad y la salud, pues quien disipa en los vicios estos valores acaba disminuyéndolos o perdiéndolos; más aún, quien es humilde controla la vanidad, las iras y las angustias que se relacionan con la soberbia, y como consecuencia posee tranquilidad de espíritu, misma que se traduce en salud de orden físico y mental. Quien practica en su cuerpo los valores de la fortaleza moral, como la perseverancia en el ejercicio físico, además de salud tiene más belleza y energía corporales.

”Respecto a los placeres, al valor físico quiero manifestarle que quien prostituye o quien se prostituye en su cuerpo, comprando o vendiendo el placer sexual, lesiona la justicia moral en las especies del respeto y del amor de pareja, porque en la mayoría de los casos es un acto buscado sin que exista la atracción mutua, y en todos los casos, no es un acto que se sublima en la plena entrega espiritual y física que sólo se da en el sentimiento supremo del amor; haría gala moral de generosidad y castidad heroicas, quien con la persona que necesita vender su cuerpo por el apremio económico, se muestra solidario en forma desinteresada, ¡oh voluntad de acero y espíritu generoso, hijo predilecto que al actuar así, por doble partida te engalanas y te sublimas en las virtudes morales de la templanza y la justicia!

”Al valor religioso le hago la observación que ha influido a través del valor social, para que la moral, en distintos momen-

tos históricos, haya sido considerada como una cruz de prohibiciones y penitencias que el hombre debe llevar a su paso por la tierra, para así ganar una felicidad eterna; en cambio, mi postura es que el hombre que edifica en su propia libertad las virtudes de orden moral, por consecuencia, desarrolla gradualmente su capacidad de ser feliz y de proyectar felicidad en este mundo que lo rodea.

”Al valor intelectual le reprocho que a través de la pedagogía no ha sabido darme a conocer en forma práctica y útil, ya que me ha hecho caer en un relativismo pseudo-intelectual a través de teorías diversas sobre puntos que lo mismo emanan del escepticismo, del hedonismo, del determinismo, que del idealismo o del materialismo cuando, sobre todo a los jóvenes, lo que en verdad les interesa es la claridad de un horizonte moral bien delineado en sus vidas.”

Cuando terminó de hablar el valor moral, empezó a esfumarse en la mente de Héctor el entorno del salón de clases, y de pronto se encontró despertando ante la caricia suave de su madre, quien después de haber apagado el televisor invitaba a su hijo para que fuera a descansar en la recámara, pero Héctor muy impresionado por el sueño que acababa de tener, pidió a su madre que le preparara una taza de café y acto seguido tomó una pluma y una libreta y se puso a transcribir todo lo que su mente recordaba de cada uno de los seis discursos. Todavía aturrido pero muy emocionado con la experiencia, estaba decidido a aprovecharla, y recordando la tarea del profesor de filosofía empezó a preparara una síntesis de la utilidad de los valores, misma que al sábado siguiente leería ante el profesor y sus compañeros.

Principios esenciales de los valores

Y así, al siguiente sábado, Héctor cruzó desde su casa la arboleda del parque Hidalgo rumbo al Colegio de Bachilleres, ya con una síntesis de los valores, que leyó luego en el aula de la siguiente manera:

“Después de una extensa reflexión sobre los valores y buscando encontrarles más bien un significado práctico, lejos de elucubraciones teóricas que pretenden a veces más el espectáculo que la utilidad de la verdad y que navegan a distancias enormes del sentido común, me he propuesto exponer con base en experiencias precisamente del sentido común de la gente, tomando en cuenta la naturaleza de los bienes de la vida humana y de la existencia, y siguiendo elementales lineamientos de la lógica, una síntesis de los valores que comprenda principios y utilidad de cada uno de ellos, partiendo de la premisa de que en el orden de las ideas y en las vivencias cotidianas de las personas, cabe un muy aceptable criterio axiológico y de sentido común, consistente en clasificar a los valores en seis géneros que son: el físico, el económico, el social, el intelectual, el moral y el religioso, ya que bajo el punto de vista de valoración que al ser humano interesa en aras de su realización y felicidad personales, cualquier fenómeno existencial puede caber perfectamente en los seis géneros enumerados, sin perjuicio de otros puntos de vista axiológicos que se sostengan. Así pues, en consecuencia de lo dicho procedo a exponer lo siguiente:

”*Utilidad esencial del valor económico:* Reside esencialmente en la riqueza de *producción*, pues gracias a que se producen los bienes y servicios, existe el fenómeno del consumo, y si bien, la riqueza económica suele medirse en función de la capa-

cidad de consumo que cada persona tiene, sustancialmente la riqueza económica debe medirse en la capacidad de organización (Múnera, 2010) que se tenga para producir bienes y servicios, pues en la producción está la verdadera utilidad de la riqueza económica. De nada me sirve, por ejemplo, si por accidente me encuentro en el desierto sin agua, con riesgo de morir y con una capacidad de consumo equivalente a mi cuenta bancaria de un millón de dólares, en comparación, con un beduino que sea mi enemigo y que él, sin tener un solo dólar posea algún implemento mecánico que le permita extraer agua de alguna corriente subterránea del desierto, ya que ciertamente el habitante del desierto del presente ejemplo posee la infraestructura para producir un bien que es el agua, respecto de mí, que poseo una capacidad de consumo de un millón de dólares en una chequera, pero que tal vez al beduino ni le interese, pues no sabe para qué sirve un cheque. Dicho de otra forma, una cosa es tener dinero (capacidad de consumo), para comprar diez trajes, y otra es ser el dueño de la fábrica de trajes (capacidad de producción); o bien, no es lo mismo tener dinero o crédito para adquirir los servicios de un profesional o de una institución de servicios (capacidad de consumo), a ser dueño de la capacidad para producir los servicios o formar parte de la institución productora de los servicios, sea oficial o privada. Lo anterior nos lleva a concluir que la auténtica riqueza reside en quien produce y luego en quien distribuye, sin demérito del que tiene la capacidad de consumir dicha riqueza, y menciono también a quien distribuye la riqueza, porque dentro de la utilidad del valor económico también existe la capacidad de distribución que está por encima de la de consumo y por debajo de la de producción, ya que citando otro ejemplo, una circunstancia es tener poder económico para comprar cinco automóviles (capacidad de consumo), y otra ser el vendedor de autos a través de una agencia (capacidad de distribución), y otra circunstancia económica muy por encima de las dos ante-

riores es ser parte del equipo de trabajo que fabrica los autos (capacidad de producción).

”*Utilidad esencial del valor físico*: Su utilidad esencial reside en el valor *salud*, pues es lo primordial para que el cuerpo subsista. Los placeres de la comida, la bebida, el sexo y el descanso mismo, sólo se dan en un cuerpo sano igual que la belleza, pues es claro que los anteriores valores se manifiestan necesariamente a través de y por la salud, misma que concurre también en la generación de la energía física, lo que nos lleva a concluir que el cuerpo, accidentalmente y bajo determinadas circunstancias, puede renunciar a alguno de los valores físicos ya señalados, pero nunca a la salud, que es inmanente a la existencia y conservación del propio cuerpo como valor físico-vital, en el contexto de una sana interacción con los demás seres vivos, lo que lleva también a la necesidad de explorar nuevos paradigmas de salud vinculados al medio ambiente (Sepúlveda, s/f), pues tal parece que la ciencia médica sólo se centra en el paradigma de la enfermedad.

”*Utilidad esencial del valor intelectual*: Ésta reside básicamente en la *inteligencia*, pues el conocimiento en sus diversas fases —ya sea empírica, precientífica, científica o filosófica; o en sus diversas áreas, sean de ciencias sociales, biológicas, físicas o también filosóficas— es sólo resultado de la inteligencia, puesto que el conocimiento es accidental a la inteligencia que es esencia, ya que el ser humano parte de la premisa de los fenómenos de la inteligencia, sea emocional o sea racional. Así en la inteligencia emocional parte de la percepción y de la imaginación intuitiva; mientras que en la inteligencia racional parte de la memoria empírica y de la relación sistémica de ideas; de tal manera que si bien es importante, cuánto y con qué profundidad sabemos, por ejemplo: de economía, de biología, de física, más importante aún y fundamental es el entrenamiento y desarrollo que poseemos en los fenómenos de la inteligencia (Piaget, 1999), pues una cosa es tener la mente llena de simple informa-

ción por inercia o por presión escolar, y otra es que el conocimiento se adquiriera a través de una inteligencia entrenada y desarrollada que procese críticamente los datos y los convierta en cultura personal; así, no es lo mismo estar simplemente informado que ser verdaderamente culto. Por ello, el desarrollo integral de la inteligencia por sí misma es un fenómeno esencial y previo al conocimiento en sus diversas fases y áreas. Como ejemplo de lo anterior, menciono a personas que sin tener mucho conocimiento poseen una inteligencia muy aguda, o viceversa, personas con un buen cúmulo de conocimientos de simple información, pero con escasa inteligencia para procesar los datos y darles un sentido axiológico o de valor. Lo ideal es la persona que posee el conocimiento y una inteligencia desarrollada (Buzan, 1996), de ella parte la utilidad del valor intelectual.

”Utilidad esencial del valor religioso: Fundamentalmente su utilidad reside en la *fe* (Metz, 1979),¹ que es certeza y convicción de la existencia de un Ser Superior que todo lo ha creado; ésta es la premisa para que existan las demás especies de valor religioso, es decir, la esperanza y la caridad, pues para tener esperanza en el Ser Supremo y amarlo, primero es necesario creer en él, no necesariamente con el raciocinio demostrativo que corresponde al valor intelectual, sino primordialmente con el sentimiento de quien percibe la presencia de Dios en sí mismo y en todo lo que existe, independientemente de que a la fe se le considere como un don gratuito o como una virtud que hay que cultivar.

”Utilidad esencial del valor moral: Radica esencialmente en la virtud de la *justicia*, ya que las otras especies de la moral, como la templanza, la fortaleza y la prudencia son accidentales a

¹ Cfr. En Jacques Maritain la evolución histórica entre el teocentrismo fundamentalista medieval y el antropocentrismo antirreligioso fundamentalista de la modernidad, con la visión posmoderna de la pluralidad religiosa como verdadera laicidad.

la justicia, pues al ser el hombre por naturaleza, ser social, necesariamente sus actos de orden moral se dan en función del principio de dar a cada quien lo suyo hasta perfeccionarlo y sublimarlo en el amor humano, sentimiento al que ciertamente se sujetan las demás virtudes morales, pues si alguien lucha con gran sentido de la fortaleza, seguramente es por los que ama; si sabe controlar sus pasiones a través de la templanza, es en función del respeto que debe a los demás y que se debe a sí mismo; y si orienta su vida en las aspiraciones de la prudencia, es que quiere resultados que generen bienestar para las personas con las que siente el compromiso moral. En fin, los valores morales en su conjunto se centran en el principio de la justicia, que es dar a cada quien lo suyo, para sí y para los demás, principio que se aplica al género humano en su totalidad; por lo cual, al amar a la humanidad, nos amamos a nosotros mismos, como parte de ella y asumiendo con ese sentido de pertenencia y con gran generosidad, la parte que nos corresponde en el afán cotidiano de dar a cada quien lo suyo.

”*Utilidad esencial del valor social*: Su utilidad axiológica reside en el valor del *amor social*, entendido éste como el sentimiento que podemos inspirar cada uno de nosotros en las personas que nos rodean, a diferencia del amor como especie del valor moral de la justicia, que consiste en el amor que nosotros sentimos o debemos hacia las demás personas. Así pues, al primero podremos denominarlo como amor social, y al segundo, como amor moral; destacando que es el amor social el que nos interesa, pues se conceptúa como la esencia de su respectivo valor y con relación a las otras especies de valor social: la fama, el poder y la autoridad, ya que éstas son accidentales al sentimiento a que todo ser social aspira, pues el que desea la fama en realidad quiere ser admirado y por consecuencia amado; quien mediante el poder se convierte en gobernante, se esfuerza por regla general en legitimarse y perpetuarse en la historia a través del amor de su

pueblo (Ferreiro, s/f); quien ha ganado autoridad social, ya sea por méritos académicos, morales o de liderazgo natural, tiene el respeto que puede fácilmente traducirlo en amor. En fin, que todos los hombres con fama o sin ella, con poder o carentes de él, con autoridad o sin ella, en esencia, aspiran a ser amados, por su familia, por su grupo o por la sociedad en general, pues incluso el antihéroe que encuentra la triste fama, en realidad pregona la necesidad que tiene de amor social; el que busca poder sin la voluntad del pueblo, cuando ya lo tiene, trata de aparecer ante la opinión pública como un gobernante aceptado y amado por la comunidad.

”Ahora bien, existe el problema de la jerarquía de los valores, cuya etapa más crucial es establecer la evaluación y jerarquía de los seis géneros de valor para cuando se presentan las encrucijadas en la vida, saber cuál escoger —apuntó Héctor y siguió diciendo—, pues lo cierto es que, para que el ser humano se sienta realizado necesita poseer los seis géneros de valor, todos ellos se entrelazan para formar un todo axiológico. Seguramente el hombre perfectamente realizado y feliz será el que tenga salud, belleza, energía, placeres del comer, del beber y del sexo (valores físicos); riqueza para producir y distribuir bienes y, desde luego, riqueza de consumo (valores económicos); amor, poder, fama y autoridad (valores sociales); inteligencia y conocimientos generales de todas las áreas del saber y conocimiento profundo, cuando menos de un área en particular (valores intelectuales); grandes hábitos de fortaleza, templanza, prudencia y justicia (valores morales); fe profunda y amor al Ser que todo lo puede y en quien se deposita toda esperanza para alcanzar hasta donde es posible desde esta vida, así como felicidad, para culminarla plena y espiritualmente en la otra etapa existencial que está más allá de la muerte física (valores religiosos).

”Sin embargo, la verdad es que difícilmente podremos poseer al mismo tiempo todos los valores enumerados, por lo

cual es conveniente que empecemos por evaluar nuestra realidad personal y veamos cuando menos si poseemos el valor esencial en cada uno de los seis géneros, ya que dicho valor en un momento dado puede facilitar la posesión de los otros valores en el mismo género. En consecuencia, veamos si poseemos en el género del valor físico, la salud; en el género del valor económico, la propiedad o participación en la riqueza de producción o, cuando menos, en la riqueza de distribución; en el género del valor social, amor pleno cuando menos de la familia, la pareja y los amigos; dentro del valor intelectual, inteligencia entrenada y desarrollada para diferenciar la verdad de la falsedad en la percepción del conocimiento en general, y en particular del conocimiento relativo a los valores —pues éste suele ser a veces el más engañoso a la inteligencia—; en el género del valor moral, un profundo sentimiento de justicia en nuestras actitudes y acciones hacia todas las personas en general, y en particular hacia los que amamos; en el género del valor religioso, una fe trascendental en el Ser que es causa primera de todas las causas y consecuencia de las mismas.

”Ahora bien, de las especies esenciales de valor enumeradas, ¿cuál es más importante? Podría ser la salud, pues sin ella el cuerpo pierde energías. Podría ser la riqueza, pues a través de ésta el hombre satisface sus necesidades. Podría ser el amor social, ya que sin éste, el hombre pierde su sentido de pertenencia al género humano. Podría ser la inteligencia, pues con ella el hombre transforma todo y le encuentra sentido a la existencia. ¿Será la justicia? Toda vez que en ella encuentra el ser humano la paz interior, resultado de su entrega a los demás. ¿Acaso podrá ser la fe en Dios? Pues a través de ella el ser humano entiende místicamente la voluntad del que todo lo puede. En una palabra, ¿podríamos ser felices en esta vida, sin entender la voluntad del que todo lo puede?, ¿sin paz interior?, ¿sin sentido de la existencia?, ¿sin sentido de pertenencia al género humano?, ¿sin

satisfactores para nuestras necesidades? y ¿sin energía en nuestros cuerpos? Seguramente de la evaluación que cada uno de ustedes haga en su vida personal, resultará la jerarquía axiológica apropiada para cada valor según las necesidades existenciales de cada quien y más allá de formalismos racionales. Pero la pregunta problematizadora en la ética material de Max Scheler (Scheler, 2000) se puede plantear en los siguientes términos: ¿es pertinente una justificación científica de la justicia como valor moral supremo, que subordine a los demás valores esenciales, tales como: una salud vinculada a la naturaleza, una inteligencia crítica constructiva, una fe religiosa tolerante a la pluralidad, una riqueza productiva para todos, y una democracia política traducida en amor social? (Bunge, 2007).”

Cuando Héctor terminó de hablar se escuchó un prolongado aplauso cuyos ecos se perdieron entre la fulgurante vegetación de árboles de mango y palmeras de coco tan abundantes en la ciudad, como buscando penetrar en la conciencia de todo ser vivo. Al finalizar la ovación, Héctor procedió a repartir a sus compañeros una copia de lo que había leído, así como una copia de los discursos que había evocado en su sueño. A continuación el profesor sugirió:

—Compañeros, es conveniente que el problema de la jerarquía de valores no quede sin resolver, yo propongo que nos reunamos en un lugar adecuado, para que su propia experiencia de vida nos señale a cada uno cuál es su género de valor preferido, para determinar cuál es el valor más importante como universo representado en hipótesis probables, partiendo de la tesis filosófica fundamentada de que ciertamente nadie debe prescindir de ninguno de los seis géneros de valor, pero sí cabe la posibilidad de que uno de tales géneros sea destacado en la vida personal de cada uno de ustedes, como experiencia o como aspiración. Así pues, les sugiero que lean detenidamente el material que Héctor nos ha proporcionado y los espero en mi casa de

descanso en la playa, si les parece, el próximo sábado a las dos de la tarde. Espero no falte ninguno ya que será apasionante hacer una catarsis axiológica y muy coloquial en torno a nuestras vidas personales, además de que verán, ¡qué pescado zarandeado y carnes asadas sé preparar! Le daremos gusto a más no poder al valor físico, ya que ese día en mi casa descansa el valor moral de la templanza en su especie de la sobriedad.

El profesor provocó sonoras carcajadas de sus alumnos y alumnas. Todos asintieron entusiasmados, más de alguno pensando con cierta curiosidad si en verdad y tomando en cuenta la naturaleza de los valores, todos se atreverían a desnudar sus vidas ante sus compañeros; por ejemplo, el profesor, o la hermana Teresa, la monja que también asistía al curso escolar, el espléndido Ricardo, de quien se cuestionaba el origen de su riqueza, o bien, Roxana la muy atractiva alumna y secretaria de una empresa importante, de quien se rumoraba su liberalismo en materia sexual.

Los valores personales

A sí fue como el día de la cita, en la casa de descanso de la playa bañada por las aguas del Pacífico colimense, fueron llegando uno a uno los dieciséis alumnos del profesor, quienes tenían muy variadas características; por ejemplo Ricardo, quien fue el último en llegar, traía un auto blanco deportivo del modelo más reciente e iba vestido con ropa deportiva de buena calidad, y con la esplendidez que siempre le caracterizaba, depositó en la mesa una caja de vinos generosos, otra de coñac, así como tres botellas de licor de almendras, y dirigiéndose al profesor y a sus compañeros les dijo:

—Aquí les traigo estos buenos vinos para que degustemos debidamente acompañadas las carnes que el maestro preparó. ¡Ah!, y en especial traigo esta botellita de coñac, por si al momento de la catarsis, a alguno le falta valor, con una buena copa se lo damos.

Después de las risas y aplausos, todos se dispusieron a saborear los exquisitos platillos preparados por el profesor, quien antes, propuso un brindis por el gusto de estar conviviendo y conjugando en la reunión, fundamentalmente valores de orden físico con valores de orden intelectual. Algunos brindaron con *whisky* que el profesor tenía para el efecto, mientras otros lo hicieron con ponche de Comala, que había traído Ana Luisa, una de las alumnas. Cuando llegó la hora de los postres y después de que habían consumido la opípara comida, y de que todos habían saboreado el exquisito vino de mesa (pues hasta la hermana Teresa había accedido a tomarse una copa, ya que dijo, traía permiso de la madre superiora, tomando en cuenta que el vino generoso era suave y exquisito), Ricardo empezó a servir el coñac y afirmó:

—Señores, ha llegado el momento de la catarsis personal, en que cada uno de nosotros votará razonadamente por su género de valor preferido. ¿Quién empieza?

El profesor, al escuchar a Ricardo, manifestó:

—Bueno, ya todos sabemos que se hizo un compromiso de mutuo respeto y discreción total de lo que aquí se hable, ¿por qué no empieza usted Ricardo?, yo creo que tiene una idea muy clara del fin para el que estamos reunidos.

Todos opinaron que él comenzara y así fue como narró:

—Yo nací en una familia acomodada, mi padre era un próspero comerciante y siempre nos dieron desde niños lo mejor, a mis hermanos y a mí, sin que nos costara nada. Tal vez mi padre influido por mi madre creía que con darnos todo a manos llenas y sin exigirnos ni siquiera buenas calificaciones escolares, cultivaba el amor como valor moral, pero ahora creo que más bien en el fondo, no sé si consciente, él cultivaba más bien el amor social, en especial mi madre; total, que al terminar yo la instrucción secundaria ya no quise seguir estudiando y me dediqué con dinero de mi padre a recorrer el mundo. Fue así como hice ciertas amistades a través de las cuales me dediqué a ganar dinero con relativa facilidad, haciendo algunas exportaciones riesgosas de narcóticos con apoyo de algunos funcionarios corruptos, pero llegó un día en que me encontré con un funcionario honesto y fui a parar a la cárcel. Al cabo de unos años cumplí mi condena, gracias a que mi abogado logró que me dieran la pena mínima; después de esa experiencia opté, con apoyo de mi padre, por dedicarme a hacer negocios lícitos, tales como la crianza de gallos de pelea y de caballos de carrera; desde entonces, participo continuamente en los palenques autorizados en ferias como la de Aguascalientes, de León, de Guadalajara, aquí mismo en Colima, en el vecino Michoacán, mi tierra, en Nayarit y en general en todos los palenques del centro occidente de México (Bassols, 1997). También juego en los hipódromos per-

mitidos en donde he ganado mucho dinero y de vez en cuando me voy también a jugar a Las Vegas, también allá la fortuna me ha sonreído, por eso como se han dado cuenta, algunos sábados falto a clases. Pero bueno, eso es en aras de la riqueza de consumo, como Héctor definiría, el dinero que poseo. Sin embargo, con mi dinero he logrado muchas cosas, pues a través de éste he adquirido ocio, posibilidad y tiempo para estudiar el bachillerato, dándole gusto a mi mujer, quien insiste en que eleve mi nivel académico; porque no es lo mismo ser la esposa de Ricardo el gallero, simplemente, a ser la esposa de “Ricardo el gallero intelectual”.

Hubo sonrisas y Ricardo continuó:

—Ciertamente yo apruebo que todos necesitamos de los seis géneros de valor, pero en mi caso el que mejor me ha funcionado ha sido el valor económico, ya que a través de él he obtenido valores físicos como la salud, pues me checo periódicamente con los mejores médicos especialistas; he disfrutado de los placeres del comer y del beber en lugares a los que sólo el dinero da acceso; he gozado de los placeres sexuales en mujeres muy hermosas, incluso en algunas que se hacen pasar por decentes, ya que como decía un general: “No hay quien aguante un cañonazo millonario”. También he tenido acceso al valor social, pues a través de mi dinero mi círculo de amistades ha crecido, gracias a que en mi casa, que es la de ustedes, se tienen los medios para organizar continuamente fiestas en las que adquiero siempre nuevos amigos entre los invitados; en el terreno moral he ayudado, gracias a mi dinero, a muchos amigos que han necesitado de mí. En el terreno religioso y como una manifestación de fe, he donado el cincuenta por ciento del costo material de la iglesia a donde acuden periódicamente mi esposa y mis hijos. En el terreno intelectual, acabo de mandar a mi hijo mayor a un internado en Canadá, donde aprenderá dos idiomas y una cultura más integral que la que suelen dar otras universidades. En fin,

por todas las razones expuestas doy mi voto por el género de valor económico,¹ ya que gracias a él he podido alcanzar los otros cinco géneros de valor.

Cuando terminó de hablar Ricardo, pidió la palabra Luis, quien reflejaba mucha seguridad en su voz y tenía una apariencia de que al menos en lo económico no tenía carencias, pues lucía un fino reloj *Rolex* así como una argolla de matrimonio de oro puro. Al concederle el profesor la palabra, éste manifestó:

—Yo quiero referirme y dar mi voto al valor económico, ya que estoy de acuerdo en muchas ideas con Ricardo, pero quiero señalar que el valor económico, como valor fundamental, tiene que auxiliarse del valor moral para que cumpla su cometido de allegarse los demás valores.

El profesor pidió una pausa y dijo:

—Para que nuestra escala de valoración que estamos buscando en torno a los seis géneros de valor sea precisa, sugiero que a cada valor que sea considerado como fundamental por los exponentes se le otorguen dos puntos y en el caso del valor que sea considerado como auxiliar se le acredite un punto, de tal manera que, por ejemplo, en la exposición del compañero Ricardo al valor económico se le acreditan dos puntos, porque votó por él como único y fundamental, ¿les parece?

Todos asintieron y el profesor pidió a Luis que continuara, lo cual hizo de la siguiente manera:

¹ Visto así, el valor económico, como mera riqueza de consumo y no de producción, tiene un alto valor especulativo o “fetichizado”; como ejemplo están las actividades como el narcotráfico, altamente depredador de valores auténticamente económicos, por verdaderamente necesarios, “como el hierro, el fuego o el agua” (parafraseando a Tomás Moro, quien llegó a decir que únicamente la locura de los hombres valora el oro y la plata, en razón de su rareza y no porque sean bienes necesarios para el bienestar de la humanidad. Lo mismo puede decirse del mercado de las drogas, lícitas o ilícitas) (ver *Utopía*, de Tomás Moro).

—Decía que considero fundamental el valor económico pero con el auxilio del valor moral, ya que mi caso personal es un ejemplo de ello. Yo nací en una pequeña ranchería de la costa colimense, a orillas del río Marabasco, en los límites con Jalisco, en una familia donde abundaban los hijos y escaseaban los recursos, por lo cual, al cumplir los quince años y habiendo terminado la instrucción secundaria, me trasladé a Estados Unidos en donde me di a buscar empleo, el que me negaban por mi corta edad; pero al fin el dueño de un taller de mantenimiento de motores de aeronaves se compadeció y me ocupó como mandadero y barrendero en sus talleres. Fui diligente y empeñoso, y aun cuando intelectualmente no podía percibir los valores morales, sí los intuía por los consejos de mi padre y por el sentido que el hombre va desarrollando en torno a lo que es bueno y malo. Mi patrón llegó a tenerme tal aprecio por mi rectitud moral, que al cabo de unos pocos meses, me mandaba al banco a cambiar cheques por cantidades considerables. Con el paso del tiempo, llegué a aprender todas las técnicas en el mantenimiento de motores y en el manejo del taller, y empezaron a conocerme muchos pilotos y dueños de aeronaves, pues crecí en el taller casi como hijo del dueño (quien me proporcionaba techo y comida); hice rendir mi salario, que ahorré durante años casi en su totalidad, gracias a la prudencia moral que yo absorbía de los consejos de mi patrón y de la disciplina de la templanza que me imponía para no gastar mis ahorros en festines y disipaciones vanas. Con el paso de los años, llegué a ser el gerente general de los talleres, pero al morir mi patrón, opté por establecerme por mi cuenta con los ahorros que ya tenía y un crédito bancario que logré gracias a mi solvencia moral ante el banco; establecí mi propio taller de mantenimiento de aeronaves pequeñas y la prudencia me llevó a inducir nuevas modalidades comerciales en la prestación del servicio. Actualmente mi ganancia es tal, que ya tengo gente que me administra el taller y puedo venir a pasar largas temporadas

a Colima. En pocas palabras, he acumulado riqueza de producción y de consumo gracias a mi persistencia moral, sobre todo en la especie de la fortaleza y también en la prudencia, pues incluso tuve la precaución de escoger por esposa a una mujer que ha sabido apoyarme moralmente al no derrochar y al administrar con acierto en lo que a ella corresponde. Para mí el dinero es un valor básico, con él he conseguido muchas cosas, entre ellas, los placeres que ha referido Ricardo, porque si en mis primeros años de lucha me abstuve de dichos placeres, ahora los puedo gozar a manos llenas, pues apliqué el adagio de la prudencia que dice: “Cuida cien pesos como si fuera un millón y llegará un día en que, en función de tu fortuna acumulada, gastarás un millón como si fueran cien pesos”, y es lo que ahora hago. He viajado a Europa y al Asia Menor, específicamente a los lugares santos del cristianismo; poseo reconocimiento social, tengo salud y ahora estoy elevando mi nivel cultural, porque me hace falta en el trato con las nuevas personas con quienes convivo en función de mis relaciones de negocios que se amplían cada vez más, por ello, doy mi voto por el valor económico como primordial, apoyado en el valor moral como auxiliar.

Cuando terminó de exponer Luis, el profesor acreditó dos puntos al valor económico y uno al valor moral. Enseguida pidió la palabra Roxana, dueña de un cuerpo muy exuberante, el cual, por el tipo de vestido que habitualmente usaba igual que en esta ocasión, lucía sus encantos cual ninfa Calipigia (Denevi, 1992) de exquisita piel tersa brotando abundante a través de su pronunciado escote. Su rostro denotaba ligeramente el efecto del licor ingerido, pero no por esto perdía su belleza felina en la que resaltaban sus enormes ojos y su hermosa cabellera ondulada resbalando sobre los semidesnudos hombros, la cual acomodaba insinuante con sus manos, al tiempo que el profesor le concedía la palabra. Esto fue lo que expuso:

—Yo también quiero unirlos, igual que Ricardo y Luis, a la defensa del valor económico, pero quiero destacar que al lado de la riqueza económica opera siempre como auxiliar el valor físico.

De pronto entre los concurrentes se escuchó una voz que dijo:

—¿Un *comercialazo* destinado a Luis y a Ricardo?

Todos sonrieron y Roxana continuó:

—La verdad, guste o no guste, se demuestra en los hechos, siempre al lado del dinero se encuentra el valor físico de la belleza, especialmente la de la mujer. ¡Cuántas mujeres con su belleza no han hecho caer fortunas o han conseguido posición económica!, una mujer hermosa cuando tiene algún problema económico, basta con sólo plantearlo, y sobra quién se lo resuelva.

—¿A cambio de qué? —dijo alguien.

Roxana, algo alterada ya por el vino y tal vez por lo inesperado de la pregunta contestó con ruda franqueza:

—¡A cambio del placer físico si es necesario, siempre que sea compartido!

El profesor intervino y pidió a los presentes respeto, ya que cada quien, según dijo, es libre de sostener sus puntos de vista con el grado de franqueza que quiera, y agregó:

—Recuerden que aquí en esta reunión conjugamos el valor físico del comer y el beber con el valor intelectual y éste requiere de absoluta libertad y respeto; además de discreción para que cada quien dé su opinión axiológica sobre lo que considera la verdad. ¡Por favor Roxana continúe!

—¡Gracias profesor! Decía pues, que el valor físico, principalmente de la belleza, es auxiliar para conseguir el valor económico, hablo no sólo de la belleza femenina, sino también masculina. Conozco el caso de hombres bellos y muy bien dotados físicamente que perciben grandes ingresos vendiéndose se-

xualmente; yo en mi caso, soy secretaria ejecutiva del presidente de una empresa importadora en Manzanillo y mi puesto lo ocupo fundamentalmente porque tengo presencia física, pues para el trabajo técnico tengo dos secretarías auxiliares, pero yo percibo el triple de sueldo que ellas, pues tengo la responsabilidad de atender a los principales clientes de la empresa cuando no está mi jefe. Gracias a esa posición que le debo a mi presencia física, me he relacionado con gente importante y he hecho amistades que me han ayudado a lograr una posición económica desahogada, la que me ha permitido cultivar de alguna manera los demás géneros de valor; por ello, voto por el valor económico como principal y por el valor físico como auxiliar.

—Bien, compañera Roxana —afirmó el profesor—, de su exposición se deducen dos puntos para el valor económico y un punto para el valor físico. Tiene la palabra la compañera Yanet, ya que la está pidiendo desde hace un momento.

—¡Gracias profesor! Quiero precisar con seriedad la dimensión fundamental del valor físico y por eso mi voto lo daré exclusivamente por este género de valor.

Yanet era una chica de belleza distinguida y hermoso cuerpo, pertenecía a un grupo de danza y a una organización de ambientalistas, con los que habitualmente hacía ejercicio de montaña ascendiendo desde la sinuosa carretera sobre el río del Salado hasta las antenas de La Cumbre en las inmediaciones de Piscila. Había mostrado siempre una cordial rivalidad hacia Roxana. Con cierta arrogancia expuso:

—Es sabido que el valor físico, además de los placeres que en él se dan, fundamentalmente conforma la salud, la energía física y la belleza, que tiene un valor en sí misma, independientemente de la utilidad vergonzosa que se le dé. La belleza del cuerpo, sustentada en la salud, es un fenómeno estético que por sí solo da encanto a una persona y adorna el sitio en donde dicha persona trabaja, las calles por donde transita, los sitios

a donde acude; en fin, la belleza femenina o masculina es inspiración de poetas y espectáculo solaz en la fatiga diaria del ser humano. Por ejemplo, a través de la danza que es manifestación plena de salud, energía y belleza, al margen de los valores intelectuales y morales que contenga y sin perjuicio de los mismos; este arte que cultivo con pasión y al que sirvo con entrega, funda sus basamentos en los tres aspectos que acabo de mencionar, son la materia prima para desarrollar el arte de la armonía y la cadencia corporales, se pueden lucir hasta en el caminar cotidiano, y no son sólo materia prima para la danza —en especial la salud y la energía física—, pues son también materia esencial para la vida en la consecución de los demás géneros de valor, ya que es evidente que a quien le falta salud y energía vital, se le dificulta más esforzarse en lo moral, lo religioso o lo intelectual, y hasta puede ser objeto de rechazo social, y desde luego, se reducen notablemente sus posibilidades de éxito económico. Por ello, doy mi voto a favor del valor físico como primordial en la escala de valores.

—Muy bien, compañera —concluyó el profesor—, añade usted con su exposición dos puntos al género de valor físico; y ahora le cedo el uso de la palabra al compañero Pedro.

Pedro era una persona algo retraída, pero con deseos de superación, trabajaba como obrero calificado en el puerto de Manzanillo, y era muy afecto a asistir a las peregrinaciones religiosas del novenario de diciembre tan guadalupanamente colimense.

—Compañeros, yo quiero dar mi voto por el valor que es el más pequeño y a la vez el más grande para el pueblo, el más pequeño porque es el que menos le cuesta, y el más grande porque en él se depositan todas sus esperanzas. Me refiero al valor religioso con sentido social y apoyado por ello en el valor social; ya que otros valores como el físico, el económico o el intelectual, no están muchas veces al alcance del pueblo, al menos en el gra-

do de su necesidad; aun el valor moral se dificulta, pues quien tenga hambre y viva en la promiscuidad de un reducido espacio, no va a pensar mucho en reglas morales; piensa en la lucha diaria por la subsistencia y sus penas cotidianas las deposita en la esperanza de la religión.

“¡Yo no entiendo cómo pseudointelectuales llenos de soberbia pretenden negar a la humanidad doliente el valor de lo religioso!, tan necesario e inmanente al hombre es, que si "en la naturaleza de las cosas no existiera, el hombre lo inventaría", porque sin dicho valor no podría vivir; ¡me dan risa esos richachones que mientras se regodean en los placeres, critican al pueblo por sus prácticas religiosas!, tales como las peregrinaciones, la creencia en los milagros o las devociones muy particulares; ¡no se dan cuenta que gracias a eso!, el pueblo se mantiene tranquilo y esperando místicamente un futuro mejor, pero a la vez esos "valores populares", pueden un día despertar y unificar conciencias en contra de quienes no se dan cuenta que nadie es dueño ni de su propia muerte, pues ésta llega cuando el hacedor supremo la dispone.

”¡La religión suele ser el pan de los pobres, el bálsamo de los enfermos, el consuelo de los afligidos, la esperanza de los angustiados y puerto seguro ante las incertidumbres de la existencia! Por ello, profesor, yo doy mi voto total y absoluto por el valor religioso, apoyado en el valor social como auxiliar, sin dejar de reconocer la importancia que tienen los otros géneros de valor.”

Cuando terminó de hablar Pedro, el profesor le hizo saber que con su voto se acreditaban dos puntos a favor del valor religioso y un punto al valor social. Enseguida tocó el turno a Patricia, quien era esposa de un líder político y, a la sazón, diputado en el congreso local.

—Yo considero el valor social como el más importante, pues en él residen valores como el prestigio, el poder y el amor;

en mi experiencia personal el amor de mi marido y de mis hijos ha sido motor en muchos aspectos, hasta en mi superación académica, ya que la aceptación y el apoyo de los demás son básicos para el triunfo en la vida. Por ejemplo, yo he vivido junto con mi esposo su lucha política desde que fue electo líder en la sección sindical de la dependencia en donde él trabaja y en la que goza de licencia actualmente. Fue entonces cuando me di cuenta de lo importante que es ganarse el aprecio de las personas, pues mi marido me destacó lo necesario que es saber sonreír a la gente e inspirarle confianza, y fue así como empecé a ser más social, a invitar a mi casa —que es la de ustedes— a personas importantes que podían ser clave en la carrera de mi marido y él, también conforme, fue ascendiendo en el medio político, fue más cuidadoso de su imagen, pues si antes le gustaba ir a tomar la copa con sus amigos a lugares públicos como los centros botaneros de Comala, ahora lo hace en sitios privados como nuestra casa o en el rancho de algún amigo, en las praderas al pie de los volcanes. Ello para no perder la confianza de sus electores. También ha hecho amistad con los periodistas y se ha ganado el respeto de ellos, ya que son clave en la imagen que él debe proyectar a la gente, pues como él mismo lo dice, el pueblo merece tener representantes de imagen intachables, ya que es el pueblo el que otorga el poder. ¡Ah!, es tan bonito tener poder, ser atendida con esmero en todos los lugares a donde una va, o ser saludada con deferencia por las personas al ser la esposa de alguien con poder, pues ahora hasta carro oficial y chofer tengo a mi disposición. Por todo ello, doy mi voto a favor del valor social, por él me estoy superando en lo intelectual, me esfuerzo en aumentar mi calidad moral, he logrado mejoría económica y mi fe religiosa ha aumentado en gratitud por la carrera exitosa de mi esposo. ¡Bueno!, hasta en el aspecto físico he mejorado notablemente, ¿verdad Carmen?

Carmen era dueña de una estética con sauna y masaje para damas y gran amiga de Patricia, quien era una de sus clientas habituales. Cuando Patricia terminó de hablar; el profesor le hizo saber que por su voto se acreditaban dos puntos a favor del valor social; acto seguido, concedió la participación a Carmen, quien se sumó a Patricia de la siguiente manera:

—Apoyo a Paty en lo que dice respecto al valor social, pues sí es el más importante; pero quiero destacar que necesita básicamente del auxilio del valor físico, ya que mucho tiene que ver el aspecto de una persona para ser rechazada o aceptada socialmente. Por algo se dice, “como te ven te tratan”, muchas personas desconocen la belleza incalculable que puede proyectar su cuerpo si supieran cuidarlo y ponerle la ropa apropiada, el maquillaje adecuado o un corte de cabello *ad hoc*, según el tipo de rostro, pero desde luego la moda es lo fundamental ya que si estamos señalando precisamente que el valor físico es el apoyo básico del valor social y siendo la moda uno de los fenómenos de valoración social, es evidente que la figura de una persona en su conjunto debe respetar los dictados de la moda, sin olvidar que “de la moda lo que te acomoda”, sea en cortes de cabello, tipo de ropa, perfume, joyas, y hasta tipo de cuerpo, pues a veces los artistas suelen poner de moda determinado estilo de *sex appeal*. Por cierto, me parece que si al hombre que trabaja en teatro, cine o televisión se le suele maquillar igual que a la mujer, no entiendo por qué en las otras actividades de la vida, el hombre no cuida su aspecto en lo relativo al maquillaje, pues la sociedad, o el valor social mejor dicho, tiene también derecho a que el sexo masculino aparezca lo más agradable posible, no sólo en espectáculos sino también en reuniones de convivencia o de trabajo y en especial las personas que se dedican a quehaceres del espectáculo y de la política.

“¡Qué importante es la apariencia física!, cuando por ejemplo aparecen en público, sea en persona o a través de la te-

levisión las personas que acabo de mencionar. El impacto favorable o desfavorable va a ser con relación a su presencia física, sobre todo en los lugares o ante teleauditorios donde el público o los electores son en su mayoría gente joven, pues ya sabemos que en el caso de la política, los electores son los que otorgan el poder, que es una especie de valor social, por eso también doy mi voto por el género de valor social apoyado en el valor físico como auxiliar.”

Cuando terminó de hablar Carmen, el profesor anotó dos puntos a favor del valor social y un punto a favor del valor físico. A continuación tomó la palabra Roberto, quien era un sincero y activo militante de un partido político.

—Tengo diez años de militancia activa en mi partido y creo firmemente en los valores sociales, entre ellos el del poder, pero el poder emanado de la auténtica democracia, ya que en mi concepto, la voluntad mayoritaria es la base para conjugar esfuerzos de minorías y mayorías que sean eficaces en la consecución del bien común, pero necesitamos que la democracia sea un sistema ideológico generalizado en las decisiones y procesos políticos, en la vida interna de las organizaciones y partidos (Alcántara, 2006), en la familia, en la empresa, en la Iglesia, en la prensa y hasta en los espectáculos, pues incluso en la diversión el pueblo tiene derecho a ser consultado. La importancia que tiene la democracia como valor social se da fundamentalmente en el valor intelectual, pues para que exista auténtica democracia se debe destacar ante el pueblo el valor de los proyectos intelectuales o ideológicos, en torno a los fenómenos del poder.

“Es importante que las luchas políticas se conviertan en auténticas luchas ideológicas respecto a los problemas que en cada circunstancia interesan a la sociedad, ya que por lo común, al pueblo se le induce para que centre exclusivamente su atención en personas físicas, pasando desapercibidas las cuestiones ideológicas. Esto ha generado que las fuerzas políticas, en lugar

de concentrarse para crear más unidad y energía respecto a una posición ideológica definida, se dispersen, pues muchas veces al no haber consenso en torno a personas físicas determinadas, suelen nacer los sectarismos cuando en realidad lo que se debe buscar es el consenso ideológico para evitar la dispersión de fuerzas. Para ello es fundamental que tanto los militantes de partido como el pueblo en general reconozcan la importancia intelectual de la cultura política, pero ante todo, la definición ideológica de un precandidato o de un candidato. Entendida la cultura política como la percepción cotidiana y la preocupación habitual, demostradas por los problemas del ámbito sociogeográfico que se pretenda gobernar; ya en el área de competencia del Poder Legislativo, ya en el área de competencia del Poder Ejecutivo, o en el área de competencia del Poder Judicial. La definición ideológica deberá entenderse como el tipo de ideas viables que se proponen desde el poder, para la solución de cada problema.

”Mientras el pueblo no gire en torno a un proyecto ideológico preciso respecto a cada faceta del interés público, la fuerza política popular seguirá siendo pulverizada con mayor facilidad. En cambio, cuando el pueblo valora en toda su magnitud, el hecho de actuar en torno a la ejecución de proyectos ideológicos que son la base del auténtico bien común, es cuando una fuerza política se solidifica y así nacen las grandes energías político-sociales capaces de ser verdadera opción democrática, en la que el pueblo vota esencialmente por una idea y accidentalmente por una persona. Por lo anterior, doy mi voto en primer lugar por el valor social y en segundo lugar por el valor intelectual como auxiliar del primero, pues sólo a través del fenómeno político-ideológico el pueblo puede crear condiciones para vivir los demás géneros de valor. Muchas gracias.”

El profesor anotó dos puntos como crédito al valor social y uno para el valor intelectual y luego preguntó quien quería tomar la palabra. Entonces Roxana lo interpelló diciéndole:

—¿Usted no va a descubrirnos cuál es su valor preferido?

—¡Sí, que exponga el maestro! —secundó Patricia, y apoyó también Ricardo.

Entonces, halagado por el interés de sus alumnos expuso:

—Quiero exponer sobre un valor que es inmanente al hombre y que es el relativo al intelecto. Mi experiencia personal me ha llevado a encontrarme con él desde adolescente, pues ya en la escuela, o en la biblioteca-discoteca de mis padres, recreaba mi espíritu en las lecturas de Machado, de Gabriela Mistral (López de la Serna, s.f.), de Goethe, de Shakespeare (Hofmann y Constantino, s.f.) y de Sor Juana (Paz, 1983). Me extasiaba ante la belleza del cuadro pictórico de la *Gioconda* o me sublimaba en las delicias del último movimiento de la novena sinfonía de Beethoven (Molina, 1999-2000), fue para mí un reto llegar a dominar los problemas de álgebra y trigonometría y me fascinaron las teorías astrofísicas sobre los pulsares y los cuásares, por tanto, me adentré en la ensoñación de los misterios existenciales que encierran las desconocidas posibilidades de “los agujeros negros” (Hawking, 1988).

”Me admiraron los secretos de la vida que me descubrieron las ciencias biológicas. Advertí lo inadvertido que tenían los hechos cotidianos que se sucedían a mi alrededor, cuando a través de una observación metódica y sistematizada se les comparaba con la normatividad del derecho y con las leyes del orden psicológico, sociológico y económico. La historia me cautivó con la reciedumbre de muchos de sus personajes y en especial me interesó sobremanera la forma como Alejandro Magno aplicó en sus ejércitos el principio administrativo que conocemos como *staff*, con lo cual aprovechó mejor las capacidades de colaboradores tan eficaces como lo fueron Efestión, Diades y Laomedón (Claude, 1974).

”Pasados los años, llegué a la universidad y al momento de escoger carrera, con mi espíritu definido por el raciocinio y

las ciencias sociales, me decidí por la carrera de administración pública y ciencia política, pues en su plan de estudios y en su ejercicio conjunta tópicos de las diversas ciencias sociales como la sociología, el derecho, la psicología social, la economía, la historia, la filosofía política, la geografía económica, entre otras, además de su apoyo en las finanzas públicas. Cuando al fin obtuve la licenciatura se me otorgó una beca para estudiar una especialidad de pedagogía sobre módulos de lógica política y de matemática administrativa, ya que yo tenía la intención de montar una oficina dedicada a hacer estudios de mercado electoral y a dar asesorías y capacitación a ejecutivos de empresas públicas, lo que hice al terminar dicha especialidad. Finalmente cursé una maestría en filosofía política, en la que descubrí el encanto de la filosofía en su totalidad.

”Durante veinte años aproximadamente me dediqué a mi oficina de asesorías, la que al fin se quedó en manos de mi hijo mayor. Yo dispuse de más tiempo para el estudio y fue entonces que cursé la maestría en filosofía, materia que imparto en el bachillerato con gran placer desde hace dos años en que vine a radicar a este bello estado de Colima. Como ustedes ven, mi vida la he dedicado en parte a la intelectualidad entendida ésta, ya lo señalaba Héctor, como la inteligencia y el conocimiento, siendo específicamente la inteligencia una capacidad que se adquiere y desarrolla en torno a los fenómenos de la percepción, la relación de conceptos, la memoria y la imaginación. El conocimiento viene a ser el líquido con que llenamos el ánfora de la inteligencia, y ciertamente entre más desarrollada sea el ánfora, más grande es la cantidad de líquido que le puede caber.

”El conocimiento puede ser empírico, precientífico, científico o filosófico, de lo que se deduce que el conocimiento es diverso en su grado de profundidad, pues es menos profundo en lo empírico y más profundo en lo filosófico, pasando por el término medio de lo precientífico y lo científico. Cualquier fenó-

meno de la existencia, desde el simple movimiento de una hormiga hasta el vuelo de un cohete espacial, es factible percibirlo en cualquiera de los cuatro grados de profundidad enumerados, por lo cual, podemos afirmar que nadie es totalmente sabio ni totalmente ignorante, si se toma en cuenta la enorme extensión de los fenómenos existenciales, de tal manera que no hay quien no sepa algo de alguna cosa, o quien sepa todo de otra. Si bien el conocimiento podemos percibirlo en tres grandes áreas que son las ciencias sociales, las ciencias biológicas y las ciencias físicas, incluida la química, necesitamos profundizarlo a través de las disciplinas filosóficas, incluidas las matemáticas.

”Para darnos cuenta cuál es nuestra riqueza personal en el género del valor intelectual, podríamos plantearnos una evaluación de la siguiente forma: de las ciencias sociales, de las ciencias biológicas o de las ciencias físicas, ¿cuántos fenómenos percibo empíricamente?, es decir, por la simple experiencia de vida; ¿cuántos precientíficamente?, es decir, en forma metódica pero no sistematizada; ¿cuántos científicamente?, digamos, con riguroso método y sistema; y ¿cuántos filosóficamente?, es decir, en sus causas más profundas.

”Respecto a la inteligencia también podemos preguntarnos ¿cuál es mi grado de desarrollo en la percepción, la capacidad de relacionar ideas, en la memoria o la imaginación? ¿En cuál estoy mejor y en cuál estoy peor?, o también axiológicamente podemos plantearnos ya en conjunto, ¿cuál es mi grado de intelectualidad (incluidos inteligencia y conocimiento), respecto al valor físico, económico, social, moral o religioso?

”De todo lo anterior podemos deducir la importancia primordial del valor intelectual para percibir y desarrollar los demás géneros de valor. Pero no quiero concluir sin dejar de hacer algunas precisiones que ciertamente corresponden al valor intelectual y respecto a la combinación de valores que puede darse, que en el presente caso algunos de ustedes ya lo han hecho al dar

su voto por dos géneros de valor, uno como esencial y otro como auxiliar, precisión cuya finalidad es que haya más conciencia al emitir su postura axiológica en su vida personal.

”He aquí las posturas axiológicas más prácticas y razonables: Valor *físico-económico*, cuando la riqueza económica se pone primordialmente al servicio de los valores físicos. *Económico-físico*, cuando los valores físicos se utilizan para allegarse la riqueza económica como valor fundamental. *Físico-social*, cuando se escoge el valor físico como principal y se proyecta a través del reconocimiento social. *Intelectual-físico*, cuando se escoge como valor primordial el intelectual y se dedica a comprender los valores físicos como auxiliares. *Físico-moral*, cuando el primordial es el valor físico, pero basado su desarrollo en cualidades de orden moral, por ejemplo: la conservación de la salud y la belleza (valores físicos), a través del ejercicio corporal perseverante (valor moral de la fortaleza), del control en la pasión desmedida del comer y del beber (valor moral de la templanza), y en general del prudente cuidado de los valores físicos. *Moral-físico*, cuando el que importa en primer término es el valor moral y al valor físico sólo se le utiliza para ejercitarse en cualidades de orden moral, por ejemplo, una persona que suele ser objeto de bromas por un defecto físico, a dicho defecto se le puede encontrar un valor físico encaminado a ejercitarla en una de las más hermosas virtudes morales, la cual Héctor describió en la percepción de sus sueños como una flor perfumada que emerge de los cactus espinosos de la soberbia. Me refiero a la humildad, entendida no como sumisión injusta, sino como trascendental aceptación de la realidad personal puesta al servicio de los demás, sin pretender que nuestra realidad, cualquiera que sea, se imponga como superior respecto de la realidad de las otras personas. *Físico-religioso*, puede darse en quien acepta la reencarnación, ya que según esta postura, a través de la voluntad del ser supremo se espera que al morir, se trascienda físicamente a otro cuerpo y así sucesivamen-

te; o bien, se da cuando alguien cree firmemente que mediante la fe religiosa puede conservar la salud física, por ejemplo a través de un milagro. *Religioso-físico*, se da cuando para sublimarse en las virtudes teologales, se recurre a sacrificios o penitencias de orden físico. *Económico-social*, se da cuando el valor más importante es el económico, pero para su obtención se parte de la base de que se necesitan valores de orden social, como el poder, por ejemplo. *Social-económico*, se da cuando se ponen en primer término los valores sociales por sí mismos, como el amor, el poder, la fama, y para conseguirlos se cree que es básico el dinero. *Económico-intelectual*, se presenta cuando lo importante es la obtención de satisfactores de riqueza económica y se considera que se consiguen preparándose intelectualmente. *Intelectual-económico*, se da cuando se cree que en la vida lo más importante es el valor intelectual por sí mismo, y que para adquirirlo se necesita riqueza económica. *Económico-moral*, se presenta cuando lo primordial es el dinero y se cree que para obtenerlo se necesitan desarrollar cualidades de orden moral como la fortaleza y la prudencia, y también la templanza, para no derrochar la riqueza. *Económico-religioso*, este valor lo poseen las personas para quienes lo importante en primer lugar es el dinero y creen que a través del destino o de la suerte, el Ser Superior les puede proporcionar riqueza económica. *Social-intelectual*, se manifiesta cuando se cree que los méritos intelectuales valen sólo en la medida en que son reconocidos por las demás personas. *Intelectual-social*, cuando el valor intelectual es el más importante y a través de éste, sin buscarlos, se adquieren valores sociales, por ejemplo: autoridad o prestigio académico. *Social-moral*, se da cuando es de primordial importancia proyectar socialmente una excelente imagen de valores morales. *Moral-social*, se presenta cuando por auténticos esfuerzos de orden moral a favor de la sociedad, se adquiere sin buscarlo el reconocimiento social. *Social-religioso*, cuando lo importante es adquirir el reconocimiento social a través de valores

religiosos. *Religioso-social*, se presenta cuando lo importante es que los valores religiosos se vivan como práctica generalizada en la sociedad. *Intelectual-moral*, se da cuando es primordial el valor intelectual, y para su desarrollo se cree necesario apoyarlo en esfuerzos de orden moral. *Moral-intelectual*, ocurre cuando lo básico es el desarrollo de virtudes morales, pero para lograr tal desarrollo se cree necesaria la comprensión intelectual del fenómeno moral. *Intelectual-religioso*, en éste lo importante es el valor intelectual, pero para obtenerlo se cree necesaria la iluminación divina. *Religioso-intelectual*, se presenta cuando la postura axiológica es que para captar los valores de orden religioso con certeza y como primordiales, es indispensable percibirlos a través del valor intelectual. *Moral-religioso*, se presenta cuando se cree que lo importante en la vida son las virtudes de orden moral, pero para llegar a dominarlas se cree necesaria la ayuda divina. *Religioso-moral*, se presenta cuando se afirma que primordialmente los valores más importantes son los de carácter religioso, y que para llegar a obtenerlos plenamente es necesario sublimarse a través del ejercicio en sumo grado de las virtudes de tipo moral.

”De las anteriores posturas axiológicas, cada quien adopta la que más le plazca o le convenga y, de acuerdo a sus circunstancias, las que pueden ser cambiantes en su vida. Pero hay que diferenciar qué posturas son esenciales y qué posturas son circunstanciales, ya que seguramente las esenciales para la felicidad del ser humano no pueden ser tan cambiantes como las circunstanciales. Así pues, por lo que he expuesto y porque el más mínimo acto de inteligencia o de conocimiento tienen valor intelectual, creo que queda demostrada plenamente la importancia primordial de dicho valor, y por ello le doy mi voto, acumulando así dos puntos a favor del género de valor intelectual.”

Cuando terminó de hablar el profesor, se puso de pie Javier y le preguntó:

—Maestro, la actividad deportiva como espectáculo, ¿en qué género de valor cabe?

—Bueno, a ella concurren varios géneros de valor —afirmó el profesor—, por ejemplo, en la salud y energía que de antemano posee el deportista, existe el valor físico; en el esfuerzo perseverante para entrenarse en su disciplina, hay valor moral; en la inteligencia que aplica al desarrollar técnicas de ejecución, existe el valor intelectual, valor que también posee el público que asiste a disfrutar del espectáculo, aun cuando en el caso del espectador el valor intelectual es de mínimo grado, pero lo ejercita al percibir la estética de las jugadas. Sin embargo, hay espectáculos en que el valor intelectual del espectador se ejercita en mayor grado. Lo anterior resulta aplicable, con algunas variantes, a las artes en general; por ejemplo, para el cantante su valor físico reside en la voz, mas no confundir la voz como valor físico con el lenguaje que tiene dos enfoques, el de valor intelectual y el de valor social.

Nuevamente fue cuestionado el maestro, ahora por Carmen, quien le hizo la siguiente pregunta:

—Profesor, ¿la prostitución es un valor o es un desvalor?

—Evidentemente que desde el punto de vista de los valores morales, sociales y religiosos es un desvalor —contestó el profesor—, pero desde el punto de vista físico y económico pudiera tener algún valor, pues en este fenómeno, muchas personas buscan el placer físico del sexo; y desde el punto de vista económico hay muchas y muchos que perciben ingresos a través de la prostitución, considerándola un sexo-servicio;² incluso en el te-

² Si aceptamos que esencialmente el valor económico reside en la capacidad de producir bienes y servicios, entonces deberemos entender que el sexo-servicio es una capacidad de atender necesidades psico-sexuales de quien demanda el servicio, para lo cual se requiere que quien oferta el servicio, tenga un perfil profesional mínimo acreditado mediante una capacitación previa; de lo contrario, estamos ante la simple compra-venta de pseudo-placer sexual, que atenta contra la dignidad humana, si se acepta que

rreno intelectual pudiera tener algún valor, por ejemplo, en el caso de la mujer u hombre que por paga producen un placer intelectual-sexual a través de exhibiciones sexuales, ya teatrales o ya a través del cine.

Cuando terminó el profesor, Patricia volvió a abordar el mismo tema, abundándolo de la siguiente manera:

—Con toda razón la prostitución, como acaba de describirla el maestro, no cabe en los valores sociales, morales y religiosos, ya que una esposa que sea inteligente sabe mantener a su marido en el hogar, cuando sabe ofrecerle todo lo que él pudiera encontrar fuera de casa; yo creo que es válido que una esposa ante su marido sea la mejor prostituta ya sea en el baile, en la ropa, en el cuidado de su cuerpo y en la sensualidad para saber insinuarse y entregarse como la mujer más experimentada del mundo. Por algo el matrimonio requiere de intensa preparación, pues el hombre en algunos aspectos suele ser toda la vida un niño caprichoso sin importar la edad que tenga; yo con mi marido accedo muchas veces a tomar la copa con él, en la intimidad me pongo lo más cortesana posible y hasta la cartera le he robado como parte de un juego erótico, la que luego le hago aparecer al día siguiente con algún recado que puede decir: “Contigo, aún en mis voluptuosidades de lujuria desbordada... siempre seré toda una dama”.

Patricia se puso de pronto sonrojada porque creyó haberse explayado más de lo debido, pidió disculpas y se justificó.

—Bueno, es que amo a mi marido y no lo voy a exponer a riesgos diversos al compartirlo con otras; yo creo que si todas las mujeres amaran intensamente a su hombre, entenderían mejor al niño que siempre hay dentro de él, actuarían con inteligencia y tal vez muchas prostitutas perdieran clientela y hasta acabarían por dedicarse a otra cosa.

el disfrute de la sexualidad es en sí mismo un derecho humano que no debiera ser objeto de mercado.

Enseguida tomó la palabra Roxana y preguntó al profesor:

—Y la discreción, ¿qué valor tiene?

—La discreción —manifestó el profesor— tiene dos enfoques de valor: uno social y uno moral. La discreción como valor social se da en función de quien conserva una imagen personal que le lleve a obtener la aceptación generalizada de las demás personas, la discreción como valor moral, conlleva el deber de justicia, de no lesionar los derechos o la tranquilidad de los demás divulgando lo que no es moralmente necesario divulgar.

—¿Entonces, dónde queda la sinceridad? —acotó Luis.

—Querrá usted decir la veracidad —anotó el profesor—, ya que si bien la sinceridad y la veracidad están estrechamente ligadas —pues ambas son especies morales de la justicia—, no son lo mismo; la sinceridad se da en relación a los sentimientos, y la veracidad se da en relación a lo que una persona sabe de los hechos propios o ajenos. Pero antes de diferenciar con mayor precisión la sinceridad y la veracidad, les diré a ustedes, en especial a Luis, que para la discreción como valor social, lo que menos importa es la veracidad, pues para el valor social lo que cuenta es conservar una excelente imagen ante las demás personas. Ahora bien, la discreción como valor moral sólo opera, como ya dije, cuando no es moralmente necesario confiar o divulgar algo; sin embargo, en la relación de familia sí es necesario ser veraz, pues por ejemplo, el que ama con sinceridad a su pareja está obligado a ser veraz, con él o con ella, sobre aspectos propios de una relación de tal naturaleza, obligación que no existe frente a los demás y respecto a esos mismos aspectos. Así pues, soy sincero cuando digo y actúo en consonancia con lo que siento, y soy veraz cuando afirmo lo que sé de una cosa propia o ajena, sin perjuicio de que en ocasiones tenga que sacrificar la veracidad o la sinceridad en aras de la discreción de valor moral, o a veces en especial la sinceridad, en aras de la cortesía como valor social.

—¿Qué diferencia hay entre la verdad y la veracidad?
—cuestionó Alfredo.

—Bueno, la veracidad es fenómeno de valor moral y la verdad es fenómeno de valor intelectual —contestó el profesor y siguió diciendo—, a la veracidad le importa lo que yo sepa de buena fe respecto de una cosa, cierto o falso, y a la verdad le importa lo que realmente es de esa cosa. Por ejemplo, un periodista puede ser veraz si según sus apreciaciones directas o indirectas y de buena fe, sabe y afirma que en una concentración de personas hay diez mil participantes, y luego resulta que un especialista en estadística social hace un sondeo con rigor científico y descubre que la verdad es que en la concentración sólo había seis mil personas; sin embargo, el periodista fue moralmente veraz porque afirmó de buena fe lo que creyó era la verdad, más no fue intelectualmente profesional, porque no utilizó el método científico de la estadística para investigar la verdad. Hubiera dejado de ser moralmente veraz si creyendo una cosa hubiera afirmado otra. En síntesis, la veracidad es de carácter subjetivo y la verdad es de carácter objetivo; sin embargo, la veracidad es presupuesto de la verdad, pues sin veracidad, no puede existir la verdad como fenómeno intelectual.

Después de la intervención del profesor, se brindó por sus interesantes exposiciones y enseguida tomó la palabra Javier, quien por cierto aspiraba ingresar a la escuela de medicina al terminar la preparatoria; su exposición versó sobre lo siguiente:

—Yo sostengo que ciertamente como ha establecido el profesor, el valor intelectual es el más importante, pero fundado en el valor de orden físico que es la realidad más tangible. Nuestro cuerpo es como la síntesis del mundo material que nos rodea. Por el cuerpo estamos inmersos en este mundo y por él somos capaces de percibirlo. Por el cuerpo gozamos, de tal manera que el esfuerzo intelectual debe estar encaminado a conservarlo con vitalidad y salud, pues la ciencia médica cada día avanza

más, y se han inventado infinidad de vacunas que han prolongado el promedio de vida en el hombre. Así mismo, genéticamente es posible crear seres humanos que tengan menos vicios y mejor desarrollo físico; aun cuando el hombre debería ser más cuidadoso al escoger pareja para promover el nacimiento de seres humanos biológicamente mejor dotados (Dónal Mathúna, 2006). Si todos percibiéramos con más sentido intelectual los valores físicos, tal vez primero nos cercioraríamos que las candidatas o candidatos a ser nuestra pareja, gozaran de completa salud tanto desde el punto de vista biológico como mental, y luego enseguida de energía y belleza abundantes, sin olvidar que a veces detrás de la belleza se esconde una deficiente salud.

Hubo unos murmullos de desaprobación, en especial entre las mujeres, pero Javier continuó:

—Yo sostengo que tal vez llegue el día en que la medicina venza a la muerte y estoy de acuerdo en el caso de algunas personas que al morir conservan sus cuerpos en frigoríficos esperando que el valor intelectual de la ciencia los reintegre un día al estado vital (Belane, 2010); por ello doy mi voto por el valor intelectual en primer lugar y por el valor físico como auxiliar.

Hubo un frío silencio cuando terminó de hablar Javier, quien sin inmutarse dio un buen sorbo a su bebida y dijo “¡salud!”, habiéndole correspondido sólo el profesor, quien le comunicó que añadía dos puntos al valor intelectual y un punto al valor físico. A continuación hizo uso de la palabra Alfredo y esto fue lo que expuso:

—Yo creo en la primacía del valor intelectual, ya que a través de él se adquieren los demás géneros de valor, pero creo que debe estar basado en el valor moral como auxiliar, pues el desarrollo de la inteligencia y la dedicación al estudio de los fenómenos cognoscitivos requieren primero de humildad para aceptar la propia ignorancia, y luego paciencia y perseverancia para adquirir conocimientos. Así mismo, sentido de la justicia para

que dicho conocimiento sea transmitido y puesto al servicio de los demás, sin perder su sentido elitista, es decir, que el conocimiento debe estar destinado a quien verdaderamente tiene la vocación intelectual, pues a veces las universidades (Scott, 1997) han deteriorado notablemente sus niveles académicos saturando sus planteles de alumnos que carecen de la calidad moral necesaria para dedicarse verdaderamente al aprendizaje y para valorar el esfuerzo que la sociedad y muchas veces su propia familia realizan para sostener o pagar la educación, con el prejuicio de que precisamente por ausencia de valores morales, tanto entre los que imparten la educación como entre los que la reciben, la sociedad tiene que sufrir las serias deficiencias de personas que se ostentan con un título profesional cuya categoría no corresponde a los verdaderos conocimientos de quien lo porta; después de todo, al valor intelectual lo que le importa es la inteligencia y el conocimiento reales que cada quien posee, y éstos sólo se adquieren a través del esfuerzo moral, sea en la universidad o como autodidactas. Por lo anterior, doy mi voto a favor del valor intelectual como primordial y a favor del valor moral como auxiliar.

El profesor acreditó dos puntos al valor intelectual y un punto al valor moral; enseguida tuvo participación Ana Luisa, quien poseía una belleza serena y finos modales. Esto fue lo que expuso:

—Fui educada en una familia de las que se suele llamar conservadora, sobre todo en materia religiosa. Mis padres me enviaron a colegios religiosos en donde cursé hasta la instrucción secundaria, y aun cuando admito que a veces hay personas que tras la religión suelen ocultar increíbles fanatismos, no por eso dejo de reconocer la importancia que la religión ha tenido en mi vida, pues gracias a mi práctica religiosa encontré un hombre —ahora mi marido—, que si bien no es un hombre perfecto, sí tiene grandes cualidades en los seis géneros de valor. A él lo conocí en la iglesia a la que habitualmente los dos acudíamos al

culto dominical; él me ha confesado que le atraía mi espiritualidad religiosa, porque además de ser para él una gran cualidad, adivinaba que detrás de ésta había una mujer apasionadamente entregada. Según él, con la fidelidad con que me entregaba a Dios, podría entregarme también para toda la vida al hombre que se ganara mi cariño. Ciertamente, mi fe profunda en Dios ha sido un factor determinante que ha sublimado el amor que siento por mi marido y por mis hijos, pues estoy segura que han sido ellos el mejor regalo que el Ser Supremo me ha dado; quien tiene fe, todo lo ve hermoso y hasta a los defectos de las personas les encuentra sentido, porque adivina que en todas las cosas está la voluntad del creador. Quien ama a Dios, ama todo lo que existe, sabe perdonar y sabe aceptar, piensa más en Dios y en sus criaturas que en sí mismo, ya que es más práctico y más real para nuestra propia felicidad adaptarnos a la voluntad de Dios manifestada en todo lo que nos rodea, que pretender que esa voluntad superior que es fuente de todo amor se adapte muchas veces a nuestros caprichosos y cambiantes intereses personales, pues de la actitud de adaptarnos a la voluntad divina nace la esperanza en el Ser que es omnipotente.

”Quien es rico en esperanza religiosa, disfruta los valores físicos sin preocuparse por la intrascendencia de éstos; se ajusta con especial gratitud de no merecer, a las posibilidades económicas de lo mucho o lo poco que Dios le va dando; encuentra fundamental sentido a su vida, ante el compromiso que adquiere con los que le aman; se extasía en la entrega sublime por los que ama; se admira y goza en el conocimiento de los fenómenos de la creación, pero la gran síntesis de sus esperanzas reside en el deseo intenso de encontrarse un día en el gozo profundo del encuentro con su Señor, autor de vida, muerte y resurrección, pues es Él quien todo lo da y todo lo puede. Por lo anterior, y porque estoy convencida de ello doy mi voto total por el género de los valores religiosos.”

—¡Aleluya, alabado sea! —exclamó emocionada la hermana Teresa, ante el silencio respetuoso de los presentes, evocando algunos en su intimidad personal el sentido de la Navidad que estaba ya inminentemente próxima. El profesor añadió dos puntos al valor religioso y a continuación hizo uso de la palabra la hermana Teresa, quien expresó:

—Formo parte de una congregación de hermanas que con apoyo de la generosidad de muchos bienhechores, sostenemos y atendemos una casa-hogar para niños y adolescentes que recogemos en las calles cuando vagan entre el hambre y muchas veces entre la adicción a las drogas. Mi experiencia personal parte de ese entorno en donde he llegado a la conclusión que el valor supremo es la religión, pero apoyada en los valores morales, pues para llegar a Dios se requiere primero ejercitarse en las virtudes morales: de la templanza, para trascender más allá de las pasiones y los placeres que sólo encierran a la persona en sí misma; de la fortaleza, para encontrar con paciencia y perseverancia, el sagrado don de la fe; de la prudencia, para buscar la fe a través de los medios idóneos; y de la justicia, para resumir los valores morales a través del mandamiento supremo de amarnos todos como hijos de un mismo padre creador. Por eso adquiere sentido mi vocación religiosa por los pobres y desvalidos, y no es como alguien me dijo cuando hice saber mi deseo de ser religiosa: ¡que si no me gustaban los hombres y por eso mi deseo de ser monja!, a lo cual yo contesté que más que gustarme los hombres, yo los amaba intensamente igual que a las mujeres, y para entregar un amor tan intenso, necesitaba multiplicar los receptores de ese sentimiento y no darlo en exclusiva a una sola persona, y que, para que ese amor se sublimara hasta la renuncia total, en aras de la felicidad de mis hermanos, que es mi propia felicidad, necesitaba yo abrevarlo en el amor divino que es fuente de todo amor.

”Por eso me siento intensamente realizada cuando contribuyo a que un niño sonría a la vida, o cuando ayudo a que un

joven se reintegre a su medio familiar, o cambie la pandilla en la que se droga por el amor cálido y esperanzador de su padre Dios, pues el mundo está sediento de amor, pero necesitamos paciencia y perseverancia para ayudar a los hombres a descubrir que si aprenden a amar, reinará la paz que sólo Dios da, en los hogares, en cada centro de trabajo, en cada país y en la humanidad entera; además, necesitamos también humildad para escuchar con espíritu de aceptación las burlas de quienes a veces nos dicen: “¿la caridad y el amor?, ¡bah!, monja ridícula, qué sabe del amor si tal vez nunca en su vida ha tenido un hombre”; y es que el amor a nuestros hermanos implica un compromiso serio y congruente, tal vez por eso muchas personas en el medio político y en sus discursos evitan manifestarse con la palabra amor, y prefieren hablar de otros aspectos de la justicia moral como la equidad, la veracidad y la sinceridad; ¡la sinceridad!, bueno, a lo mejor al ser sinceros son justos, pues injusto sería que hicieran creer al pueblo que lo amaban sin amarlo.”

Hubo algunas sonrisas, Roberto señaló entonces a Teresa que el problema era de términos y no de conceptos; agradeciendo ella la explicación continuó:

—Como quiera que sea, cualquier manifestación de la justicia moral lleva al Ser Superior, pues en justicia, el ser humano al tomar conciencia de su propia existencia, toma conciencia del ser que le dio la vida y todos los atributos que posee, por ello, doy mi voto razonado por el valor religioso como primordial y por el valor moral como auxiliar, sin perjuicio de la importancia que tienen los demás valores.

Al terminar la hermana Teresa, el profesor acreditó dos puntos al valor religioso y un punto al valor moral. A continuación tomó la palabra Adán, quien dijo:

—Con mi caso personal se establece la importancia del valor moral apoyado en el valor religioso; hace nueve años que mis padres me enviaron a unos cursos de verano al extranjero,

con la intención de que tomara clases intensivas de inglés, ya que yo no había querido ingresar al bachillerato para continuar con mis estudios regulares. Ya estando en el curso, hice amistad con una compañera que era joven y de ideas muy liberales; a la semana de conocernos y de tratarnos, ella se me insinuó y así inicié una serie de relaciones sexuales que perduraron durante gran parte del curso. Con ella descubrí muchos aspectos de mi sexualidad, ya que era una chica muy experimentada, pero el problema no residió en esto, sino que conforme hubo más confianza entre nosotros, un día me convenció para que tuviéramos relaciones bajo los efectos de las drogas y encontré la experiencia placentera, falso placer, ¡pero bueno!, yo no me daba cuenta, por lo que en lo sucesivo cada que hacíamos el amor inhalábamos cocaína; yo nunca le preguntaba a ella cómo la conseguía, pues entre menos supiera, menos problemas podría tener con la policía. El caso es que un día que estaba en mi clase de inglés, llegó un policía a buscarme y en ese momento me notificó que mi amiga había sido encontrada muerta en un cuarto de hotel por sobredosis de cocaína y que había sido detenido el hombre que estaba con ella en esos momentos, quien al parecer se la suministraba.

”Los agentes me pidieron que los acompañara para un interrogatorio de rutina, me preguntaron mi relación con la chica, pues habían encontrado entre sus objetos personales una tarjeta con mis datos, les conté la verdad y como no me encontraron droga, únicamente me pusieron a disposición de la autoridad migratoria, la cual ordenó mi regreso a casa, con la consecuente suspensión del curso.

”Cuando estuve de regreso, me di cuenta de la falta que me hacía la droga. Opté por sacarle dinero a mis padres con pretextos baladíes y me iba a buscarla a lugares en donde yo sabía la podría encontrar. Llegó un momento donde ya no me interesaba tanto la combinación del sexo con la droga, sino la droga

por sí misma, pues entre más droga consumía, más se deterioraba mi potencia sexual, y era presa de crisis de identidad y de seguridad en mí mismo, hasta que para mi fortuna, y digo para mi fortuna porque ahí se inició para mí el encuentro con mi tabla de salvación, la policía me detuvo junto con otros camaradas en el bar que frecuentábamos en busca de satisfacer nuestro vicio. A los que se les encontró droga fueron puestos a disposición de un juez, y a los que únicamente nos encontraron indicios de que éramos adictos, nos pusieron a disposición de las autoridades de salud en un centro de tratamiento, donde me citaban dos días de la semana. Ahí conocí a un psicólogo, quien me advirtió que si quería salir del problema tendría primero que convencerme que estaba metido en un verdadero problema; luego, tener el deseo real y sostenido de querer salir a la orilla, y para esto iba a contar con ayuda médica y psicológica, pero fundamentalmente, me iba a ayudar yo mismo, desarrollando mi capacidad de esfuerzo moral. En ese último aspecto fue donde "patiné", pues no entendí con claridad qué era el esfuerzo moral. El psicólogo me habló entonces de la prudencia, la templanza y la fortaleza, y me dijo que yo había fallado a las dos primeras, cuando imprudentemente había accedido a experimentar con las drogas sin medir las consecuencias y al no haber podido renunciar inmediatamente al placer pasajero y dañino que me producía el enervante, por eso era ya un adicto; pero ahora disponía del recurso moral de la fortaleza a través de la cual iba yo a demostrar que era verdaderamente hombre y como tal me valoraba; así, emprendería la gran hazaña de dejar las drogas, en la cual muchos habían fracasado. Me preguntó si podría perseverar en la empresa hasta llevarla a su cabal ejecución y si tenía algún motivo o aliciente para intentar tal hazaña.

"Después de la charla con el psicólogo salí a la calle desconsolado, pues se me hacía muy difícil poner en práctica los valores morales, especialmente el de la fortaleza, el cual en ese mo-

mento más necesitaba. Después de deambular casi una hora por la calle me encontré a un viejo amigo que también era adicto, éste me preguntó qué me ocurría, cuando se lo dije se rio y me dijo que no fuera iluso, que tratara de ser feliz en mi circunstancia real que era la de nuestra adicción, tanto la mía como la de él, y me convenció que lo acompañara. Abordamos su automóvil y nos fuimos a una calle solitaria en donde se estacionó, enseguida sacó de la guantera un cigarrillo de mariguana, fumó y luego me lo pasó y yo hice lo mismo; ya bajo los efectos, mi amigo repetía constantemente la frase "yo y mi circunstancia, tú y tu circunstancia" y la repetía tanto que se me quedó muy grabada. Una vez que hice el compromiso con mi amigo de vernos al día siguiente en el mismo lugar para darnos otro "toque", me fui a casa, directamente a mi recámara para que mis padres no notaran mi estado, dormí hasta ya entrada la mañana y cuando desperté, volví a recordar el valor moral de la fortaleza al que había fallado la tarde anterior. Se me empezó a crear una obsesión respecto a dicho valor y cada vez me convencía más de que era lo que necesitaba, fuerza moral, pero no tenía yo un aliciente para desarrollar tal valor, pues ni novia tenía. ¿Qué mujer que valiera la pena me iba a hacer caso siendo yo un vicioso? Pero luego recordaba la frase de "yo y mi circunstancia", y trataba de tranquilizarme aceptando mi realidad que eran las drogas, aunque seguía analizando y también me preguntaba, bueno y qué, ¿la inquietud que ha sembrado en mí el psicólogo respecto a los valores morales, no es parte también de mi realidad circunstancial?, y volvía a mi mente como obsesión el valor moral de la fortaleza, pero sentía que mi adicción a las drogas era mayor que mis fuerzas para emprender la hazaña de dejarlas.

"Al fin salí a la calle. Casualmente al ir caminando pasé junto a una iglesia en cuya puerta semicerrada había un letrero que decía: "Si luchas hoy hasta agotar tus fuerzas, la energía que necesites para mañana Dios te la proveerá como recom-

pensa". La frase me impactó, y de pronto surgió la solución en mi mente: ¡luchar hasta el final por ese día!, ya para el siguiente Dios proveería, y me dije: "El día de hoy no he probado la droga, no la probaré y mi lucha será hasta el final de este día, mañana, ¿quién sabe si habrá mañana?, sólo Dios lo sabe y en todo caso Él tiene la energía que yo pudiera necesitar mañana. Mi circunstancia es hoy, la incertidumbre del mañana como circunstancia presente solamente encuentra cabida a través de la esperanza en quien es el autor del futuro"; así, con estos pensamientos seguí caminando y como por inercia regresé por los mismos pasos, como si hubiera querido regresar por las horas perdidas en el vicio, tratando de borrarlas con mis pensamientos para luego retomar mi camino. En fin, de pronto estaba nuevamente frente al templo; sentí el impulso y entré, contemplé la rica arquitectura del interior y me ensimismé en el silencio que se anidaba en las cúpulas y en cada rincón. Serían después de las seis de la tarde y el sol ya estaba por ocultarse, veía cómo iluminaba a través de una ventana con sus últimos rayos un vitral multicolor que representaba *La piedad* de Miguel Ángel; de pronto entré en un estado de euforia parecido a los momentos iniciales en que inhalaba droga y recordé la depresión que me sobrevinía después, temí que la experiencia que estaba viviendo fuera igual, pero no sucedió así, pasado un buen lapso de tiempo mi euforia se fue asentando, como diluyéndose en todo mi ser. Pronto me sentí fuerte, muy fuerte, con deseos y con la seguridad de emprender mi hazaña de esfuerzo moral cada día, sin fracasar como les había ocurrido a tantos. Caí de rodillas, di gracias recordando las oraciones que la abuela me había enseñado. No supe cuánto tiempo permanecí ahí. De pronto me quedé a oscuras porque falló la energía eléctrica. Salí y al ver todo oscuro afuera no pude evitar clavar mi vista en el cielo estrellado y descubrí la constelación de la Osa Menor, y la estrella polar, y pensé: ¡tanto tiempo de no haber reparado en tan magnífico espectáculo! Me pregun-

té ¿cuántas veces la estrella polar habrá sido signo de esperanza a través de los siglos, para tantos hombres del mar que alguna vez se desviaron de su ruta, como yo me había desviado de la mía?

”Llegué a mi casa cuando ya el reloj de la sala empezaba a marcar las doce de la noche, mi hazaña moral de ese día estaba cumplida, no había necesitado de las drogas, ¡mañana sería otro día!

”Desde entonces han pasado ya seis años. Durante cerca de medio año seguí auxiliándome con el tratamiento médico-psicológico, pero nunca más volví a probar las drogas. Acrecenté mi fe religiosa en la que me apoyé para muchas otras hazañas morales en diversos aspectos de mi vida. Ayudé a mi padre a establecer una imprenta en la que laboro actualmente, y acometí con éxito la empresa de vencer las reticencias que oponía mi linda vecina por mi pasado en las drogas; la conquisté con el argumento de que una "Eva" —mi inicial amiga de los cursos de verano— me había inducido a probar la manzana de la drogadicción; a lo cual, otra "Eva" —ella—, tenía la obligación de rescatarme y retornarme al "paraíso"; ¡y vaya que lo hizo! (Muñoz, 2007), pues esa linda vecina es ahora mi esposa, con quien llevo felizmente casado tres años y medio.”

Hubo un prolongado aplauso. Adán cerró su intervención otorgando su voto para el valor moral como principal y por el valor religioso como auxiliar, habiendo anotado el profesor dos puntos al primer valor y un punto al segundo. Enseguida tomó la palabra Sara, quien se veía como una mujer muy interesante, especialmente por su aguda inteligencia que se percibía en su trato. Ella expuso lo siguiente:

—Yo quiero partir de mi experiencia como madre de familia, y de mi aspiración de llegar a obtener la licenciatura en pedagogía, ya que ambas cosas se relacionan con mi postura axiológica que es de orden moral intelectual. En mi vida personal una de mis grandes metas ha sido la educación de mis hijos,

pues considero que en ellos y a través de las generaciones que de ellos surjan, los padres dejamos la huella de nuestro paso por la vida. ¡Qué bueno fuera!, si existiera la posibilidad de que todos los padres fuéramos especialistas en pedagogía, no tanto para transmitir a nuestros hijos conocimientos académicos —de esto se encarga la escuela—, sino para transmitirles el amor y el hábito por las virtudes morales, pues la moral es la base para que el ser humano sea feliz en su paso por el mundo. ¿Qué padre o madre no desea que sus hijos sean felices?; pero claro está, la enseñanza moral también tiene sus técnicas. Muchas veces los padres pretendemos educar a base de autoritarismo y prohibiciones tajantes, no niego que esto sea válido en casos de excepción, pero creo que la regla general debe ser la motivación y para motivar debemos conocer el punto moral que vamos precisamente a motivar, ya que no es lo mismo tratar de inducir un hábito de fortaleza que uno de justicia, y así mismo, es importante saber a quién vamos a motivar, es decir, cuáles son las características personales de nuestros hijos, el ambiente que rodea a cada uno, y no olvidar que dentro de este ambiente están los medios de comunicación, ¡qué competencia tan desleal nos hacen a veces a los padres!, en especial la televisión, parece una loca carrera por saber quién influye más en los niños y jóvenes; sin darse cuenta que en forma lenta pero segura, al ir obstaculizando el desarrollo moral óptimo de las personas pasivas, les deteriora su capacidad de productividad y por consecuencia su capacidad de consumo respecto a los bienes y servicios que comercializan tales medios, los cuales, hay que reconocerlo, a veces sí coadyuvan positivamente con nosotros los padres, pero no siempre.

”Sostengo que para crear hábitos y virtudes morales en nuestros hijos, hay que saber conjugar perfectamente la energía de la disciplina con el amor comprensivo, sin caer nunca en los extremos; ni ser padres totalmente complacientes, ni ser padres violentos; sino más bien padres serenamente amorosos, envuel-

tos en la serenidad del que no cae, ni en el chantaje, ni en el enfermizo sentimiento de quien se cree propietario absoluto de la libertad de sus hijos. Nuestra meta como padres es hacer de ellos seres triunfadores, no dependientes e inútiles, sino exitosos en el terreno moral, donde está la auténtica y permanente felicidad, pues quien ha aprendido a desarrollar hábitos de valor moral, además de la paz interior que logra y que por sí misma proporciona felicidad, logra también más posibilidades de éxito en los demás géneros de valor, a pesar de los tropiezos de la vida, pues tarde o temprano y por naturaleza propia siempre acabará triunfando el que tiene mayor calidad moral en todas las virtudes y en todos los aspectos; e insisto, me estoy refiriendo al triunfo que lleva a la felicidad, no al engañoso que muchas veces dan tanto el valor económico como el valor social. ¡Cuántos supuestos triunfadores en los ámbitos, económico y social acaban en las drogas o hasta en el suicidio!, o acaban rumiando su vacío interior en la soledad o en un hospital psiquiátrico; ¡muchas de estas personas podrían ser los héroes, o mejor dicho los antihéroes, de nuestros hijos!, ¡qué reto intelectual o pedagógico tan grande tenemos los padres!, nuestro deber es ayudar a nuestros chicos a diferenciar perfectamente los verdaderos héroes de los antihéroes, ya que en forma muy inteligente y sofisticada muchas veces se mezclan los segundos con los primeros.

”Como resultado de la sofisticación de que hablamos, es difícil hacer entender a un adolescente, en función de su verdadera felicidad, que el héroe que ve como tal no lo es en realidad, pues en muchos casos los propios padres no distinguimos la diferencia entre héroe y antihéroe o si la distinguimos no sabemos cómo explicarla a nuestros hijos, o bien, no sabemos percibir con claridad en qué punto reside la confusión de nuestro hijo. Es generalizada la anécdota del niño pequeño que pregunta a su padre cómo nacen los bebés, y el padre, siendo médico y pretendiendo seguramente que el niño captara desde temprana

edad, le da larguísima explicación del acto sexual, luego del embarazo y finalmente del parto, y cuando al fin terminó muy satisfecho de su exposición, ve a su hijo, quien tiene una carita de aburrimiento y bostezando le dice a su padre: "Ay papi tan ignorante, lo que yo quería saber era solamente si los bebés nacen con pelo o sin pelo".

"Ciertamente, si el padre de la anécdota era sabio en biología humana, era ignorante en pedagogía, pues no captó el sentido de la pregunta de su hijo; ¡cuántos padres a veces en el terreno moral no entendemos el sentido de las preguntas o de las apreciaciones de nuestros hijos!, por ello sostengo, que para inculcar el fenómeno moral en nuestros hijos, primero hay que conocerlos intelectualmente hasta donde nos sea posible, no necesariamente tenemos que acudir a la universidad, podemos aprenderlo como autodidactas, ya leyendo o ya preguntando a los que saben. Al respecto, hay otra anécdota que se atribuye al barón de Humboldt.

"Cuentan que cuando el barón de Humboldt estuvo de viaje por la Nueva España (Canales, 2001) se le prodigaron por parte del gobierno atenciones y facilidades para que desarrollara su trabajo de investigación. Por ello, se giraron instrucciones al alcalde de un pequeño pueblo montaños para que atendiera al ilustre visitante y le proporcionara toda la información que requiriera, así fue como el ilustre barón llegó a dicho pueblo. Después de la comida solicitó recorrer los alrededores y, desde luego, hizo las preguntas que a él le interesaban; preguntó respecto a la industria del pueblo, sus medios de comunicación, su materia prima, sus grupos étnicos, su credo religioso, su clima, su ideología política, sus diversiones, su movimiento migratorio, en fin, llegó un momento en que el alcalde enfadado y sin saber gran cosa de cortesías, le reprochó al barón de Humboldt: "Oiga barón Humberto, me dijeron que usted era un sabio, pero veo que se equivocaron, pues aquí en mi pueblo se 'jodió' usted, no-

más se la ha pasado pregunte y pregunte, porque nada sabe". Entonces el barón, con una sonrisa comprensiva, replicó al alcalde: "Pues precisamente señor alcalde, así me he hecho sabio, pregunte y pregunte".

"De esta manera, en el aspecto moral podemos ser sabios así, "pregunte y pregunte", porque nuestros hijos lo merecen. Para educar se requiere, además del conocimiento sobre las virtudes morales, el ejemplo sobre las mismas. Que no nos ocurra como el caso de aquella madre que fue un día a visitar a su hijo al penal, quien se encontraba preso por robo y asalto a mano armada. Cuando toda llorosa estuvo frente a éste, él le pidió con mucho resentimiento que no volviera a visitarlo y le dijo: "Madre, acuérdesse cuando yo era un niño y usted me festejaba los pequeños hurtos que hacía a mis compañeritos de la escuela, en lugar de haberme enseñado a respetar lo ajeno. Como nadie me hizo ver la gravedad del hábito que iba adquiriendo, aquí me tiene ahora, convertido en un frustrado ladrón profesional".

"No sólo debemos hacer ver a nuestros hijos, si los queremos de verdad, la gravedad de las fallas en el valor de la justicia como en el ejemplo anterior, sino también en las demás especies de lo moral como la prudencia, la fortaleza y la templanza; para ello, necesitamos aumentar nuestros conocimientos sobre las virtudes señaladas para que aspiremos un día a oír en boca de nuestros hijos la frase que una vez escuché al hijo adolescente de un matrimonio amigo: "Yo tengo una madre bien padre, y un padre a toda madre". Así pues, por propia convicción y por amor a mis hijos, doy mi voto razonado al valor moral como fundamental, auxiliado por el valor intelectual, sin perjuicio de la importancia de los demás géneros de valor."

El profesor anotó dos puntos al valor moral y un punto al valor intelectual. A continuación tomó la palabra Alejandro, quien aspiraba a terminar la preparatoria y continuar estudios de teología. Esto fue lo que manifestó:

—Considero que el valor más importante es el valor religioso, pues no creo que haya mejor inversión en la vida que ocuparse de quien nos la dio, o sea Dios. Pero para ocuparse del Ser Supremo hay que conocerlo, por ello adquiere especial importancia el valor intelectual como auxiliar del valor religioso.

”La ausencia de fe religiosa en algunas personas es resultado del desconocimiento que tienen de Dios, pues muchos mezclan el valor religioso en sí mismo, con los fenómenos del valor social religioso, como el fanatismo o las fallas propias de las instituciones humanas que se dedican a pregonar valores religiosos. Una cosa es el valor religioso como aspiración intelectual y diáfana, y otra mezclar dicho valor con la vivencia que la sociedad hace de él. La percepción intelectual del valor religioso da seguridad personal y descubre la utilidad concreta de dicho valor, además, brinda la oportunidad de recrear el espíritu y sobre todo, ayuda a captar con claridad las posturas que en materia religiosa han asumido diversos pensadores.

”Ejemplo de lo anterior es la deducción generalizada que se ha hecho de la expresión de Carlos Marx cuando señaló que la religión es el "opio de los pueblos" (Riquelme, 1995)³ y por lo tanto es un fenómeno negativo, señalamiento del cual muchos desprendieron la negación del Ser Supremo. Opino que en primer lugar, de la expresión citada no se desprende ontológicamente la negación del Ser Supremo,⁴ pues afirmar que el fenó-

³ “La religión es el opio de las masas enajenadas”, dijo Marx, pero yo les pregunto ¿no será acaso el opio, la religión de las masas?, pues el 94% de los homicidas enajenados consumen alcohol o alguna otra droga, antes de cometer el delito.

⁴ Ontológicamente no es posible negar al ser, pues si aceptamos que todo viene de la nada, entonces la nada es, y para que la nada sea, se necesita al ser primero o Ser Supremo, luego entonces es insostenible el ateísmo ontológico o antiteísmo, más no así el ateísmo metodológico propio de la ciencia, la que no se ocupa de la esencia, sino sólo de la existencia de los fenómenos.

meno que lleva a Dios es negativo, no es afirmar que Dios no existe. Ahora bien, en el aspecto axiológico del valor social religioso, no del religioso en sí mismo, Carlos Marx tenía razón partiendo de realidades que él conocía, pues sí era verdad que muchas veces el poder político, ya fuera civil, ya clerical o ya económico, mediatizaba las aspiraciones populares a través de amenazas con castigos eternos o esperanzas de una vida celestial feliz, ganada a través de los sacrificios temporales de esta vida. Lo anterior nos lleva a establecer que el mal uso que hacía el poder social de la religión, no le resta a ésta, axiológicamente, su importancia y utilidad, pues así como en ciertas etapas históricas y lugares geográficos fue utilizada como opio, en otras etapas y en otros lugares ha sido utilizada como aliciente de grandes movimientos de reivindicación social y de consolidación nacional. Para captar axiológicamente a la religión, hay que entenderla intelectualmente, ya que en las aspiraciones de orden corporal ciertamente el valor económico sobre el que filosofaba Marx es importante, pero no llena por sí solo aspiraciones de otra índole, como por ejemplo, el deseo innato de trascendencia, consciente o inconsciente, que todo ser humano tiene.

”Se ha dicho que la historia es el laboratorio de experimentación de las ciencias sociales y de las humanidades en general. Durante el siglo XX, cuando muchos sistemas políticos experimentaron con las teorías económicas de la lucha de clases, en varios países —especialmente en Europa del este— dichos sistemas han sido derribados, quizá porque no supieron *inculturar* el socialismo en sus pueblos, pues negaron la parte metafísica de la cultura que incluye lo religioso⁵ y, desde luego, axiológi-

⁵ Interpretando a Weber, se puede afirmar que la influencia del radicalismo antimetafísico del socialismo real generó que la esperanza escatológica de las masas se apoyara en la profecía histórica del comunismo, sustituyendo los postulados teológicos tradicionales, sin embargo tal profecía no tuvo la fuerza como para inculturizarse al mismo nivel de penetración que se

camente no es posible que por el fenómeno negativo de *inculturación* del socialismo queden justificados a la luz de la verdad histórica los aspectos negativos que posee el capitalismo, como lo ha denunciado la teología de la liberación.⁶ Sin embargo, si los pueblos de Europa del este renunciaron al socialismo es en parte porque denotan las profundas aspiraciones que los seres humanos tienen por los valores trascendentes de la existencia, estando entre dichos valores los de orden religioso.

”La religión intelectualmente es la percepción lógica y ontológica del Ser Supremo, el cual puede ser percibido de dos maneras: una, a través de los raciocinios y demostraciones de orden natural cuya disciplina denominamos teodicea, y otra, a través de la revelación divina de hechos naturales o sobrenaturales y cuya disciplina denominamos teología propiamente dicha.

”En el terreno de la teodicea, recuerdo que cuando era adolescente alguna vez leí, sin poder precisar el autor, aspectos referentes al pensamiento del filósofo griego Parménides de Elea⁷ y me llamó especialmente la atención la teoría del ser y del no ser, para demostrar la existencia de Dios; de esta teoría recuerdo lo siguiente:

”Que en el universo todo lo que existe *es*, luego entonces todo parte del principio del *ser*. Para encontrar ese principio necesitamos ahondar el análisis o raciocinio hasta dar con el ser en un estado en que sea por sí mismo, sin limitaciones de ninguna especie; si lo buscamos en las cosas materiales encontramos lo si-

inculturan los postulados religiosos. *Cfr.* Max Weber (2004). Las cualidades formales del derecho revolucionariamente creado: el derecho natural. En: *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

⁶ En teología de la liberación, la inculturación la podemos entender como un término con una connotación antropológico-cultural que designa un proceso activo, no pasivo, de la recepción de la fe religiosa a partir del interior mismo de la cultura que incluye lo ideológico.

⁷ *Cfr.* <http://www.luventicus.org/articulos/02A034/parmenides.html> (consulta: 14/11/2010).

guiente: los objetos materiales tienen una limitación en el espacio de tal manera que *son* sólo en el espacio que ocupan, y más allá ya no son; luego entonces no pueden ser el ser que buscamos, pues los objetos materiales son y luego ya no son, y nosotros necesitamos un ser que sea siempre en el espacio o, en otras palabras, que sea infinito.

”Lo expuesto se aplica también en el tiempo, en la identidad y en la capacidad; de tal manera que el ser que buscamos debe ser además de infinito, eterno en el tiempo, único en su identidad y omnipotente en su capacidad. Si el ser que buscamos es limitado en el tiempo, entonces caemos en el absurdo del ser que no es, pues el ser como principio no cabe en la dualidad de ser y no ser, así por ejemplo, un ser temporal está limitado por el antes y por el después, o sea antes de que empezara a existir y después que deja de existir.

”En el aspecto de la identidad, el ser que buscamos debe ser único, pues si no fuera único también caería en el ser y en el no ser, ya que al no ser único, tendría la limitante que le pondrían el otro o los otros seres equivalentes. En el aspecto de su capacidad tiene que ser también omnipotente o sea el que todo lo puede, y por ende del que todo deduce su existencia, pues de no ser así, también caería en la dualidad de ser y no ser, ya que su ser llegaría solamente hasta donde llegara su poder y a partir de este límite caería en el no ser, luego entonces, tiene que ser omnipotente, o sea, el que todo lo puede.

”Bajo estas premisas, de que el ser que buscamos debe ser: infinito, eterno, único y omnipotente, ponemos nuestros ojos en el hombre a ver si él es quien buscamos. Encontramos así, que el ser humano no es infinito en el espacio, pues aun cuando un día fuera a la luz de la fe —espíritu sin limitaciones materiales—, como ser material sólo es en el espacio que ocupa, de lo que se deduce que bajo este punto de vista, el hombre o la mujer caen en la dualidad del ser y del no ser. Eterno en el tiem-

po, el ser humano tampoco es, porque aun cuando se acepte que por su calidad de espíritu pudiera trascender en el tiempo y más allá de la materia, de todas formas, él mismo tiene conciencia que de pronto un día empezó a existir, luego, antes de existir *no era*; de esta manera encontramos otra dualidad de ser y no ser, pues una cosa es asumir la postura existencial de que el hombre pueda existir para siempre, y otra cosa es afirmar que el hombre siempre ha existido. Único, el hombre evidentemente no es, pues han existido a través de la historia miles de millones de seres humanos, luego entonces el hombre en su género comparte su identidad con otros seres equivalentes; de lo que se deduce que el hombre no es único en su identidad y por lo mismo tiene la limitante de ser hasta donde su identidad personal llega, pues más allá está la identidad personal de otros, y en consecuencia el no ser, para cada hombre en lo individual, y aquí encontramos otra dualidad de ser y no ser. Omnipotente el hombre tampoco es, pues evidentemente tiene limitaciones, sean de orden físico, económico, social, intelectual, moral o en general existencial; está claro que no existe ser humano que con sólo desearlo todo lo pueda, por mucho poder que posea, así pues, bajo este aspecto el ser humano también resulta contingente al ser y al no ser.

”Definitivamente, el ser que buscamos no está ontológicamente ni entre los seres humanos, ni en el universo material; el universo de ese ser debiera ser único y sólo para él; tiene que ser infinito, es decir, estar en todos los lugares y en toda la dimensión del universo; eterno, que siempre ha existido y siempre existirá; omnipotente, es decir, todo lo puede por sí mismo y por ello es increado y es la causa primera por méritos propios de todas las demás causas; es el ser pleno, del cual derivan todos los seres y en el cual descansan, ya que ontológicamente, los seres derivados serían un caos en el mundo del no ser, si no encontraran el ser inmanente y pleno en quien descansar. En síntesis, el ser que buscamos es el ser perfecto por excelencia (Orre-

go, 1998), del que emanan todos los seres, al que no se le puede aplicar la dualidad del ser y del no ser, en una palabra, es ese ser, el cual desde que ha tomado conciencia la humanidad se le ha llamado *Dios, Yahvé, Alá, Brahma*. El ser todo poderoso que sin necesidad de estos raciocinios ha depositado en cada ser humano el deseo intenso de buscarlo y de creer en él, o sea, le ha sembrado la semilla de la fe de la cual nacen la esperanza y la caridad o amor intenso a él y a toda su creación. Por ello se dice que estas virtudes teologales son de orden sobrenatural, pues no resulta indispensable el raciocinio natural para poseerlas, incluso, puede haber seres humanos que aun con ese raciocinio no las puedan poseer.

”Una vez que he expuesto las nociones mínimas de teodicea, disciplina filosófica sobre la que evidentemente necesito estudiar más, intentaré ahora el tratamiento del aspecto teológico, es decir, la revelación divina a través de hechos naturales o sobrenaturales.

”Es verdad, no es tan difícil percibir a Dios a través del raciocinio natural o humano, pero ¿la capacidad del raciocinio del hombre abarcará la capacidad de raciocinio universal y trascendental que sólo Dios tiene?, seguramente no, entonces existe el conocimiento que el hombre puede tener de Dios a través de sus limitadas capacidades, y el conocimiento que Dios tiene de sí mismo a través de su universal y trascendental capacidad de conocimiento, y como a esa capacidad de conocimiento el hombre no tiene acceso por medio de su limitado raciocinio, la única vía de acceso a ese conocimiento va a ser la revelación que Dios tenga a bien hacer al hombre; ”¡seguramente Dios se va a ocupar de revelar lo que *él* sabe o piensa de sí mismo y de la creación!”,⁸ dirán algunos, pero yo digo que si Dios hizo al hombre, ¿no lo

⁸ El concepto “creación” en este caso debe entenderse como la potencialidad del ser que se despliega en el tiempo evolutivo de las especies a la manera de Heidegger y Darwin.

amará y se le manifestará a través de la razón natural y también a través de hechos naturales o incluso sobrenaturales?, ¿o acaso, el que es principio universal de todo poder, no podrá también recurrir a lo sobrenatural? Claro que los fenómenos sobrenaturales no ocurren todos los días ni les ocurren a todas las personas, pues se volverían tal vez comunes y hasta pensaríamos que son naturales pero, ¿qué es un siglo o más siglos de distancia entre un fenómeno sobrenatural y otro?, tomando en cuenta la característica eterna e infinita de la mente de Dios y la característica de miles de millones de años en la edad del universo; vistas así las cosas, resulta que un siglo es como una décima de segundo y bajo esa misma perspectiva ¿qué es la vida tangible de cada hombre?, ¡apenas un suspiro!

”Así pues, el hecho sobrenatural parte del supuesto de que el Ser Supremo y amoroso que hizo al género humano puede manifestársele no sólo a través de hechos que caben en la lógica del ser humano, sino también a través de hechos que únicamente caben en la ontología metafísica de la existencia de la que él es autor, pues hasta ahora no conozco hombre alguno que ontológicamente pueda probar que él se hizo a sí mismo. Como corolario, es necesario afirmar que los conceptos de natural y sobrenatural surgen de las diversas clases de percepción del hombre místico, pues el hecho sobrenatural suele tener carácter de *revelación privada* sólo para el que alcanza ciertos estados de misticismo, sin embargo, existencialmente sólo existe lo que es y lo que no es, como unidad rectora de la verdad (Pastorino, 2005).

”Para conocer lo sobrenatural como voluntad divina, el hombre de cualquier manera necesita recurrir a un método y a un sistema, mismos que va a extraer de la disciplina teológica y que va a complementar con la teodicea y con la psicología metafísica, pues de no percibir con método teológico las revelaciones sobrenaturales, caeríamos en la charlatanería y en el juego de muchos locos que se dicen iluminados y que nos andan mos-

trando hechos supuestamente sobrenaturales como vender comestibles en un mercado.

”Ciertamente, para que el hombre descubra la voluntad de Dios en el mundo necesita conocer profundamente la historia y su filosofía, la revelación y el momento histórico en que ésta ha sucedido, la naturaleza misma del hombre en sus aspectos antropológico, cultural, sociológico y teológico; pues sólo a través del valor intelectual se puede captar en su trascendental importancia el valor religioso; sin perjuicio de valorar la fe que Dios otorga a los que en forma humilde y esperanzada se acercan a buscarlo. Así, por lo expuesto y sin pretender que yo poseo absolutamente la verdad, pues en busca de ella estoy, doy mi voto razonado por el valor religioso como principal y por el valor intelectual como auxiliar.”

Al término del análisis de Alejandro, el profesor otorgó dos puntos al valor religioso y un punto al valor intelectual. Mientras tanto, todos seguían con el mismo ánimo que al inicio de la reunión, salvo Héctor, quien se veía reservado y sólo había tomado un whisky a insistencia de Roxana —quien al parecer se sentía atraída por él, tal vez por su gran simpatía y por su muy varonil aspecto—; mientras éste seguía metido en sus pensamientos, de pronto el profesor le interceptó:

—Compañero Héctor, sólo usted falta de exponer.

Ante el señalamiento del profesor, Héctor le agradeció, se puso de pie y expuso lo siguiente:

—Quiero dar mi voto por el género de valor moral, contando mis experiencias personales, pero no para acreditarlo en mi vida, sino para destacar el precio que he pagado por haber fallado a dicho valor.

”Nací en una familia de ideas socialmente conservadoras y se me educó en las prohibiciones de realizar ciertos actos inmorales que mis padres llamaban pecados y que eran fundamentalmente el sexo, no matar, no robar, no mentir y el respeto a mis

padres. De lo anterior se evidencia que todas las prohibiciones, a excepción del sexo, giraban en torno al valor moral de la justicia, la cual giraba en torno a la especie moral de la templanza. Siendo que en mi adolescencia desconocía las demás especies de la templanza, así como las de los géneros morales de la fortaleza y la prudencia.

”Doy como referencia mi adolescencia porque es cuando uno empieza a buscar en la vida un principio de identidad y de sentido, cuando prácticamente empieza la búsqueda de valores; pero en mi caso y respecto a lo moral, yo no relacionaba dicho fenómeno como un conjunto de valores que sirviera para alcanzar metas concretas de triunfo y felicidad. Para mí, la moral era no caer en los pecados que me habían señalado mis padres, para evitar así los castigos presentes y futuros, por lo cual, cuando cumplí la mayoría de edad y obtuve las libertades que a un adulto corresponden, me encontré en la vida sin un horizonte claro a dónde dirigirme. Veía que los que eran más vivos, cometían los pecados que a mí me habían prohibido, y con cierta facilidad, por su viveza, evadían los castigos que merecían. Esto me creó confusión y displicencia respecto a lo moral, aun cuando casi siempre podían más los temores y las actitudes que yo traía inculcados desde mi hogar; pero ciertamente no tenía claridad moral, pues ésta no puede emanar del temor sino de la comprensión de las cosas.

”Así, con las circunstancias señaladas inicié mi vida de adulto. Un tiempo salí de mi casa a recorrer el mundo, ocupé diversos empleos: desde barrendero, lavador de carros, mesero, obrero en una fábrica, aprendiz de locutor, actor de carpa y hasta policía. Lo cierto es que en nada perseveraba porque ni conciencia tenía del valor moral de la fortaleza —en la especie de la perseverancia—, y nada planeaba en mi vida porque tampoco tenía conciencia del valor moral de la prudencia. Precisamente cuando fui policía advertí que los supuestos pecados, de los cua-

les tanto me hablaban mis padres, se cometían con la mayor facilidad sin consecuencias visibles en muchos de los casos, sobre todo en los aspectos morales de la justicia; en el terreno sexual, uno podía tener las amigas que quisiera, ya que entre más mujeres tuviera uno, era como coleccionar más trofeos de caza.

”Sin embargo, empecé a perfilar cuál podría ser el castigo cuando conocí a una mujer hermosa e inteligente que era abogada. Acudió en una ocasión a las oficinas policiacas en donde yo trabajaba a tratar un caso; cuando la vi me pareció exquisitamente bella y de modales delicados. Como según yo, ¡a mí no se me iba una!, empecé a preparar mis armas de combate y para ello esperé que saliera del privado de mi jefe. Cuando salió, la vi algo preocupada y le pregunté que si le podía servir en algo, ella entonces me explicó que ya había tratado el problema con mi jefe, pero que tal vez pudiera yo ayudarla. Me preguntó cuál era mi sector de trabajo, y cuando se lo dije, resultó ser precisamente el mismo en donde ella necesitaba indagar un dato que le iba a servir en una defensa que estaba llevando a cabo. Me ofrecí a acompañarla y ella aceptó. Para esto, pedí mis órdenes correspondientes, y escudado en ella salí, fuimos al lugar y con éxito recabamos el informe que ella necesitaba, el cual le facilité, ¡claro!, con ayuda de mi investidura de agente policiaco. Al terminar, le sugerí que comiéramos juntos, ella encantada aceptó, con la condición de pagar ella la cuenta. La idea no fue de mi total agrado pero por no contrariarla acepté. Desde ese momento noté la primera diferencia, pues para mí era costumbre invitar a comer a alguna mujer y pagar yo la cuenta.

”Durante la comida me enteré que era casada, que tenía su despacho muy cerca de mi lugar de trabajo, que le gustaba leer y le fascinaba la calidad moral de las personas, pero yo pensé para mí: "Ésta se las da de decente como todas, pero a la hora de los postres y con un buen licor italiano... ¡quién sabe!, ¡para eso traigo mis preservativos!"

”Así llegó el final del postre, y al instante le manifesté que vivíamos una época en la cual muchos atavismos estaban superados y el hombre, al igual que la mujer, teníamos los mismos derechos en la cultura, en la política, en la diversión y, por qué no, hasta en el placer sexual; ella me contestó que estaba de acuerdo conmigo, que la mujer había superado esos atavismos en que era sólo un objeto y que ahora era ya un ser pensante, en la cultura, en la política, en la diversión y en el placer sexual. Ante la réplica de ella, yo me decidí a hacerle la proposición concreta de que fuéramos a un lugar más íntimo, pues pensé "o me va a decir que sí, o se va a poner de pie enfurecida y se va a ir, no sin antes soltarme un bofetón, total nada pierdo y sí puedo ganar mucho". Así fue como le propuse: ¿por qué no vamos a un lugar más íntimo, para conocernos mejor?, y ante mi asombro ella me replicó muy serena: "¡No, Héctor!, dirás para desconocernos mejor, pero sé lo que quieres y una vez logrado tu propósito seré otra más en tu colección. ¿Quién te ha dicho que a las personas se les conoce primero por su forma de hacer el sexo? A las personas se les conoce primero a través de sus actitudes, de sus palabras y de sus hechos, para saber cuál es su calidad moral. Recuerda esto, sólo el hombre que tiene calidad moral puede verdaderamente hacer que una mujer se sienta endiosada en la entrega sexual, y sólo una mujer con calidad moral puede entregarse sexualmente como una diosa; no me extraña que me lo propongas, ¡créeme que lo esperaba!, estoy acostumbrada a oír esa propuesta, mas no a ceder, y no por soberbia o por imagen social, sino porque está en juego la felicidad de tres personas, la mía, la de mi marido y la del hombre que me lo propone. No me asustan los matrimonios liberales, si se garantizara el crecimiento de la pareja en cada experiencia, pero lo común es que en cada aventura se va deteriorando la capacidad de conocerse y de gozarse plenamente, pues sólo se goza a las personas cuando se les conoce en su dimensión moral. Según me decías eres divorcia-

do, ya tuviste una esposa, ¿supiste realmente su forma de ser y de pensar en tantísimos aspectos morales que la vida tiene?, ¿crees que de verdad la conociste y la gozaste en cada centímetro de su cuerpo y de su calidad moral? Si te pido que me la describas físicamente, centímetro a centímetro, ¿podrás hacerlo?, lo más seguro es que no, tal vez ocupabas más tu tiempo coleccionando mujeres, según tú poseyéndolas, cuando en realidad a ninguna poseías, pues ni las conocías plenamente y ni ellas te conocían a ti, y lo que no se conoce plenamente no se puede poseer plenamente; ya lo decía algún pensador que por el momento escapa su nombre a mi memoria, él se había enamorado de su esposa cuando ambos eran jóvenes y empezaron a conocerse en el trato cotidiano de compañeros de escuela, por ello se habían casado, y después de veinticinco años de matrimonio, él la adoraba con un sentimiento más intenso y más trascendente, pues a ninguna mujer conocía tanto en cuerpo y espíritu como a ella. Dime, Héctor, ¿gozarías acariciando un alhajero muy hermoso en su exterior, aunque por dentro estuviera lleno de excremento?, ¿seguro que no!, pues solamente acariciarías con gusto el estuche si supieras que en su interior hay auténticas piedras preciosas. El cuerpo de una persona, hombre o mujer, es como el alhajero que se acaricia con gusto cuando se sabe que no hay en su interior excremento de orden moral, y cuando digo excremento de orden moral me refiero al vacío y conflictos ocultos que lleva la gente que carece de joyas morales, como el amor, que luce como diamante adornado de esmeraldas, rubíes y zafiros, en el momento del acto sublime de la entrega; ¿lo dudas?, ¿acaso crees que es igual la entrega de una mujer que te ama profundamente, a la que amas en igual forma, porque ambos se conocen plenamente, que la entrega de una mujer a la que apenas conoces y apenas te conoce?, pues ni ella ni tú saben si en el interior del estuche que están acariciando existen piedras preciosas o excremento, salvo que sea como el perro que con sólo ver la carne se

lanza sobre ella, atragantándose y sin percibir si la misma contiene bazofia. ¿Cómo sabes si yo en mi interior soy moralmente puro excremento, aunque por fuera me veas hermosa?, ¡imagínate!, a qué 'energías' negativas expones tu cuerpo al juntarlo en una unión tan íntima como la sexual, con un cuerpo que en el terreno moral puede proyectar una personalidad llena de materia fecal. ¡No, mi querido Héctor!, a las personas hay que conocerlas primero en su riqueza moral, ya después se podrá actuar en consecuencia, según las circunstancias en que se les acepte o se les ame. El conocimiento de esa riqueza versa fundamentalmente sobre cuatro atributos esenciales que podríamos homologar metafóricamente con joyas como el brillante, el rubí, el zafiro y la esmeralda, éstas serían en el mismo orden moral: la justicia, la templanza, la fortaleza y la prudencia".

"Cuando ella terminó me sentía como el personaje pueblerino de las películas, que anda dando la vuelta en el jardín atestado de personas, y en el momento que se acerca la muchacha que más le gusta y se dispone a la conquista, de pronto inexplicablemente se le caen los pantalones hasta el suelo, y prefiere permanecer muy derecho ante el temor de que al inclinarse a recogerlos se le caigan también los calzoncillos; ¡no era para menos!, nunca esperé yo encontrarme con una mujer tan bien ubicada. Al final, y ya para retirarnos, en actitud apenada le supliqué que me permitiera pagar la cuenta, porque al fin había conocido una mujer que sí merecía que se le pagaran todas las cuentas del mundo, y no como tantas llenas de excremento moral, igual seguramente que yo, a las que les había pagado infinidad de veces; pero ella no lo permitió y al fin acordamos que nos la repartiríamos al cincuenta por ciento. Cuando ya nos disponíamos a salir llegó un señor joven de aspecto distinguido y serio, pero amable, a quien ella me presentó como su marido, agradeciéndome ambos las atenciones que yo había tenido con

ella, se marcharon dejándome todavía más apenado y sumido en un mar de pensamientos.

”Después de la charla con la abogada empecé a pensar más seriamente en los valores morales, y a observar que muy pocas personas los tomaban en cuenta, especialmente en mi trabajo de policía; no es que mis compañeros fueran ajenos a la moral, sino que la misma estructura los iba transformando gradualmente, sin que muchos de ellos estuvieran tal vez conscientes. Llegué a la conclusión de que para modificar la estructura era necesario estar en lo alto de la pirámide y no en la base como estaba yo. Opté entonces por dejar ese trabajo y abrí una tienda de artesanías, ya que a mí en lo particular me gustan mucho, incluso confecciono algunas yo mismo. Empecé también a tratar de reconquistar a la que había sido mi esposa, con quien tenía yo un pequeño de dos años de edad. Comencé a hacer ahorros y a olvidarme de amigas y amigos que nada más me inducían a tomar y a disiparme en francachelas. De pronto, un día me dieron la noticia: mi hijo y mi ex esposa habían fallecido en un accidente. ¡Fue espantoso!, lloré como un loco, como un desesperado por muchos días, pero al fin comprendí que las oportunidades en la vida no están esperándolo a uno indefinidamente, llegan y se van, y quien no las aprovechó, con las manos vacías se queda.

”Con el paso del tiempo, luego de acudir con el psicólogo, al fin entendí en toda su dimensión las palabras de la abogada. ¡Qué vacío, qué ausencia de joyas morales había en mí!, cuánto daño había hecho yo a mis seres queridos, ¡por qué no me habían dado a conocer, desde mis años de adolescente, la claridad diáfana de esos diamantes, zafiros, esmeraldas y rubíes a que se refería la abogada, que son las virtudes morales!

”Empecé a hacer una evaluación de mi vida personal y a la luz de los cuatro géneros de virtud encontré que en el aspecto de la prudencia, nunca me acerqué a personas de las cuales hubiera podido recibir verdaderamente un buen consejo. En mis

años juveniles, como me sentía dueño del mundo, siempre subestimé el ahorro y la inversión, de tal manera que cada peso ganado lo gastaba; en el aspecto de la fortaleza, nunca tuve la valentía suficiente como para realizar algo importante en la vida, ya fuera una carrera universitaria, una empresa seria, un empleo estable o alguna actividad trascendente, siempre buscaba lo cómodo sin tener paciencia en nada y sin perseverar en algo. En el aspecto de la templanza, nunca me propuse controlar mis pasiones, lo mismo me encantaba comer y beber abundante y constantemente, que tener muchas mujeres, o que verme rodeado de amigas y amigos que halagaran mi vanidad, recordándome que era el mejor en todo. En el aspecto de la justicia, ¡cuánto debo decir!, preocupaciones para mis padres, angustias para quien era mi esposa, que en paz descansa, descuido a mi hijo que también partió con ella, y daño a tantas mujeres, a las que tal vez pude abrirles los ojos, como me los abrió aquella valiente y sabia mujer, ¡en fin!, era yo especialista en no dar a cada quien lo suyo: respeto, lealtad, veracidad, sinceridad, equidad, generosidad y auténtico amor moral, el cual hace al ser humano grande, pues sintetiza todos los valores morales y de él emana el exquisito, fuerte y penetrante aroma de la paz interior, ésta limpia cualquier huella desagradable que hubiera dejado el excremento del vacío moral y de los conflictos ocultos a que se refería la abogada.

”Los valores morales dan una riqueza que nada ni nadie puede destruir, pues en mi caso, gracias a esa riqueza, pude ordenar mi vida nuevamente, y gracias también al recuerdo de mi hijo y de quien fuera mi esposa, los cuales brillan como dos estrellas en el firmamento moral e iluminan mi vida en la negra noche de la confusión de valores, misma que no es atribuible a los valores en sí, pues ellos permanecen inmutables y ordenados en la naturaleza de la existencia, sino al desconocimiento que algunos seres humanos tenemos de ellos, en especial respecto a los

fenómenos morales, donde se ha creado la bipolaridad que consiste en que por un lado estén las personas que son totalmente buenas y en el otro las personas completamente malas, como si fuera telenovela; cuando en realidad no existe alguien que carezca en su totalidad de valores morales, pues sin ellos vendría el desquiciamiento emocional y hasta vital, ni alguien que posea todos los valores morales a plenitud. Lo importante es que cada quien conozca las virtudes morales. Evaluemos cuáles poseemos y de cuáles carecemos, investiguemos las causas respecto a los valores que carecemos y tratemos de equilibrar nuestro estuche moral; de tal forma que nuestros seres amados puedan encontrar en nosotros, al momento que lo deseen y lo necesiten: diamantes, esmeraldas, rubíes y zafiros. Por lo que acabo de exponer y sin perjuicio de la importancia de los demás valores, otorgo mi voto por el género de valor moral.”

Una vez que el profesor anotó dos puntos a favor del valor moral, Yanet se dirigió a Héctor preguntándole:

—Y para ti, ¿qué es la paz interior?

Héctor contestó:

—Es el estado de ánimo por el cual podemos descubrir la belleza y el gozo de la existencia en cualquier cosa, donde muchos que no poseen esa paz, no descubren nada (Philippe, 2004). Esa belleza y ese gozo pueden estar en una puesta de sol, en una flor, en un niño, en una mujer, en un anciano, en una roca, en el firmamento estrellado, en las personas. En fin, en todo lo existente, pues la felicidad auténtica reside en la capacidad de maravillarse y extasiarse, que sólo desarrolla la calidad moral. Sin embargo, mientras no exista la moral, habrá conflictos internos que alejarán la paz y la calma de nuestros pensamientos y sentimientos, mediante los cuales podemos vivir intensamente cada segundo y cada minuto. ¡Cuántas personas están rodeadas de valores físicos pero llenas de ansiedad, porque les falta paz interior!; mucha fama social, pero viviendo una tremenda soledad acom-

pañada, porque les falta paz interior; o llenas de mucha intelectualidad, pero con una soberbia que les va desquiciando poco a poco la mente, porque les falta esa paz interna; ¡cuántos darían gran parte de su riqueza económica a cambio de un poco paz!

—Héctor —interpeló Roxana—, ¿qué joya correspondería a cada género de valor moral, en la comparación que tú haces de los cuatro tipos de virtudes morales con los cuatro tipos de joyas que has mencionado?

—Haciendo el juego de metáforas y analogías, que la misma abogada hizo —replicó Héctor—, pensemos que las especies morales de la justicia son claras e iridiscentes como diamantes, en los que se sintetiza la magnificencia de las demás joyas o valores morales, pues la justicia viene a ser la esencia misma de todos los valores morales.

”Imaginemos que el color rojo intenso son las pasiones controladas y encauzadas hasta darles bellas formas en torno a la templanza, igual que el rubí da forma a su color. Evoquemos el azul de los zafiros con las joyas morales de la fortaleza, ya que de ese color es el cielo nítido que delimita el horizonte, el que podemos comparar con el horizonte de nuestras metas, las cuales podremos alcanzar, si sabemos ser pacientes y perseverantes. Finalmente, el color verde de las esmeraldas, signo de vida en la naturaleza, ubiquémoslo en la especie de la prudencia, virtud de la que emanan los valores de la precaución y la previsión, indispensables en la conservación de la vida.”

Cuando Héctor terminó la explicación que le dio a Roxana, y una vez agotadas las participaciones de todos, el profesor les agradeció que hubieran aceptado su invitación; a su vez, los alumnos agradecieron también, no sin antes destacar la originalidad rústica y de buen gusto con que estaba decorada la casa de descanso del profesor. Les llamó la atención, en especial, un letrero incrustado en la pared, que con letras de madera decía: “Aquí se descansa pensando, porque pensando se descubren

las mejores formas de descansar”. Así mismo les pareció extraño otro letrero en pequeñas letras tejidas con material de cáñamo, que decía: “El que vive en su cuerpo, en su cuerpo muere a la vida; el que existe en su espíritu, en su espíritu trasciende y sigue existiendo”.

Una vez que el maestro les mostró la casa en su totalidad y les hizo saber que él personalmente había auxiliado en calidad de ayudante al maestro constructor y por eso la disfrutaba más, todos acordaron que al regreso de las vacaciones, ya en el salón de clases, se analizarían los resultados de las preferencias que cada quien había mostrado respecto a cada uno de los seis géneros de valor. Acto seguido, todos se despidieron deseándose los mejores augurios para la Navidad y el año próximo que se avecinaba.

La jerarquía en la escala de valores

Todos se encontraban nuevamente reunidos en el salón de clases, esperando al profesor de filosofía, comentando las anécdotas de la comida que con él habían tenido el año pasado en su casa de descanso, cuando éste apareció, y luego de los saludos y los parabienes que correspondían por el nuevo año, procedió a leer los resultados obtenidos en torno a los seis géneros de valor:

—Después de haber sumado los votos otorgados por cada uno de ustedes a cada género de valor, encontramos que los valores del género físico obtienen cinco puntos; los del género económico seis puntos; del género social, siete puntos; los valores del género intelectual, nueve puntos; los valores del género moral, nueve puntos, y los valores del género religioso, nueve puntos.

”Vamos a pensar que la anterior escala axiológica corresponde a la escala usual de calificación escolar, que va del uno al diez, y si la más alta calificación fue nueve en este caso, entonces ¿a quién otorgamos el diez? Seguramente, la máxima calificación de diez se la debemos otorgar al "autor supremo" de los valores, pues es la calificación de la excelencia, axiológica y ontológicamente hablando.

”Si bien es verdad que la escala de valoración que nos resultó emanó de la votación de ustedes, es válida en un enfoque antropológico-cultural y aceptando que en *axiología* los ideales, sean *racionales* como en Kant (Graciela, 2006), *dialécticos* como en Hegel (Gaete, 1995), o *utópicos* como en Moro y Campanella (Moro, Campanella y Bacon, 2009), son plenamente válidos, pues son capaces de matizar la realidad personal, cual *virtualidad*

telemática. No olvidemos que Pascal afirmaba respecto a los valores: "El corazón tiene también sus razones que la razón ignora" (Wade, s/f), pues cada uno de ustedes acreditó su voto con sus vivencias y aspiraciones personales, las que también reflejan conocimiento en la naturaleza de la vida humana, más cuando filósofos como Scheler, Hartman y Frondizi¹ (Remolina, 2005) afirmaron que respecto a los valores, no puede haber nada más una inteligencia reflexiva, sino también una emotiva; así, no toda verdad debe ser investigada necesariamente en forma especulativa, ya que si analizamos el lugar que le corresponde a cada género de valor en la escala, encontraremos que cada uno tiene sustentación axiológica y utilidad pragmática.

"En el caso del género de los valores físicos, éstos alcanzan la más baja calificación, tal vez porque en ellos reside el fenómeno de la muerte biológica. Sin embargo, en la escala su trascendencia es importante pues el género físico alcanza el cincuenta por ciento de la calificación total, pues en él residen la salud, la belleza, la energía y los placeres corporales.

"Dentro del género de valores económicos, vemos que alcanza el sesenta por ciento de la calificación, pues en él residen la riqueza de producción, la riqueza de distribución y la riqueza de consumo, y es evidente que dicha riqueza sirve de sustento fundamental para que existan los valores físicos que ya he señalado.

"Respecto al género de valores sociales, descubrimos que obtienen el setenta por ciento de calificación, pues en él residen el poder, la fama, la autoridad o prestigio y el amor social; es tal la importancia de este género de valores que con ellos se construye la infraestructura donde descansan los valores económicos y físicos, pues la historia nos demuestra que cuando se cae la in-

¹ En Scheler los valores son objetivos en sentido fenomenológico y se materializan desde una ética axiológica que los articula; en Hartman los valores son objetivos en sentido ideal; en Frondizi los valores son objetivo-subjetivos en sentido relacional.

fraestructura señalada, proviene el caos social y en consecuencia estalla la violencia que destruye los valores físicos a través de la muerte, o cuando menos los deteriora. Así mismo, los valores económicos se deterioran o aniquilan en dicho caos social, pues en esas circunstancias escasea o se acaba la riqueza de producción y de distribución; la de consumo —basada fundamentalmente en el dinero—, pierde totalmente su poder adquisitivo (ejemplo de ello, se ha dado en casos históricos de periodos revolucionarios, donde personas de gran riqueza de consumo han tenido que tirar y hasta quemar en los basureros, billetes y títulos bancarios, por el temor de ser identificados como grandes beneficiarios del gobierno derrocado, porque la revolución triunfante ya no les daba valor monetario).

”El ejemplo más claro del valor social lo dan los grandes poderes fácticos, pues por acumular gran cantidad de poder paramilitar o económico, disponen de vidas y bienes de riqueza. Es necesario no confundir el poder económico como valor social, con la capacidad económica como valor económico en sí mismo, pues el poder en general es el fenómeno político por el cual alguien domina a otros, a veces sin su voluntad, sea mediante presión militar o en el presente caso, mediante presión de orden económico.

”En cambio, la capacidad económica como valor económico en sí mismo es simplemente el hecho de tener "poder" de consumo. De la diferencia que hemos establecido se deduce que existe poder económico como valor social (poder político en sentido informal), y capacidad económica como valor económico en sí mismo.

”Axiológicamente son importantes las diferencias señaladas, pues el que sólo tiene capacidad económica se encuentra en el género de los valores económicos, mientras que quien tiene el poder económico-social en la escala de valores, se encuentra esencialmente en el género de los valores sociales. Y si el caos

social o desaparición de valores sociales puede destruir los valores económicos, o por ejemplo, el poder político puede condicionar a dichos valores económicos, entonces se confirma que el género de valor social es más importante en la escala de valores.

”Es necesario precisar que al contrario del caos social, existe la paz como resultado del orden social; la paz puede tener solamente valor social físico, cuando es exclusivamente resultado del poder de la opresión; la paz tiene valor moral cuando es resultado del consenso a partir de la convicción de dar a cada quien lo suyo, a través de las diversas especies de la justicia moral. Aun cuando los valores sociales sean importantes y puedan condicionar a los valores físicos y económicos, nunca podrán sujetar a los valores intelectuales, morales y religiosos, pues una persona para poseer estos tres últimos géneros de valor mencionados, no le resulta necesaria o indispensable la aprobación social, pues trascienden más allá de lo social, y por eso han sido llamados también "valores del espíritu".

”El valor intelectual obtiene calificación de nueve por ser valor del espíritu, pues en él se ubican la inteligencia y el conocimiento; ciertamente, a través del valor intelectual se pueden crear o modificar los valores físicos, económicos y sociales, como ya quedó demostrado en las diversas presentaciones que se hicieron del valor intelectual. Mediante el intelecto podemos conocer los otros valores del espíritu, como los morales y los religiosos.

”El valor moral es también valor del espíritu, pues corresponde a la intimidad del hombre, igual que la intelectualidad y la religión. El valor moral alcanza calificación de nueve, pues también es básico en la construcción y conservación de los valores físicos, económicos y sociales, y motiva a realizar valores intelectuales y religiosos. Reside fundamentalmente el valor moral en las virtudes de la justicia, la templanza, la prudencia y la fortaleza.

”El género de valores religiosos también es valor del espíritu. Reside en la fe, en la esperanza y en la caridad o amor por el Ser Supremo.

”Alcanza también calificación de nueve, pues trasciende en la construcción o destrucción de los valores físicos, económicos y sociales, dando sentido a los valores intelectuales y morales, más cuando el valor religioso propone el valor de la vida como escatológico o trascendente,² de ahí se deduce que la vida no es estrictamente un valor infraestructural de carácter físico-biológico, sino que superestructura axiológicamente tanto a los valores del reino animal como a los del reino espiritual.³

”Así pues, de lo expuesto observamos que los valores intelectuales, morales y religiosos, por sí solos, destruyen, constru-

² Ello explica la postura de las Iglesias frente al aborto, en cuanto a que la vida por su potencialidad y trascendencia debe ser respetada desde la concepción, lo cual es ontológicamente razonable; sin embargo, la responsabilidad teológico-moral en tal postura sólo puede ser exigible a los creyentes en la fe. En cuanto a la responsabilidad jurídica y por la naturaleza ontológica de la vida, el Estado laico debe ser constitucionalmente responsable de garantizar la vida desde la concepción otorgando apoyo económico a las madres embarazadas en estado de pobreza, antes que estar promoviendo la penalización del aborto, particularmente en el caso de mujeres pobres, pues la función del derecho penal es rehabilitar conductas criminógenas y no siempre una madre potencial desesperada actúa por motivos criminales, salvo las que abortan por razones “oscuras” que las sombras del dinero muy bien pueden ocultar y que por ello no suelen ser penalmente perseguidas, como debieran serlo también los padres potenciales que irresponsablemente contribuyen directamente al embarazo e indirectamente al aborto, bajo la imputación de provocar el llamado “riesgo prohibido” que contempla la teoría del funcionalismo penal. (Cfr. Díez, 2003)

³ Desde la lectura althusseriana, uno de los grandes méritos de Marx en lo metodológico, con independencia de lo ideológico, lo constituye el descubrimiento de una nueva forma de causalidad, de una nueva manera de pensar la determinación de los fenómenos, cualitativamente distinta —podríamos agregar— a la de Durkheim y Weber. Esta nueva forma es designada por Althusser con el concepto de causalidad estructural. (Cfr. Duek, Celia e Inda, s/f)

yen o conservan los valores físicos, económicos y sociales; e interactúan entre sí, pues a través del valor intelectual se conocen los valores morales y religiosos. El valor moral motiva la realización de valores religiosos e intelectuales, y el valor religioso da sentido a los valores morales e intelectuales.

”Encontramos que en cierta forma los valores físicos, económicos y sociales, los poseen —en términos generales— los seres del reino animal, entre los que se incluye al hombre como ser físico y biológico, pero no como ser espiritual, pues los animales en general pueden poseer belleza, salud, energía y placeres de la alimentación y del sexo (valores físicos); necesitan riqueza de índole económica, entendida ésta como la obtención de satisfactores para sus necesidades, aunque sean de carácter primario, bien sea que dicha riqueza les sea proporcionada (animales domesticados), o que la tengan que buscar instintivamente por sí solos (animales silvestres); así mismo y por naturaleza, el animal es sociable (existen muchos ejemplos, como las hormigas, las abejas, los monos, etcétera), y entre dichas especies se dan también los fenómenos del poder, aunque esté basado sólo en la fuerza física, lo que también suele ocurrir a veces en el hombre.

”Nos damos cuenta que existen entonces los valores del hombre como animal y los valores del hombre como espíritu, y que entre los tres valores del hombre como animal (físicos, económicos y sociales), el género más importante es el de los valores sociales.

”Sabemos también que los tres valores del hombre como espíritu se equiparan entre sí, y es difícil saber cuál de los tres vale más, ya que gracias a cada uno, y a los tres en su conjunto, el hombre ha desarrollado los otros tres géneros de valor que posee como animal, a grado tal y gracias a ese desarrollo, que el hombre como animal racional tiene una enorme distancia respecto de los animales irracionales.

”En las circunstancias de nuestra vida, en que los valores del hombre como animal se presenten como superiores a los valores del hombre como espíritu, es seguro que nos encontramos ante una superioridad aparente y pasajera, ya que dichos valores usurpadores, tarde o temprano y por la misma naturaleza de la existencia volverán a su lugar normal que les corresponde en la escala de valores, y lo mismo puede decirse, cuando se presente una superioridad aparente que pudiera apreciarse en los valores económicos respecto de los valores sociales, o bien, en los valores físicos respecto de los valores económicos.

”En el caso de la disyuntiva de escoger entre cualquiera de los tres géneros de valores del hombre como espíritu, es necesario tomar en cuenta en qué circunstancia se está dando cada género de valor y cuáles son las necesidades personales más apremiantes respecto a cada uno de esos tres géneros (moral, religioso e intelectual). Como excepción, y no como regla, las mismas circunstancias y necesidades se habrán de ver y analizar cuando nos encontremos en la encrucijada de decidir respecto a las especies esenciales en cada uno de los seis géneros de valor: la salud, la riqueza de producción, la fe religiosa, el amor social, la inteligencia y la justicia moral.

”Ciertamente los valores del espíritu por estar en la intimidad de la persona son como el motor que impulsa las acciones del hombre en la construcción o en la destrucción de los demás valores (sociales, económicos y físicos).

”Además, los valores del espíritu son tal vez los únicos que verdaderamente escogemos, pues son los que identifican nuestros pensamientos, sentimientos y actitudes; y si bien, con los valores del espíritu modificamos, conservamos o destruimos los valores físicos, económicos y sociales, lo cierto es que toda persona al nacer, circunstancialmente ya tiene en mayor o menor grado estos valores que le corresponden a su naturaleza animal: valor social (amor de una madre y de un padre), valor eco-

nómico (alimentación y subsistencia en general), y valor físico (un cuerpo); valores que ciertamente no escogió, pues no seleccionó determinado tipo de padres, de cuerpo o de condiciones económicas para nacer. Sin embargo, a estas circunstancias puede encontrarles sentido a través de los valores religiosos, puede descubrirles todas las posibilidades por medio de los valores intelectuales y conservarlas, destruirlas o modificarlas (construirlas) a través de los valores morales.

”No podemos prescindir de los valores del espíritu, pues todos los tenemos en mayor o menor grado, y si se quiere con diversos enfoques, pues aún el que niega cualquiera de los tres géneros de los valores del espíritu, con su negativa está asumiendo la posibilidad de que existan.

”Descubrimos, de todo lo que se ha dicho, que indistintamente tenemos en primer lugar los valores morales, religiosos e intelectuales; en segundo lugar, los valores sociales; en tercer lugar los valores económicos y en cuarto lugar los valores físicos.

”Podríamos confundirnos y pensar que si el hombre al nacer vive primero los valores físicos, económicos y sociales, entonces éstos deben estar primero en la escala, pero ciertamente, esos valores derivan de los del espíritu, practicados de alguna manera por nuestros padres y que se reflejan en los padres que aman (justicia moral), la obtención de medios de subsistencia para el recién nacido (prudencia, fortaleza en lo moral y capacidad en lo intelectual), y en la explicación y sentido del nacimiento mismo (valores religiosos); ya que a fin de cuentas, los valores que le dan al hombre su realización y felicidad personales son los del espíritu. Si bien, el hombre en su naturaleza material y animal puede reflejar su realización espiritual mediante los valores físicos, económicos y sociales, lo cierto es que éstos sólo tienen sentido a través de los valores del espíritu, pues si se acepta la naturaleza espiritual del ser humano, éste trasciende en

la vida a través de su calidad moral, de su capacidad intelectual y de su fe religiosa.

”El orden señalado de los valores no es en función de demeritar la importancia que cada uno tiene por sí solo, sino para precisar en la vida cuáles se deben preferir como fundamentales para construir el edificio de nuestra propia felicidad, utilizando como material los seis géneros de valor, de manera que en los cimientos de ese edificio vayan los más fuertes y sólidos, es decir, los valores morales, religiosos e intelectuales, que son los que van en nuestra intimidad, igual que los cimientos de una casa van en la intimidad del subsuelo. La pared la vamos a construir con los valores sociales, pues sirven de soporte al techo, igual que los valores sociales sirven de soporte a los valores económicos; así pues, el techo lo vamos a construir con los valores económicos, para protegernos de las inclemencias del clima, así como los valores económicos nos protegen de las inclemencias de nuestras necesidades apremiantes; finalmente, los terminados y en especial la fachada, la construiremos con los valores físicos, pues la fachada proporciona identificación y el placer físico-estético de nuestra casa, igual que nuestro cuerpo identifica nuestra persona y puede proyectar placer físico y estético.

”Lo anterior, no es una simple analogía metafórica, tiene contenido real, pues en la vida cuando ha llegado el momento de tomar conciencia por nosotros mismos, y tenemos la responsabilidad de construir el edificio de nuestra propia felicidad, necesitamos primero desarrollar los cimientos o principios (valores morales, religiosos e intelectuales), para poder ocupar un lugar en la sociedad (construcción de paredes o muros), que nos permita tener acceso a la riqueza económica (construcción de techos), y así, consolidar una identificación personal física plena (construcción de fachada).

”Así pues, sólo en el orden señalado construiremos un edificio real y sólido que garantice para nosotros la mayor feli-

cidad posible, pues si no seguimos ese orden u omitimos alguno de los materiales (valores), nuestro edificio va a ser endeble y no va a soportar permanentemente los embates de las circunstancias de la vida.

”Ningún edificio se sostiene si lo dejamos sin cimientos, o dura un tiempo corto y determinado, si omitimos materiales consistentes (valores del espíritu).

”De todo lo anterior, deducimos que para obtener y disfrutar plenamente los valores sociales, económicos y físicos necesitamos primero cimentarlos en los valores del espíritu (valores morales, religiosos e intelectuales), ya que sólo así nos encontraremos con la auténtica felicidad, que es la cima hacia donde el ser humano asciende trabajosamente desde que hace muchos siglos apareció en la faz de la tierra.”

Cuando el profesor terminó de exponer las campanadas del viejo reloj del Colegio de Bachilleres anunciaron el inevitable paso del tiempo y de la vida, porque ese minuto preciso no volvería jamás. El profesor y sus alumnos volverían a estar juntos muchas veces más, pero ya no sería el mismo instante, ése en que como en una ensoñación totalizadora de la vida, se agolpaba todo el tiempo posible: pasado, presente y futuro (Villegas, Uribe, 2005).

El atardecer iba envolviendo el horizonte en el rojo intenso del ocaso, cuando una parvada de aves migratorias pasó volando frente a la ventana entre las arboledas del parque Hidalgo, tan contiguo a los bachilleres y tan cercano en el corazón de los nacidos en la tierra colimense.

Entonces Héctor pensó: “Si existencialmente cada ser humano desde el amanecer de su adolescencia aprendiera a volar con las alas ordenadas y proporcionadas de los seis géneros de valor, seguramente podría alcanzar en la plenitud de sus facultades y posibilidades las alturas que le permitieran descubrir y seguir el verdadero horizonte de su destino; horizonte que se con-

textualizaría exitosamente, sin duda, en el amor pleno de la justicia moral que subordina a los demás valores, hasta cohesionar axiológicamente el destino de cada familia y de cada nación en el destino común de toda la humanidad”.⁴

⁴ En este libro no se incluyen las páginas de los autores citados, las fuentes bibliográficas tienen la característica de un mero contexto interdisciplinar pedagógico de carácter crítico, para que el lector arribe a sus propias conclusiones y decisiones, tal cual corresponde a un tema que no es estrictamente racional ideal y sí problema empírico existencial, como es el tema de los valores.

Paradigma de valores en la ética material scheleriana

Scheler (1916)	Rickert (1921)	Le Senne (1936)	Ortega y Gasset (1947)	Lavelle (1955)	Méndez Rivera (1992)
Conocimiento	Verdad	Verdad	Intelectuales	Intelectuales	Intelectuales
Estéticos	Belleza	Arte	Estéticos	Estéticos	
Lo justo	Moralidad	Moral	Morales	Morales	Morales
Lo santo	Santidad		Religiosos	Espirituales	Religiosos
Lo agradable	Amor	Amor		Afectivos	Sociales
Vitales			Vitales		Físicos
			Útiles	Económicos	Económicos

Adaptación de la clasificación de Marín Ibáñez: www.copoe.org/blog/.../algunas clasificaciones-de-valores

Principios esenciales de los valores

Spranger (1961)		Méndez Rivera (1992)	
Valores	Principio en el que se apoyan	Valores	Principio en el que se apoyan
Teoréticos	Lógico Cognoscitivo	Intelectuales	Inteligencia racional y emocional
Sociales	Respeto al prójimo	Sociales	Respeto del prójimo
Económicos	La propiedad	Económicos	La productividad
Religiosos	La fe como creencia cultural	Religiosos	La fe como razón teológica
Estéticos	El goce	Intelectual-estéticos	El goce emocional
Políticos	El poder	Socio-políticos	La autoridad democrática

Adaptado de Elida de Gueventter. Historia para el futuro. Academia Nacional de educación. | <http://www.acaedu.edu.ar/espanol/paginas/publicaciones/Estudios/>

El vitalismo fenomenológico en la ética material scheleriana

Vitalismo	Valores
Fenomenológico (Husserl)	Principios esenciales de valores personales jerárquicamente justos
Espiritualista (Eucken))	Intelectuales, morales y religiosos
Historicista (Dilthey)	Sociales y económicos
Irracional (Nietzsche)	Físicos

José Ángel Méndez Rivera (2017).

Referencias bibliográficas

- Alcántara Sáez, M. (2006). *Partidos políticos latinoamericanos. ¿Instituciones o máquinas ideológicas?* México: Ediciones Gernika.
- Aristóteles (2012). *Ética a Nicómaco*. José Luis Calvo Martínez (traductor). Fernando Savater (prologuista). Alianza Editorial. España.
- Bassols Batalla, Ángel (1997). *Regiones socioeconómicas de la República Mexicana*. México. Editorial Nuestro Tiempo.
- Belane, Carlos (2010). *Historia de la criogenización*. Disponible en: www.actuallynotes.com/Historia-de-la-Criogenia.htm.
- Bharwaney, Geetu (2010). *Vida emocionalmente inteligente*. Bilbao, España: Editorial Desclee de Brouwer.
- Brandee Strickland (s/f). El mito de Narciso en la poesía española de los Siglos de Oro: la reescritura del mito y la búsqueda de la voz femenina. En: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero40/narciso.html> (Consulta: 12/09/2010).
- Bunge, Mario (2007). *Ética y ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Buzan, T.; y Buzan, B. (1996). *El libro de los mapas mentales*. Barcelona: Ediciones Urano.
- Camus, Albert (2009). *El mito de Sísifo*. Argentina: Artnovela Ediciones.
- Canales, Claudia (2001). *El barón trashumante. Alexander von Humboldt*. Colombia: Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología “Francisco José de Caldas”, COLCIENCIAS.
- Claude S., George (1974). *Historia del pensamiento administrativo*. México: Prentice-Hall.
- Cloulas, Ivan (2008). *Los Borgia*. Barcelona: Editorial Zeta.
- Conti, Natali (2006). *Mitología*. España: Universidad de Murcia.
- Del Olmo, Rosa (s/f). *¿Por qué el actual silencio carcelario?* Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/violencia/delolmo.pdf>. (Consulta: 13/11/2010/).

- Denevi, Marco (1992). *El Jardín de las delicias, mitos eróticos*. Argentina: Ediciones Corregidor.
- Diez Ripollés, José Luis (2003). *La racionalidad de las leyes penales: teoría y práctica*. Madrid: Editorial Trotta.
- Dónal P., O'Mathúna (2006). *La dignidad humana en la era nazi: implicaciones para la bioética contemporánea*. Disponible en: http://viaclinica.com/article.php?pmc_id=1484488.
- Duek, Celia; e Inda, Graciela (s/f). *El proceso de reconocimiento de las teorías de Marx, Durkheim y Weber*. Disponible en: <http://www.gestiopolis.com/proconteormarx.htm>. (Consulta: 12/11/2010).
- Dussel, Enrique (1972). *Teología de la liberación y ética. Caminos de liberación latinoamericana*. Buenos Aires: Latinoamérica Libros.
- Ferreiro, Luis. *El amor en el corazón de la política*. Disponible en: <http://www.ignaciодarnaude.com/espiritualismo/Amor,corazon/politica.pdf> (consulta 9/12/2010).
- Fromm, Erich (2007). *El arte de amar*. México: Editorial Paidós.
- Gaete, Arturo (1995). *La lógica de Hegel. Iniciación a su lectura*. Buenos Aires: Edicial.
- Gayangos, Pascual (2008). *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V*. Sevilla, España: Plaza edición.
- Gorman, Richard M. (1975). *Introducción a Piaget: una guía para maestros*. Buenos Aires, Argentina; México: Editorial Crat.
- Graciela, Paula (2006). *Ética kantiana: la razón práctica*. Disponible en: <http://filosofia.idoneos.com/index.php/340982>
- Haggard, Henry (2010). *Las minas del Rey Salomón*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Hawking, Stephen (1988). *Historia del tiempo: del big bang a los agujeros negros*. Barcelona: Editorial Grijalbo.
- Hiedegger M. (1927). Ser y tiempo. En: Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Edición electrónica disponible en: www.philosophia.cl
- Hierro, Graciela. Epistemología, ética y género. En: *Revista Mazorca del Programa Interdisciplinar de Estudios de Género*. Universidad de Chile. Disponible en: <http://nomadant.wordpress.com/biblioteca/textos/epistemologia-etica-genero/>. (consulta 6/12/2010).
- Higgs, Robert (2005). La política económica de El Príncipe de Maquiavelo. En: *El Instituto Independiente, ideas para iluminar las políticas públicas*. Disponible en: www.elindependent.org/articulos/article.asp?
- Hofmann, Michael y Constantino, David. *Goethe on Shakespeare*. Disponible en: <http://www.shakespearesglobe.org/globeeducation/>

- publicevents/shakespeareisgerman/goetheonshakespeare/ (consulta: 25/09/2010).
- López de la Serna, Román. *Paralelismos entre Gabriela Mistral y Antonio Machado*. Disponible en: <http://jlopezdelaserna.ning.com/profiles/blogs/paralelismos-entre-gabriela> (consulta: 25/09/2010).
- Martínez Sánchez, José Manuel (1983). *Buscando la paz interior. Una guía para el crecimiento espiritual*. España: Slide Albacete.
- Max Weber (2004). Las cualidades formales del derecho revolucionariamente creado: el derecho natural. En: *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Medero Hernández, Norma. *Teoría estética y arte: una polémica axiológica contemporánea*. Disponible en: http://www.nodo50.org/cubasi-gloXXI/congreso/medero_20mar03.pdf(consulta:12/10/2010)
- Metz, J. B. (1979). *La fe, en la historia y la sociedad*. Madrid: Editorial Cristiandad.
- Molina Castillo, Fernando (1999-2000). Lo bello y lo sublime en la estética de Esteban de Arteaga. En: *Cuadernos sobre Vico*. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=631123>.
- Moro, Campanella y Bacon, Francis (2009, décimo séptima reimpresión). *Utopías del Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Múniera Uribe, Pablo (2010). Hacia una axiología compleja de la organización. En: *FISEC-Estrategias Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora*, Argentina. Año V, Número 14. Disponible en: <http://www.fisec-estrategias.com.ar/>
- Muñoz, Ricardo (2007). Una historia sobre Eva y el Paraíso. Disponible en: *Blog Galería de las letras*. <http://linde5galeriadelasletras.blogspot.com/2007/04/una-historia-sobre-eva-y-el-paraso.html>
- Nussbaum, Martha C. (1997). *Justicia poética: La imaginación literaria y la vida pública* (Traducción de Carlos Gardini). Barcelona: Editorial Andrés Bello Española.
- Orrego Sánchez, Santiago (1998). El ser como perfección en el pensamiento de Tomás de Aquino. En: *Cuadernos de anuario filosófico*. Serie Universitaria, nº 53. Universidad de Navarra.
- Paoli Bolio, Francisco José (2009). *Teoría del Estado*. México: Editorial Trillas, UNAM.
- Pastorino, Miguel (2005). *Videntes, apariciones y mensajes divinos. Las revelaciones privadas y su valor eclesial*. Argentina. Disponible en: http://www.encuentrosdepaz.org.ar/index2.php?option=com_content&do_pdf=1&id=447

- Paz, Octavio (1983). *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Philippe, Jacques (2004). *La paz interior* (Villar Ponz Mercedes, traducción). Madrid: Ediciones Rialp.
- Piaget, Jean (1999). *La psicología de la inteligencia*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Pieper, Josef (2003). *Las virtudes fundamentales*. Madrid: Editorial Rialp.
- Remolina Vargas, Gerardo (2005). *La formación en valores*. Bogotá: Universidad Javeriana. Disponible en: www3.ucn.cl/ofec/VALORES.pdf
- Riquelme, Jessica Ángeles (1995). Tolerancia y drogas. En: revista *LiberAddictus*. Disponible en: www.liberaddictus.org/Pdf/0100-09.pdf
- Savater, Fernando (1992). *Ética para Amador*. México: Ariel.
- Scheller, Max (2000). *El formalismo en la ética y la ética material de los valores*. Madrid: Edición Caparrós.
- Scott, Peter (1997). *La universidad postmoderna* (traducción de Pedro D. Lafourcade). Edición SDI. Disponible en: <http://planinst.unsl.edu.ar/pags-pdi/plan/1docs-info/docs-elec/univ-postmoderna.pdf>.
- Sepúlveda Gallego, Luz Elena. Medio ambiente y salud. En: revista *Luna Azul* de la Universidad de Caldas. Manizales, Colombia. Disponible en: <http://lunazul.ucaldas.edu.co/index.php?> (consulta: 01/07/2010).
- Shakespeare, William (2003) (edición de Ramón García González). *La violación de Lucrecia*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (edición digital).
- Sierra Lara, Yoandris (2007). El pensamiento económico de John Maynard Keynes y Milton Friedman. Un estudio de sus teorías a través de cuatro problemas centrales. En: Revista académica *Contribuciones a la economía*. Universidad de Pinar del Río. Disponible en: www.eumed.net/ce/2007/c/ysl.htm.
- Villegas Uribe, Carlos Alberto (2005). *Aproximación onírica a Bachelard: De La poética de la ensoñación y La poética del espacio*. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/bachelar.html>.
- Wade, Rick. *Blas Pascal: Un apologista para nuestros tiempos*. Disponible en: www.ministeriosprobe.org/docs/pascal-esp.html (consulta: 25/11/2010).

La comparecencia de los valores. Una provocación a la justicia desde la ética material axiológica, de José Ángel Méndez Rivera, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en diciembre de 2017. En la composición tipográfica se utilizó la familia Garamond. El tamaño del libro es de 22.5 cm de alto por 16 cm de ancho. Programa Editorial: Alberto Vega Aguayo. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Corrección: Eréndira Cortés Ventura y Glenda Gilda Herrera Callejas. Cuidado de la edición: Alberto Vega Aguayo.

En este libro se presenta una propuesta de ética axiológica con la pretensión modesta de ser una opinión fundamentada filosóficamente, en esta época en que tanto se opina de valores sin fundamentarlos en un horizonte axiológico y sin distinguirlos en el contexto de las corrientes éticas.

José Ángel Méndez Rivera

Abogado por la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Diplomado de especialidad en amparo penal en la Facultad de Derecho de la Universidad de Colima. Maestro en ciencia política y administración pública por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Colima. Doctor en derecho por la Universidad de Guadalajara dentro del Programa del Doctorado Interinstitucional en Derecho de ANUIES Centro Occidente. Es autor de los libros *La política ambiental como tecnología socio-jurídica* y *Un perfil de la prensa en las políticas públicas*. Coordinador del libro *La protección constitucional de los derechos de tercera generación*. Ha publicado diversos artículos vinculados al derecho constitucional, a la ciencia política y a la política ambiental en las revistas de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Colima, del Instituto Universitario de Investigaciones Jurídicas, del Instituto Electoral del Estado de Colima y del Poder Judicial de Colima. Profesor-investigador de tiempo completo y líder del Cuerpo Académico de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho de la Universidad de Colima. Líneas de investigación: Estado constitucional y derechos de tercera generación. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, nivel I.



UNIVERSIDAD DE COLIMA